

DE *Altos* OFICIOS I

MUJERES Y HOMBRES QUE CONSTRUYERON A LOS ALTOS DE JALISCO

ELBA GÓMEZ OROZCO
COMPILADORA



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos

De Altos Oficios I

**Mujeres y hombres que construyeron
a los Altos de Jalisco**

De Altos Oficios I

Mujeres y hombres que construyeron a los Altos de Jalisco

Elba Gómez Orozco (compiladora)

Enrique Casillas Padilla | Amelia Rusbelina Castellanos Ibarra |
José Eduardo Castellanos Gómez | Fernando Emmanuel Cortés
Montañez | Cristián García Lozano | Ana Gabriela González Anaya
| María Martha González Hernández | Ana Rosa González Pérez |
Cándido González Pérez | Mariano de Jesús González Henández |
José de Jesús Huerta Vivanco | Osvaldo Ibarra | María Esmeralda
López Lupercio | Ana Luz Martínez González | Hugo Adrián Medrano
Hernández | Rutilo Tomás Rea Becerra | Rosana Romo Pérez |
Francisco Partida Hoy



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos

De Altos Oficios I Mujeres y hombres que construyeron a los Altos de Jalisco

©Elba Gómez Orozco, Enrique Casillas Padilla, Amelia Rusbelina Castellanos Ibarra, José Eduardo Castellanos Gómez, Fernando Emmanuel Cortés Montañez, Cristián García Lozano, Ana Gabriela González Anaya, María Martha González Hernández, Ana Rosa González Pérez, Cándido González Pérez, Mariano de Jesús González Henández, José de Jesús Huerta Vivanco, Osvaldo Ibarra, María Esmeralda López Lupercio, Ana Luz Martínez González, Hugo Adrián Medrano Hernández, Rutilo Tomás Rea Becerra, Rosana Romo Pérez, Francisco Partida Hoy

D.R. © Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de los Altos
Av. Rafael Casillas Aceves No. 1200, Cp.P. 47620
Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México.

Primera edición, septiembre 2025
ISBN de la colección: 978-607-581-615-9
ISBN de la obra: 978-607-581-616-6

Editado y hecho en México
Edited and made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltase <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

PRÓLOGO	9
BRACERO	13
Ana Rosa González Pérez Ana Luz Martínez González	
CÁCARO DE CINE	35
María Esmeralda López Lupercio	
CAMPANERO	55
Rosana Romo Pérez	
CARNICERO.....	67
Rutilo Tomás Rea Becerra Cándido González Pérez	
CURADORA DE EMPACHO	79
Cristián García Lozano	
COLOMBÓFILO	89
Mariano de Jesús González Henández	
EDITOR CARTONERO	97
Ana Gabriela González Anaya Cándido González Pérez	
HERRERO.....	115
Ana Gabriela González Anaya	
LADRILLERO	125
Osvaldo Ibarra	
LECHERO	137
María Martha González Hernández	
PANADERO Y LUCHADOR	147
José Eduardo Castellanos Gómez	
PRESTAMISTA.....	163
Enrique Casillas Padilla	
RADIOTÉCNICO	175
Hugo Adrián Medrano Hernández Cándido González Pérez	

RELOJERO	199
Amelia Rusbelina Castellanos Ibarra	
SEPULTURERO.....	213
Fernando Emmanuel Cortés Montañez	
TEJEDORA	245
José de Jesús Huerta Vivanco	
TELARISTA	253
Francisco Partida Hoy	

Prólogo

LO QUE USTED, AMABLE LECTOR tiene en sus manos o frente a su computadora (libro físico o electrónico), es el producto del trabajo de un grupo de alteños (creo que todos somos nacidos en estas tierras) que tienen amor por su lugar de nacimiento y por sus costumbres. Nos propusimos hace más de un año escribir sobre los diferentes oficios que han practicado nuestros ancestros. El objetivo principal es hacer un rescate de la historia de nuestra patria chica. Esta labor consiste en dar a conocer qué cosas se hacían y quiénes las llevaban a la práctica. Son una especie de historias de vida de las personas trabajadoras de nuestros pueblos. Quienes crecimos en un ambiente rural, sabemos que en una congregación aunque hubiera 30 comerciantes, siempre había uno que era más conocido que los otros por algunas razones; tal vez habría tres o cuatro carpinteros y también, siempre uno de ellos gozaba de mejor fama. La pretensión más importante es honrar la memoria de los pueblos a través del rescate social para cada una de las personas encargadas de los diferentes oficios.

Es del conocimiento popular que los hábitos hacen tradición y la tradición se convierte en memoria colectiva. Los quehaceres que llevaron a cabo las personas importantes de nuestro pueblo se convirtieron en costumbres y enraizaron en la memoria colectiva. Con

este primer libro que ponemos en circulación, confiamos en que es solamente el preludio de una cantidad importante que irán desfilando en presentaciones públicas para ampliar el rescate colectivo de nuestras costumbres. Quien fungía como cácaro del cine, tenía vida propia, y al relatar las cosas que se hacían, se rescata también para la memoria social la influencia del cine en las personas. No solamente se revive la historia de las personas en hechos aislados sino que se recuerdan los ambientes en los que se desarrollaban los quehaceres. Es decir, la mirada de los oficios se convierte en una ventana por medio de la cual se vuelve a vivir de las experiencias en el entorno de las actividades particulares. Cuando se habla de la Lucha Libre, no se trata solamente de esa actividad, sino que se explica cuál era el entorno social y qué prácticas se debían seguir para poder tener acceso a una casa y ver la televisión. Se incluyen personas, construcciones y cosas.

Cuando se describen las historias de las personas y los oficios, se rescata la memoria individual y el propio rescate la convierte en colectiva. El cascarón de la memoria individual se disuelve y se convierte en social. Esta es una cualidad de la exposición de estos trabajos: se habla de la memoria social a través de las de muchas personas. Cada trabajador relata su historia de vida y rememora los lugares, las personas y los hechos del pueblo, no solo de su quehacer particular. Y hay que resaltar el hecho de que por tratarse de interpretaciones individuales, hay ocasiones en que los responsables de los oficios refieren los hechos que escucharon y no necesariamente ellos los vivieron, entonces, involuntariamente se tergiversa la realidad. La memoria es intangible, entonces, esa cualidad le confiere rasgos que pueden estar no acordes a la realidad. En las poblaciones relacionadas con la producción del campo es común escuchar historias de descubrimientos de tesoros. Los mitos se mezclan con las realidades.

La memoria como vehículo de los recuerdos a veces magnifica y en otras minimiza la realidad.

A través del estudio de los oficios pretendemos conocer el pasado y salta a la vista una duda razonable: ¿el pasado explica el presen-

te o el presente explica el pasado? Las dos posibles respuestas contienen gran parte de la razón. Primero porque el presente no se puede explicar sin el pasado, y porque el pasado no lo entenderíamos sin el presente. Razón de más para conocer de las formas en que nuestros vecinos hacían y hacen las cosas con las que vivimos y de las que nos sostenemos. No es de preocupar que haya dudas razonables en la interpretación que hablamos sobre la memoria colectiva, más bien es uno de los resultados positivos de nuestro trabajo, por eso hemos abordado, en temas de los oficios, el de sepulturero. En este quehacer en especial confluyen muchas historias de apariciones, de recuerdos y de muerte. Los mitos, las leyendas y las variadas prácticas religiosas forman parte invariablemente de la memoria social de los pueblos.

Los espacios físicos son importantes y aunque van cambiando con menor frecuencia que las costumbres, han dejado huella y se les menciona en cada relato de los diferentes oficios, estos son mercados, plazas públicas, calles, templos y casas habitación. Al igual que las personas, los edificios son objeto de testimonios en la vida diaria de la reproducción de los oficios en las poblaciones. Las rupturas, los cambios, son más accesibles en el aspecto físico que en el humano, pero de ambos se puede hacer análisis. Las costumbres cambian y los espacios donde se realizan también. Los cambios facilitan la observación.

De todo esto se trata el estudio del quehacer en una vida cotidiana de los pueblos, de la descripción de la reproducción en los diferentes oficios.

Cándido González

Bracero

Ana Rosa González Pérez | Ana Luz Martínez González

Programa Bracero¹

DE ACUERDO A UNA FUENTE de información sobre el Programa Bracero², “Entre 1942 y 1964 se llevaron a cabo una serie de acuerdos diplomáticos para regular el trabajo temporal de mexicanos en Estados Unidos, lo que dio lugar al llamado Programa Bracero. La Segunda Guerra Mundial generó una crisis en los mercados laborales de aquel país. El traslado masivo de hombres al frente y la rotación de empleos plantearon la urgencia de importar trabajadores que pudieran sacar adelante las cosechas y dieran mantenimiento a las vías del ferrocarril, por lo que, a menos de 10 años de realizarse las deportaciones multitudinarias de nuestros compatriotas, debido a los efectos de la Gran Depresión, en agosto de 1942 se firmó el primer convenio que satisfizo las necesidades de la economía agrícola estadounidense. Los mexicanos se unían así a la estrategia del Home Front.

“El término “bracero” fue anterior al programa, pero se popularizó con él. El bracero era aquella persona que trabajaba con los brazos

1 Irina Córdoba Ramírez. Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM

2 Véase: https://memoricamexico.gob.mx/es/memorica/programa_bracero Consultado mayo del 2023.

—sobre todo, pero no exclusivamente—, en las faenas agrícolas. Durante 22 años los arreglos que sustentaron la bracereada regularon la entrada a Estados Unidos de un patrón migratorio que se definió por el movimiento de hombres solos, muchos de ellos provenientes de áreas rurales que trabajarían temporalmente, bajo un esquema de documentación que se fincó en un contrato avalado por ambas naciones. Sin embargo, es un hecho que durante el mismo periodo la migración indocumentada por la frontera vio el tránsito de numerosos hombres, mujeres y niños. De aquí que palabras como “alambrista”, “mojado” y “wetback” designaran también a quienes cruzaron el lindero divisorio por algún punto de la diversa geografía fronteriza.

Desde sus inicios, el Programa Bracero fue criticado a ambos lados de la frontera, pero los disensos se volvieron más profundos al concluir el conflicto bélico que enmarcó el primer acuerdo. Los detractores del movimiento de mano de obra sustentaron su desaprobación en el maltrato a los emigrantes, en las dificultades que atravesaban en el proceso de reclutamiento y en su simpatía hacia la idea de que el flujo migratorio fuera regulado sólo por los mercados de trabajo. Es cierto que al concluir la Segunda Guerra Mundial las condiciones laborales y la supervisión de los gobiernos se modificaron. Además, la flexibilidad que las contrataciones alcanzaron durante los 22 años de operación de dicho programa, el fortalecimiento de los movimientos por los derechos laborales de los trabajadores agrícolas en Estados Unidos y el hecho de no haber eliminado nunca los cruces indocumentados, hicieron que el rechazo se expresara con más frecuencia.

La flexibilidad es también la característica que explica la prolongada vigencia de la bracereada luego de haber concluido la Segunda Guerra Mundial. La necesidad de piscadores en los campos agrícolas a ambos lados de la línea presionó a las autoridades, a veces en franco desencuentro, para prorrogar o renegociar los acuerdos de trabajo temporal y dio forma a otros mecanismos de contratación como el Dry out o secado de los “mojados”, lo que atrajo constantemente el cruce de indocumentados. De estas tensiones dan cuenta

los colapsos de la frontera entre Ciudad Juárez, Chihuahua, y El Paso, Texas, en 1948 y entre Mexicali, Baja California, y Calexico, California, durante 1954, cuando Estados Unidos decidió unilateralmente permitir el paso de los mexicanos. La débil vigilancia de las contrataciones por ambos gobiernos fue en perjuicio de los trabajadores.

Sin embargo, la precaria situación del peonaje en México motivó que muchos individuos siguieran en la búsqueda de ser braceros, sin importar el humillante proceso de higienización y auscultación médica al que se sometía a los aspirantes a un contrato, o a cruzar sin documentos. En numerosas ocasiones la contratación de los braceros sabotó las luchas por los derechos laborales en Estados Unidos. La fortaleza que este movimiento adquirió en la década de 1960, en torno a la figura de César Chávez, la mecanización de la agricultura y la caída de los precios internacionales del algodón se entrelazaron para limitar la necesidad de piscadores y concluir con el programa. Aunque éste se dio por terminado en diciembre de 1964, la contratación en los estados de Arizona y California continuó hasta 1967, lo que confirma el poder de los agro-empresarios en el proceso migratorio y la importancia de los trabajadores mexicanos para el campo estadounidense.

En México, para los estados fronterizos, el Programa Bracero significó una transformación en varios órdenes, sobre todo demográficos. Los centros de contratación se establecieron en las ciudades de Hermosillo, Monterrey y Chihuahua a partir de 1949. En 1954 funcionó otro centro en Mexicali y a partir de 1955 ganó impulso el establecido en Empalme, Sonora. La selección de estos espacios confrontó regionalmente a empresarios agrícolas, a las autoridades federales, locales y municipales y a organizaciones clientelares que buscaron y lograron incidir en los procesos de contratación y en los mercados de trabajo.

Al concluir el programa, muchos de los hombres que firmaron alguno de los más de cuatro millones de contratos de trabajo durante la bracereada decidieron quedarse al otro lado del río Bravo o establecer su residencia en los estados de Baja California, Sonora,

Chihuahua y Nuevo León, donde fueron empleados. Es un hecho, también, que el flujo migratorio continuó en su ir y venir a lo largo de la frontera.”

“Chamba”

En México, “Chamba” es una palabra que se refiere a trabajo o empleo y su origen se remonta a la migración de braceros nacionales hacia Estados Unidos en la década de 1940; cuando sus contratos concluían, debían acudir a la oficina del Chamber y con el paso del tiempo se fue degenerando y coloquialmente decían: *Voy a la chamba* o *voy a chambear*. Algunos expertos aseguran que el origen de la palabra “chamba” es mucho más antiguo, mientras que la Real Academia Española la acepta para referirse a empleo, trabajo, ocupación, no sólo en México, sino también en Centroamérica además de Ecuador, Venezuela y Colombia.³

En el año de 1960 se hizo el trámite fue del miércoles 17 al jueves 25 de febrero de quienes aspiraban a “irse de braceros” un total de 364 varones (Ver anexo 1).

Edades de los que emigraron:

1 de 18 años, 10 de 19 años, 23 de 20 años, 24 de 21 años, 10 de 22 años, 105 de 23 a 30 años, 101 de 31 a 40 años, 73 de 41 a 50 años, 14 de 51 a 54 años y 1 de 55 años.

Quienes aspiraban a ser “braceros” todos, se puede decir que no tenían propiedades de tierras de siembra o agostadero.

Artículo 27 Constitucional:

“Se considera pequeña propiedad agrícola la que no exceda por individuo de cien hectáreas de riego o humedad de primera o sus equivalentes en otras clases de tierras. Para los efectos de la equivalencia se computará una hectárea de riego por dos de temporal,

³ Cultivarme. Tomado de las redes.

por cuatro de agostadero de buena calidad y por ocho de bosque, monte o agostadero en terrenos áridos. Se considerará, asimismo, como pequeña propiedad, la superficie que no exceda por individuo de ciento cincuenta hectáreas cuando las tierras se dediquen al cultivo de algodón, si reciben riego; y de trescientas, cuando se destinen al cultivo del plátano, caña de azúcar, café, henequén, hule, palma, vid, olivo, quina, vainilla, cacao, agave, nopal o árboles frutales. Se considerará pequeña propiedad ganadera la que no exceda por individuo la superficie necesaria para mantener hasta quinientas cabezas de ganado mayor o su equivalente en ganado menor, en los términos que fije la ley, de acuerdo con la capacidad forrajera de los terrenos”.

Relación de quienes tenían propiedad de tierras:

No. de Identidad	Superficie	Ubicación	No. de Identidad	Superficie	Ubicación
111	½ ha.	La Leonerita	105	3 has.	Las Paredes
189	½ ha.	La Leonerita	243	3 has.	El Sauz
92	1 ha.	Los Ranchitos	37	4 has.	La Estancia
162	1 ha.	Rancho Nuevo	59	4 has.	Los Ranchitos
186	1 ha.	Agua Blanca	123	4 has.	Santa Rita
211	1 ha.	Chiquihuitillo	258	4 has.	El Zapote
285	1 ½ ha.	Las Motas	216	5 has.	Los Ranchitos
167	2 has.	El Sauz	270	5 ¾ has.	El Chivatero
202	2 has.	Las Paredes	371	5 has.	Los Ranchitos
261	2 has.	La Cofradía	178	10 has.	Charco del Ahogado
278	2 has.	Las Motas	214	10 has.	La Nopalera
295	2 has.	Las Motas	367	10 has.	Carricillo
286	3 has.	Las Motas			

En los años 60´s los agricultores nada más sembraban maíz, frijol y calabaza; una hectárea producía 490 kg. de maíz en mazorca = 7 fanegas⁴. La cosecha era para el sustento familiar muy poco para co-

⁴ Fanega o Hanega = cantidad de granos u otros productos que entran en un recipiente de 52 a 55 litros.

mercializar, hasta finales de los años 60's que se construyó la presa Lagunillas e inició la zona de riego y la oportunidad de sembrar dos veces al año, incrementar la producción y agregar nuevos cultivos.

Una yunta⁵ daba 50 fanegas, allá por los años 70 un señor de Santa Rita llamado Jacinto Salcedo agregó guano a la tierra y la se cosechaba de 60 a 70 fanegas por hectárea.

El terreno que poseían no era suficiente para alimentarse durante un año, la mayoría de los campesinos eran “medieros”, es decir que trabajaban para un hacendado y les correspondía la mitad de la cosecha. En los planes anegaban los terrenos y aprovechaban la humedad para sembrar garbanzo y trigo.

Actualmente el rendimiento promedio de producción en maíz es de 8.7 toneladas por hectárea en la modalidad de riego y de 2.5 toneladas por hectárea en temporal.

Entrevistas a ex braceros:

Salvador Paredes Sánchez

“En 1956 yo tenía 16 años y me fui como voluntario a dar mi Servicio Militar a Monterrey, con la promesa que si Estados Unidos iniciaba una guerra por el Canal de Suez nos contratarían para trabajar allá, a los 17 años me dieron mi cartilla, no hubo guerra no hubo contrataciones.

En 1959 nos enlistamos como 200 personas con un señor de Paredones llamado Jesús Reyes, nos llevaron a Empalme, Sonora, donde eran las contrataciones, nos metieron a un campo como de beisbol como a 50,000 personas. No sabíamos cuándo íbamos a pasar, dormíamos en las banquetas y le pagábamos \$1.00 diario al dueño de la casa que nos prestaba un costal de cemento o un ladrillo para que nos sirviera de almohada.

Hicimos un grupo de cuatro de aquí del pueblo: Jesús Díaz Vega,

5 Yunta, equivale a 2.700 m² aproximadamente y su nombre proviene de la cantidad de tierra que es capaz de trabajar en un día una yunta de bueyes.

Antonio Alatorre “el Zito”, Alfonso de Alba y yo. Jesús Reyes nunca se apareció.

Luego nos fuimos un pariente y yo por nuestra cuenta, un señor de un restaurant nos recomendó a quien nos podía pasar, le pagamos \$850.00 y se nos desapareció y no nos pasó; nos quedamos con \$100.00 comprábamos comida en un \$1.00 al día nos daban frijoles de la olla, arroz, una Pepsi-Cola y tortillas a llenar.

Mi compañero pasó con otro nombre y yo me quedé solo, jugando volados gané 10 chicles de 4 pastillas y me dieron la idea que vendiera chicles, haciendo eso me mantuve mes y medio.

Nombraban lista todos los días para que pasaran algunos, nombraron a Salvador Pérez Sánchez y yo les dije que era yo, adentro ya estaba el nombrado y nos pasaron a los dos, Salvador Pérez Sánchez y Salvador Paredes Sánchez.

En Empalme nos subieron a un tren como de vacas, no era de pasajeros, nos dieron un lonche, duramos dos días hasta Mexicali, (en vehículo son como 10 horas). En un lugar el tren se detuvo para dar paso a otro y nos bajamos a comprar comida, por poco y me dejan, corrí y me colgué, pegué en unas piedras y pude subirme. Nos llevaron en camiones al Centro de California, ahí nos paraban para que nos escogieran los patrones, había gringos y japoneses; a mí me contrató un japonés y me llevó a San Fernando a pizar fresas. El mayordomo era de Michoacán y nos trataba muy mal, nos levantaba a las cinco de la mañana y nos daban el desayuno, el lonche a las doce, burritos de frijoles acedos.

Nos pusimos de acuerdo unos compañeros y yo, uno de Zacatecas, de Chapala y el otro de Aguascalientes, representando a los demás; pedimos hablar con el cónsul de los Ángeles, nos atendió como a las tres horas, le dijimos que nos daban comida en mal estado y nos contestó: “quién se los manda salir de México”; estuvimos como tres o cuatro meses y nos mandaron de nuevo al Centro.

Nos contrataron de nuevo, ahora a la pizca de la manzana en Yuba City, casi para Oregon... nos contrataron como a 20, desayunábamos

todo bueno, lo que quisiéramos, como al mes llegaron como varios camiones llenos de gente, nos juntamos como mil; cuando éramos pocos nos íbamos a trabajar a las siete, después hacer línea desde las cinco para desayunar y nos daban lo que fuera... para bañarnos también teníamos que hacer grandes filas y cuidarnos de los más viejos que querían abusar de lo más jóvenes. Duré como dos meses y regresé a México, sin dinero”.

J. Jesús Franco García

“Yo empecé a ir de bracero a Estados Unidos desde el año de 1957 hasta el año 2000. Nos íbamos en febrero y durábamos siete meses

Todos los que solicitábamos nos tocaba, nos íbamos en grupos, ya sabíamos a dónde trabajaríamos principalmente en el riego de alfalfa, jitomate, maíz. Yo estuve en Dos Palos, California en el Rancho San Juan, nos proporcionaban casas en el rancho para cinco personas”.

Entrevista 8 de mayo de 2023

Rafael González Martínez

“A los 17 años me fui a Los Ángeles con mi hermano Salvador, trabajé en una fundición.

Después me fui como bracero (18 años mínimo) nos íbamos juntos y luego nos mandaban a trabajar a los ranchos, yo estuve diez años en Dos Palos, era una propiedad muy grande, los dueños el patrón y dos hijos.

Nos prestaban casa y vivíamos varios, nunca me tocaron compañeros de Acatic. Sembraban algodón, maíz y a mí me pusieron a manejar el tractor, luego me hicieron mayordomo ‘uve suerte’, yo creo que fue responsabilidad. Como era mayordomo trabajaba todos los días, hasta el domingo. Yo no sabía inglés y mi patrón no sabía español, pero nos entendíamos”.

Entrevista 10 de mayo de 2023.

Elías Carvajal Rivera.

Elías nació en El Refugio, municipio de Acatic, Jal., el 6 de febrero de 1935, hijo de Elías Carvajal de la Torre y Florentina Rivera.

Contrajo matrimonio con Ana María Pérez Gutiérrez, sus hijos: Leticia, Adolfo, Elías, Ana María, Mario y Gemma Carvajal Pérez.

El documento que acompaña es la solicitud de 1960; dice que no todos los que solicitaban eran contratados y cada año había que anotarse de nuevo. “Nos animamos a ir a Estados Unidos porque aquí no había trabajo, en las haciendas que era donde mejor pagaban era de \$25.00 semanales”.

“Todos nos íbamos juntos, a quienes les tocaba trabajar en California viajaban hasta Empalme, Sonora; cuando los enviaban a Texas se iban a Monterrey, Nuevo León y de ahí hasta la frontera con Texas. Al llegar a la frontera les hacían una revisión física general.

Los regresaban a México, personal de emigración salía por ellos para trasladarlos, no era fácil una vez duramos dos meses y medio en Empalme. Dormíamos en la calle, en la arena hacíamos un hueco y hasta figurábamos almohada. Desayunábamos un pan y café, había puestos de comida que nos regalaban un taco o dos. Una comida típica era la ‘gallina’ frijol y arroz.

Antes de 1960 ya había ido en compañía de mi papá a trabajar a Pecos, es una ciudad ubicada en el condado de Reeves, Texas y en Carlinchin del mismo estado, en la pizca del algodón, cuando ya habían pasado las máquinas cortábamos a mano lo que había quedado, tienen una especie de espinas que nos destrozaba las manos, tuvimos que regresarnos porque no sacábamos ni para comer. Éramos 180 trabajadores, en 45 días nada más a dos les dieron cheque, pagaban un dólar diario o sesenta centavos por hora, ni para comer.

Después fui a Yuba City, California del condado de Sutter, forma parte del llamado “Gran Sacramento” o área metropolitana de Sacra-

mento, capital de California; ahí trabajé en el deshije del betabel.⁶

En Indio, California trabajé en el riego y en la pizca del dátil, también en la pizca de la toronja, en éste último ya ganaba más porque ya era mayordomo.

En Indio trabajaba también mi papá, mis hermanos Guadalupe y Salvador, éste último se quedó a vivir allá; Abraham, Jesús y Manuel Rivera de Paredones y Guadalupe Pérez Padilla de Acatic, Jal.

Mi hermano Salvador me llevó a trabajar con él a Norwalk, del condado de Fairfield en el estado de Connecticut, el trabajo era en la construcción ahí sí me iba bien, ganaba a 5.56 dólares la hora. Duré cuatro años sin venir, cuando ya estaba casado, un año. Con lo que ahorré compré un terreno.

Ya tenía a mis hijos y no regresé a Estados Unidos me quedé a enseñarlos a trabajar. Llevaba seis cajas de huevo a vender a Tlaquepaque, dos veces a la semana.

Mi papá era amigo de Ángel Franco el dueño de “Almacenes Franco” mi papá me firmó de aval en un pedazo de papel de la cal ahí puso una cruz porque él no sabía escribir, me fiaban ropa, la primera vez traje 27,000.00 pesos; también compraba en la Casa Colorada.

Para la venta cargaba la ropa en canastas y las trasportaba en una bicicleta que yo acondicioné porque no tenía dinero, le adapté un volante de carro en lugar de manubrios, recuerdo un día que me fui a la cuesta abajo pero como no podía frenar hasta que paré en un huizache.

La venta era en: Milpilllas, Tierras Coloradas, La Joya, Calderón, La Purísima, Las Motas.

Tenía 15 años en 1950 cuando compré un taxi en \$5,000.00 el primero en Paredones. Llevaba algunos trabajadores de la presa a Cuquío y otros más lejos a un pueblo que se llama Jalisco de ahí traía sombreros para vender.

6 Deshije, consiste en eliminar el exceso de plantas en los primeros días del cultivo para evitar la competencia entre ellas y dejar de ser fuente de desarrollo de plagas y enfermedades.

En los años 60's construyeron la presa de La Red en un burro llevaba a vender refrescos, pan, chorizo, carne...

Compraba en Tepatitlán enfrente de la hielera: carretillas, serruchos, clavos, martillos y los revendía en Paredones.

Luego tienda de abarrotes, les fiaba a los de la presa mercancía hasta por dos meses, cuando no podían pagar me daban gasolina, varillas, toneladas de cemento. De vender estos productos nació la idea de un negocio que tengo actualmente 'Materiales Carvajal', materiales para la construcción".

Entrevista 7 de junio de 2023




Rafael González Martínez (fotografía tomada por las autoras).



J. Jesús Franco García (fotografía tomada por las autoras).



Elías Carvajal Rivera (fotografía tomada por las autoras).



TARJETA DE IDENTIDAD DE ASPIRANTE A BRACERO.
Municipio: Acapulco, Estado: Jalisco. Número: 105.

Nombre y apellidos: J. JESÚS GONZÁLEZ GONZÁLEZ.
Domicilio: Calle de Barreras / 75, Acapulco, Jal.
Cepo y fecha de nacimiento: Acapulco, Jal., abril 18 de 1906.
Nombre de los padres: Jacinto González y Mariana González.
Estado Civil: Casado.
Nombre de la esposa: Teresa Pérez.
Nombre de los hijos: Gustavo, Ana, Mariana y Alfredo.
Ocupación habitual: Jefe carpintero. (No tiene terreno).

Acapulco, Jal., a 20 de febrero de 1960.
El Presidente Municipal,
Alfonso de la Cruz

Oficia del subprefecto
José de la Cruz

J. Jesús González González (fotografía tomada por las autoras a la credencial original).

Anexo 1

J. Jesús Sánchez González
Francisco de Alba Navarro
Salvador Paredes Sánchez
Luis García Domínguez
José García Rivera
Marcelino Jiménez Sánchez
José González Casillas
José Rufino Martín Abundis
Sabino de Lara Isordia
Úrsulo Martín Abundis
Jesús Becerra Castellanos
Manuel Ponce Hdez.
Salvador Alatorre Martínez
José de Alba Navarro
Agripín Castañeda Pérez
Pablo López Arámbula
Jesús Aguirre Medina
Javier González Ramírez
Salvador Paredes Esquivel
Antonio Rubio Flores
Antonio López de Rosas
Ramón González Ramírez
Ambrosio Ramírez Vargas
Agustín Hernández Sánchez
Antonio Glez. Cabrera
J, Jesús Díaz Sánchez
Vicente Vega Gutiérrez
Pedro Jiménez Vega
Rafael Vega Cervantes
Gregorio García Hdez.
Rafael Vega Cervantes
Gregorio García Hdez.

Catarino de la Torre Villalobos
Vicente Almaraz Sánchez
Juan Muñoz Vera
Isaac Díaz Alcaraz
Elías Esparza de la Torre
Feliciano Flores Cordero
José Márquez Muñoz
J. Jesús Martín Alcántar
Juan Martínez Alcántar
Florentino Franco López
Sergio Velázquez Muñoz
J. Guadalupe García Loza
Juan Padilla Romo
Manuel de León Alvarado
J. Jesús Medina Flores
Ángel Becerra Sánchez
Hilario Martín Hernández
Antonio Ponce Fernández
Crescencio Aguirre Landeros
Juventino Castañeda Ponce
Luis de Loza Alcántar
Vicente Alvarado Aguirre
J. Trinidad Esparza Camarena
J. Félix Esparza de la Torre
J. Guadalupe Torres Padilla
Hilario Torres Padilla
José Alvarado González
José Dolores Torres Becerra
Magdaleno Mercado Vázquez
Fidel Casillas Pérez
Jesús Víctor González Cervantes
Victoriano Hernández Alcántar

Francisco Ponce Aguirre
J. Guadalupe López López
Adolfo Márquez Ramírez
J. Refugio López López
José López Márquez
J. Merced de León Carbajal
José Paredes Fernández
Rafael Almaraz Valdivia
Antonio Esparza Carrillo
J. Jesús Hernández Orozco
Estanislao Sánchez Herrera
Téofilo de León Carbajal
J. Guadalupe Rizo Vega
Cesáreo Rizo Vega
Simón Alcántar González
José Robledo Gómez
J. Refugio Vera Ruiz
Antonio Alcántar Isordia
Bartolo de Ávila Vázquez
José Camarena de la Torre
José García Robledo
J. Jesús Alvarado Quezada
Antonio López Robledo
J. Guadalupe González Casillas
Cristóbal González Ramírez
J. Guadalupe López Gutiérrez
José Velázquez Vázquez
Andrés Hernández González
Benjamín Torres Romero
Ángel González Franco
Guillermo Silva Medrano
Eliseo Dávalos Cornejo
Rafael Pérez Arévalos

Adolfo González Rivera
Federico Valdivia Aceves
Maximino Arévalos Villalobos
Rubén Machuca Ponce
Pedro Dávalos Cornejo
Adolfo González Rivera
León Nuño de la Torre
Vicente Fernández Martínez
Eduviges Aguirre de la Torre
Catarino Jiménez Rodríguez
J. Trinidad Padilla de Rosad
Ramón Silva Medrano
J. Jesús Pérez Prado
J. Jesús González Gómez
José Íñiguez de León
Vicente Álvarez González
Miguel Marroquín Reyes
Bernardino López Arredondo
Guadalupe Navarro Martínez
Alfredo Ramírez Carvajal
Pedro Martínez Carbajal
Edilberto Mora Cortés
Guadalupe Navarro Martínez
Alfredo Rodríguez Carvajal
Pedro Martínez Carbajal
Marcelino Marroquín de la Torre
Juan Pérez Macías
Juan Cornejo López
Agustín Gutiérrez Cornejo
Abraham Padilla Martínez
Herculano de la Torre Reyes
Elías Carbajal Rivera
Lino Rodríguez Aceves

Roberto González González
Isaac Álvarez Rentería
Jesús Vera Díaz
Simón Torres Lupercio
Lino Rodríguez Aceves
Roberto González González
Isaac Álvarez Rentería
Jesús Vera Díaz
Simón Torres Lupercio
Efrén Álvarez Morales
Jesús Hernández Regalado
Eliseo Muñoz García
Florentino Lomelí García
Pío Tejeda Muñoz
Guadalupe Álvarez Rentería
Francisco López Gutiérrez
José Martínez Ruiz
J. Guadalupe Caldera Ruiz
Arnulfo Sánchez Venegas
José López Padilla
J. Jesús López Padilla
Francisco Orozco Arana
J. Longinos Muñoz Becerra
Antonio Muñoz García
Rigoberto Cortés Franco
Alfredo de la Torre Glez.
Juan de la Torre Glez.
Manuel Ornelas López
José Alvarado Quezada
Silvano Romero Díaz
Ignacio Martínez Vega
Fortino González García
Ventura Caldera Ulloa

Sabás Ruvalcaba Sandoval
Miguel Ángel Sandoval Almaraz
J. Jesús Aguirre Landeros
J. Merced Sánchez Alvarado
Rafael Mercado Pérez
J. Jesús Franco García
Enrique Ponce Almaraz
Antonio Medina Almaraz
J. Jesús Ruvalcaba de la Torre
Juan de Ávila Vázquez
José Sánchez Díaz
Candelario Medina Medina
J. Isabel Orozco Moreno
J. Salomé Castañeda Ponce
José Martín Navarro
Felipe de la Torre Alcántar
Miguel de la Torre López
Gregorio de la Torre López
J. Jesús Martínez Ruiz
Manuel Almaraz González
J. Félix Ruiz Tamayo
Pedro Navarro Alvarado
J. Jesús Guerrero Hernández
Ángel González Ramírez
José Fernández Martínez
José Alvarado Cortés
Alfredo Padilla de Rosas
Miguel de Anda Martínez
Pedro Lara Villalobos
David González González
J. Guadalupe González Glez.
José Luis González Glez.
J. Carmen Tapia Hernández

Maximiano González Ramírez
Juan Gómez Ponce
Juan Gómez Calamateo
Alfredo de la Torre Gutiérrez
José González García
Juan Castañeda Ponce
José Torres Díaz
Roberto Aceves Torres
Julián Alvarado Medina
Silvano López Ornelas
José Becerra Gutiérrez
Juan Fernández Cabrera
Rafael de la Torre Hernández
José Luis Trujillo López
Evaristo Cortés Gómez
Paulino Mercado Gutiérrez
Refugio Paredes González
J. Jesús de la Torre Gómez
Luis Salcedo Benites
Agapito Castañeda Gutiérrez
David de Alba González
Mauro de Loza Flores
Anastasio Orozco Rodríguez
J. Jesús Delgadillo Lomelí
Manuel González Paredes
Salvador González Ramírez
J. Refugio López Vázquez
J. Jesús Rodríguez Dávalos
José Mercado González
Ramón Castañeda Gómez
Desiderio Caldera Ulloa
Ignacio Gutiérrez Mercado
Juan Aguirre Medina

Adolfo Gutiérrez Gutiérrez
Alfredo González Martínez
Ignacio García Carranza
J. Guadalupe Almaraz de la Torre
Francisco Robledo Almaraz
José Carranza Villarreal
J. Rosario Alatorre Muñoz
Toribio Velázquez Vega
J. Guadalupe Velázquez Vega
Rafael González Martínez
Rafael Becerra Gómez
José Becerra Delgadillo
Isidoro Delgadillo Flores
Francisco Muñoz de la Torre
J. Félix Sigala Esparza
Antonio Vega Gómez
Manuel Plascencia López
Salvador Plascencia López
Victoriano Velázquez Vega
René Anaya Pérez
Demetrio Saavedra Pérez
Albino López Velázquez
Juan Fernández Cabrera
J. Jesús Sánchez Navarro
Alberto Aguirre Alvarado
Manuel Morales Hernández
Simón Morales García
J. Cruz Ponce Sánchez
J. Guadalupe Almaraz Cabrera
José Raygoza Delgadillo
Luis Padilla Alatorre
Lino Alvarado Sandoval
Anastasio Franco Zúñiga

Miguel Guerrero Alcántar
José Vega Gómez
Víctor Hernández Delgado
Pedro Sánchez Gómez
Ignacio Sánchez Carranza
Juan Manuel López Sandoval
Mónico Alvarado Quezada
J. Jesús Rubio Flores
Vicente Muñoz Gutiérrez
J. Merced Díaz Gutiérrez
Juan Plascencia López
Manuel Plascencia López
Rodolfo Plascencia López
José Gutiérrez de Loa
Efrén Jiménez Rodríguez
Gabino Rodríguez Dávalos
Antonio Márquez Muñoz
Gorgonio Guerrero Alcántar
Salvador Arana Benavides
Ramon Camarena Velázquez
Benjamín González Alatorre
Juan Jaramillo García
Justino Muñoz Alvarado
Gabino Alvarado Aguirre
Juan López Almaraz
Antonio Plascencia López
Juan Ortiz López
Alfredo Plascencia López
Miguel Valdivia Carmona
José de Loza Flores
Simón Castañeda Pérez
Gonzalo Valdivia Martínez
Francisco Raygoza Delgadillo

José Luis Muñoz López
F. Félix Delgadillo Lomelí
J. Buenaventura Vega de León
Luis Ruvalcaba Cervantes
Pedro Muñoz Alvarado
Salvador Arámbula Robledo
J. Rosario Orozco Arana
Gustavo Padilla de la Torre
Ignacio García Alatorre
Bernardino Gómez Alcántar
David Padilla Sánchez
Ignacio Sánchez Almaraz
Marcelo Sánchez Fernández
José de Jesús Orozco Orozco
Pedro López Carrillo
J. Jesús Muñoz Alvarado
Elpidio Ramírez Gutiérrez
José López Gutiérrez
Salvador Vázquez Enríquez
Salvador Orozco Franco
J. Guadalupe Orozco Rodríguez
José Carrillo Becerra
Rosalío Alcaraz García
Juan Cortés de la Torre
Margarito Padilla López
J. Jesús Pérez Valdivia
J. Jesús González González
Luis Padilla Cervantes
Francisco de Loza Flores
Alfredo Báez Zamudio
José García Gómez
J. Concepción Gómez Aldrete
J. Guadalupe Valdivia Flores

J. Jesús López Gutiérrez
Leobardo Alvarado Castañeda
Miguel López García
J. Jesús Gómez Ponce
Alfredo Gómez de León
Margarito González de León
Abraham González Aceves
Rafael Ponce Gómez
José Plascencia Juárez
Antonio Mercado Martínez
Arnulfo Alvarado Carrillo
Salvador Alvarado Sandoval
J. Jesús Vega Gómez
J. Jesús García Alatorre
J. Encarnación Delgadillo Lomelí
J. Jesús Esparza Alvarado
Conrado Alvarado Aguirre

J. Jesús Ramírez Plascencia
José Orozco torres
Ramón Vega Pérez
Silviano Pérez Valdivia
Remigio Muñoz Gutiérrez
Simón López Ruiz
Manuel Hernández Limón
José Ruvalcaba de la Torre
Isidro García Alatorre
Vicente Alvarado Carrillo
David Martín Rizo
Alfredo Medina Becerra
Timoteo Muñoz de la Torre
Miguel Alvarado Quezada
J. Jesús Plascencia Gómez
Cándido López Arámbula
José Alvarado Quezada

Cácaro de cine

María Esmeralda López Lupercio

EL SER HUMANO, en la ferviente necesidad de buscar identidad para formarse un sentido de pertenencia hacia un grupo o colectividad, está en constante intercambio de ideas, emociones, sensaciones, diálogos que trascienden y sientan precedente con la construcción de sistemas y mecanismos en pro de la sociedad. No obstante, los momentos más cruciales sólo quedaban registrados en la memoria, sin la posibilidad de reproducirlos, hasta que surgió el Cinematógrafo, el cual fue patentado el 13 de febrero de 1895 por los hermanos Auguste y Louis Lumière.

Las primeras películas de los hermanos Lumière consistían en imágenes que capturaban de la vida cotidiana, como la salida de los obreros de la fábrica que llevaba su mismo apellido, o la llegada de un tren. Esta última causando consternación, pues la audiencia salió huyendo creyendo que el ferrocarril se aproximaba. Algunas de sus películas se proyectaron en el Gran Café de París en diciembre de 1895.

En México, el cinematógrafo llegó en 1896. Siendo su primer espectador Porfirio Díaz y un grupo selecto de invitados, quienes recibieron a Bernard y Gabriel Vayre (enviados de los hermanos Lumière) el 6 de agosto de 1896 en el Castillo de Chapultepec, y diez días después la primera función pública en el número 9 de la calle Platero, en un

local al interior de la Droguería Plateros. Asistió público heterogéneo que pagaba cincuenta centavos la entrada, pero ello molestó a un sector de la sociedad pidiendo funciones especiales los jueves a doble precio. Un fenómeno que se replicó en Guadalajara fue que, al aumentar los salones de cine en barrios populares, bajó el índice de alcoholismo.

¿Qué es el Cinematógrafo y quién lo operaba?

Un cinematógrafo es una máquina con la capacidad de filmar y proyectar imágenes en movimiento. Utilizaba una película perforada de 35 milímetros de ancho. Dicha película era parecida a la del kinetoscopio de Thomas Edison, por lo que los Lumière hicieron perforaciones circulares en vez de cuadradas para evitar conflictos legales. Así mismo, el encargado de proyectar los filmes en dicho aparato fue el operador, o como coloquialmente le llamaron: Cácaro.

Se cuentan varias versiones sobre el nacimiento del mote de Cácaro a los operadores de los proyectores, sin embargo, la más aceptable o en la que coinciden varias fuentes es la que proviene de Guadalajara, durante el porfiriato en 1909. Se dice que un popular empresario de Guadalajara, don José A. Castañeda abrió el cine Salón Azul. Los asistentes les pedían a gritos que les explicara las cintas, en virtud de ser mudas, por lo que él mismo se paraba a un lado de la pantalla e inventaba diálogos y sonidos a las escenas proyectadas. Por otro lado, Castañeda tenía un empleado de nombre Rafael González, quien era el encargado de la proyección en la carpa Cosmopolita, ubicada en la calzada Porfirio Díaz (hoy Calzada Independencia). Pues bien, el muchacho, Rafael González, estaba picado o cacarizo del rostro a causa de la viruela y su patrón, el señor Castañeda, se refería a él con el sobrenombre de “Cácaro”.

Se cuenta, que al tiempo en que don José A. Castañeda se ponía al frente de la pantalla para explicar la película, Rafael se encargaba del proyector. La manipulación en aquellos tiempos se hacía con una manivela, a la cual el proyeccionista tenía que dar vueltas con cierto

ritmo para que el movimiento de la imagen no se viera muy rápido o demasiado lento, pero Rafael, aun cuando al principio le ganaban los nervios, adquirió práctica en el oficio y empezó a quedarse dormido, y cuando eso sucedía don José le gritaba —¡Cácaro!— para que se despertara y se reactivara. Al paso del tiempo, el público también comenzó a gritarle con el mismo apodo, ante cualquier falla en la proyección. Así fue como se difundió la expresión de Cácaro para nombrar en general a todos los proyccionistas en México.

Gracias a los cácaros y la pericia en el manejo del cinematógrafo, fue posible que las películas llegaran a varios puntos del país. Sin lugar a dudas algunos los filmes que abrieron paso a la industria cinematográfica, convirtiéndose en un negocio rentable para todos los involucrados, fueron “Allá en el rancho grande”, en 1936 consagrando la comedia ranchera, y “Ay Jalisco, no te rajes” con proyección internacional, ambas de la Época de Oro del Cine Mexicano. Ello dio como resultado, catapultar carreras de exitosos productores como Ismael Rodríguez, Emilio “El indio Fernández”, Roberto Gavaldón, Luis Buñuel, Carlos Enrique Taboada, Arturo Ripstein, Felipe Cazals, por mencionar algunos.

Pero si alguien sabe y conoce de los diferentes géneros del cine como el de rumberas, luchadores, rock and roll, de ficheras, western, terror, gánsters, social y urbano, y más, es el cácaro; porque además de ser un oficio que le daba para sostener su familia y ser un agente laboral productivo, también lo disfrutaba y podía dar su crítica del buen cine.

Desafortunadamente, las nuevas tecnologías abren paso a otros mercados desbancando el oficio, para el que se necesita una preparación metodológica y que, en su momento, fue punta de lanza para todo un sector filmico que se convirtió en una forma de entretenimiento para la sociedad. A pesar de que los nuevos cines manejan otros mecanismos donde la mano del hombre ha sido desplazada por computadoras, los cácaros sobrevivientes guardan en la memoria escenas de su paso por los proyectores y los festines de algarabía que quedaron marcados en su ser.

Francisco Huerta Soto:

Cácaro de Cine Alteño en Tepatitlán

“El Pimo”, apodo con el que se le conoce al señor Francisco Huerta Soto, tiene experiencia como carpintero, cerrajero, plomero, encargado de alumbrado público, trailero, velador y hasta “zopilote” de funerales Cruz, como lo llama él, por el hecho de llevar cuerpos a misa y de darles sepultura. También se desempeñó como operador de cine —o Cácaro— del extinto Cine Alteño, de la misma municipalidad que lo vio nacer el 15 de septiembre de 1950.

El cine Alteño llegó al municipio de Tepatitlán aproximadamente en 1938. Uno de sus colaboradores fue Anastasio Huerta Gutiérrez, conocido como “Tacho el del cine” y padre de Francisco, quien comenzó a trabajar vendiendo semillas en los intermedios, que le pagaban 15 centavos el día, hasta que se convirtió en operador del cine-matógrafo, oficio que décadas más tarde enseñaría a su hijo, quien entrara a trabajar a la edad de 19 años en 1969.

“En el cine, era ir subiendo escalones. Cuando se pensionó mi papá, pusieron a otra persona más capacitada para mover los aparatos, poner la película...les llaman “montar la película”, y yo, mientras no me subían a la caseta a ser cácaro, pues yo fui barredor. Barría todo el cine y juntaba tambos de basura, lavaba baños, recogía películas de la terminal y aparte recibía los pedidos para la dulcería que mandaban desde Guadalajara, y así fui subiendo escalón por escalón. Así estuve como 4 o 5 años, y luego se pensionó el otro operador del cine y fue cuando me subieron a mí con otro señor que estaba ahí, que se llamaba Rosendo Gómez, y después de que se pensionó, ya me quedé yo de cácaro en el aparato que trabajaba mi papá. De 23 años fue cuando llegué a los aparatos. De ahí yo duré diez años de pasar las películas. ¡Yo era el cácaro!

Le trabajé al cine y tenía que ir a recibir las películas, porque era otro sistema, ya no eran rollos chiquitos. Tenía que pegar de 5 o 6 rollos la mitad de la película, en una sola bobina para pasar media

película con un aparato y luego la otra media película. Y luego, había qué raspar para ponerle el pegamento, para pegar la película, rollo con rollo. Era un pegamento especial que nos mandaban de Guadalajara, la empresa Montes. Nos los mandaban en uno pomitos como de inyección, pero sin etiqueta ni nada. Ellos nos llenaban los pomitos y don Toño de la Torre, que era el gerente del cine los tenía guardados en su oficina. Dos días duraba la película y había qué despegarlas, y volverles a poner sus colas, sus finales porque cada rollo tenía su principio y su fin. Entonces había que volver a armar el rollo y meterlo en su cajita, empaquetarla y mandarla a Guadalajara.

Los rollos de las películas venían más o menos de unos 25 o 30 centímetros en unas cajitas de lámina, y la película completa venía con 10 o 12 rollos, entonces, antes de que trajieran su nuevo sistema de poner media película en un solo aparato, agarraba uno el rollo y aventaba uno las colas, para poner la cinta donde iba conectada con todas las vueltas que daban los engranes, por el lente y luego al sonido, eeeh... al este... bueno, nosotros le llamábamos “el trompito”. El trompito era una palanca, que cuando no montabas bien la película, se vía la mitad de la pantalla, de la cintura para abajo, y abajo nada más se veían las cabezas. Ese trompito uno nada más le daba vuelta, y subía o bajaba, según pa’ donde le diera y ya dejaba la imagen a la pantalla, y ya ese trompito bajaba pa’bajo y había que enrollarla en unas bobinas de varilla, y, y... pero cada película traía sus señas que nomás nosotros sabíamos cuáles eran. Ya nomás veíamos las señas (escenas de películas), y ya sabía el otro que estaba apagado, tenía que estar en su aparato para cuando pasara la seña, prender el aparato y ayudar al rollo a circular. Pa’ cuando yo ya veía que estaba funcionando el otro aparato, apagaba el mío, y ya nomás terminaba el rollo y a devolverlo, porque el final del rollo quedaba en la orilla y si había que pasarlo otra vez, tenía que regresar el rollo pa’ volverlo a poner. Había películas que duraban una hora, y otras hora y veinte minutos, pero era cuando eran de doce rollos. Las otras que duraban menos, las de “batalla” que le decía don Toño, que eran las

de los sábados de balazos, luchadores, eran unos rollitos chiquitos comparadas con los otros, así (hace seña de gran grosor).

Cuando no se montaba bien la cinta de la película en los engranes, que la hacía recorrer, el mismo engrane con la velocidad que llevaba y el tiempo, porque es película que ya se usó mucho tiempo, se va resecaando el plástico y con la fuerza que hace el rodillo ese, rompía y no pasaba la película, porque estaban quebrados los cuadritos donde ensartaba la puntita, y con lo caliente, porque eran aparatos de carbones, y cuando prendía uno el switch tenía uno que juntarlos, casi juntos para que prendieran; el de atrás era un carbón grande y el de adelante era un carbón chiquito, pero para que viera era una luz inmensa, pero en la tapadera tenía un espejo como de medio centímetro de grueso que si se veía cuando lo limpiábamos, necesitábamos tallarle así a un lado, porque si lo veíamos nos emborrachábamos del aumento que tenía. A veces se quemaba la película y había que desmontar todo rápido, sacar el rollo y volverlo a poner, si acaso medio minuto y volverlo a prender y que siguiera la película. Al final, había qué ver cuánto se dañó la película, quitar lo quemado, rasparle con una navaja entre un cuadro y otro, para echarle el pegamento y pegarla, se secaba y ya la envolvíamos la película. Además, el señor que me enseñó a arreglar aparatos de orilla a orilla, fue un señor que venía de Guadalajara del cine Alameda, que hasta me invitó para compadre de uno de sus hijos. Cuando se descomponían los aparatos de Arandas, de San Miguel, me mandaban para allá, pues la empresa Montes tenía cines en todo Jalisco. Hasta que me salí de trabajar, supe quién era la dueña de los cines, Yolanda Montes alias “La Tongolele” y tenían las oficinas en Guadalajara porque los hermanos eran los encargados.

Con esos grupos de Menudo, Timbiriche, Vaselina, ¡era un lleno los domingos! que hasta sentados en el suelo, en las callecitas por donde caminaban la gente. No cabía una aguja en todo el cine, porque hasta gente parada en las puertas. Las películas taquilleras eran las del domingo porque eran los estrenos, porque se pasaban en dos funciones, y como había permanencia voluntaria, pus’ la gente se que-

daba y repetía de ver las películas. Pero lo que era domingo, lunes y martes era el mismo programa, hasta el miércoles cambiaba ¿sí?, pero el miércoles cambiaba por las películas populares que a la gente le gustaba ver; las de tipo vaquero de “western”. Jueves y viernes era la función de adultos... No era de ficheras, era...mmm un poquito más fuerte, como en tres equis. Era todo al natural, por eso era para adultos. Es más, inclusive, era raro que alguna pareja, marido y mujer entrara. Siempre iban casi puros hombres. Y ya el sábado, entraban las películas populares para los chiquillos, de luchadores, de balazos, El charro negro, El Santo contra las momias. En fin... pero era lo que la gente decía “churrumaiz con palomitas”, pa’ pasar el rato pues”.

El señor Francisco, además de desempeñar el oficio de cácaro con gran pericia y aciertos en cada maniobra en cuestión de segundos, también estuvo en varias de las etapas por las que pasó el cinema Alteño, y lo narra con una perfecta ilación histórica.

“El Cine Alteño comenzó como el cine “Samartín” y estaba por la calle Independencia, que duró como unos 6 o 7 años, y después lo cambiaron a la actual Casa de la Cultura, ya siendo propiedad del Circuito Montes. Nos tenían un buen sueldo pues pertenecían a SI-TATYR o algo así y nos pagaban 420, 450 pesos, yo ya me había casado y tenía a mi hijo de familia.

Después vino un señor, por ahí...hijo de un señor muy metido en el cine, de Enrique Alatríste y empezó a poner otro cine en la Casa de la Cultura, con unos aparatos más chicos, pero ya de lámpara. Ya no eran de carbón. Entonces, cuando yo terminaba, me mandaban a ayudar a mover los aparatos al cine de la Casa de la Cultura, y me pagaban el sueldo del cine Alteño y de la Casa de la Cultura. Pero el señor este (el hijo de Enrique Alatríste) quiso meter cosas, pues... fuera de lo normal, pero la Casa de la Cultura es una cosa muy especial, y como que este señor quiso meter películas pornográficas y le cerraron el cine, pero a los dos meses consiguió en

donde ahorita está Milano. En aquellos días, estaba una panadería que se quemó y él rentó el local, y puso dos salas. Pero estuvo como dos o tres años, hasta que fracasó como “cinematografista” y se acabó el cine Alatríste”.

El Pimo es un hombre hecho de sueños, que él mismo proyectaba y viajaba a través de filmes donde la lente no era obstáculo para apasionarse de las maravillas del mundo, porque detrás de la pantalla y del cinematógrafo, él también era parte del público.

“Después, volvieron a armar el de la Casa de la Cultura, pero con funciones más, más saludables...era una sala chiquita, pero la gente llenaba la sala porque eran películas buenas, había documentales y hay gente que le gusta de ese tipo, algo así como de personas que iban a otros lados con los indígenas, a llevarles medicamento, comida, básicamente eran como comerciales. A mí me fascinaba eso porque era ver la vida que tenían en otros países, los indios allá en la sierra, África. A mí una tribu que me gustó mucho y quisiera verla todos los días, eran los estos... Mazámula, eran unos señores altos, delgados que se ponían unas túnicas rojas y se colgaban unos aros como de lámina y empezaban a brincar. Había fulanos que brincaban como metro y medio del piso pa’riba y nomás se les veían los aros así pa’riba. Y había varios documentales de templos, de ciudades y había cortometrajes de lo que era el Lago de Chapala, para que la gente fuera conociendo, porque la gente no sabía mucho”.

Cuando el cine Alteño, lo cambiaron de sede al barrio de Las Colonias, el señor Francisco Huerta continuó. Sin embargo, fue más complicado puesto que ahora tenía la encomienda de manipular cuatro proyectores, es decir, el trabajo de cuatro operadores.

“Tenía que estar tantiando tres o cuatro minutos pa’ echar a andar una función en una sala y luego poner otra, en otra sala. Apagar un

aparato y prender otro para que siguiera la película, y era doble trabajo por el mismo sueldo”.

Trabajar para la industria cinematográfica detrás de un proyector fue una experiencia fortificante y emblemática para El Pimo. “Fue algo muy bonito y más porque todos los compañeros era muy buenas gentes, y don Toño mis respetos”.

Ramiro López Velázquez “El Pirulí”:

Cácaro del Cinema Olimpia de Arandas

Rodeado de varios reconocimientos por su amplia trayectoria musical a lo largo de seis décadas como vocalista del extinto grupo musical “Los Arandas”, y posteriormente director e integrante de la “Organización Musical Amor”, yace sentado en el sofá de su hogar Ramiro López Velázquez “El Pirulí”, entonando a capela “Te he prometido” de Leo Dan y “Mentira, mentira” de Javier Solís. Hace gala de las notas altas que alcanza aún a sus 70 años. Teniendo como musa de sus melodías la fotografía de su esposa Elisa, en una repisa adornada con flores que procura siempre mantener frescas, como la tiene en su memoria.

Nacido el 20 de julio de 1952 en Arandas, la tierra roja de sus amores. Fanático de los Fredlys, Los Muecas, Los Yonic’s, Los Solitarios, Los Babys, y con la promesa de “no cantar cochinas de las de ahorita”, se mantiene firme y asegura: ¡cantar puras canciones viejitas pero bonitas! Justamente sus dos pasiones, la música y el cine, las tuvo que combinar. Y fue así que también se desempeñó como Cácaro del Cinema Olimpia de Arandas.

“Entré muy niño a trabajar en el cine, como en el setenta y seis. Yo me enseñé solo a proyectar, sin que nadie me dijera, y ya me quedé... ¿cómo te quisiera decir?... pus’ ya me quedé de cácaro como dicen por ahí. Duré como nueve años haciendo el aseo y de ahí empecé a proyectar y duré veintinueve años, pero fue difícil. El cuarto de proyección, era un cuarto chiquito. Cuando lo renovaron

era una escalinata pa'rriba y otro proyector. Poníamos una película y otra pa' el intermedio ¡y bien pesado! Yo me tenía que subir a un banco para ponerla.

Eran unos rollos bien pesados y como pasaban por donde quiera, se reventaban y ¡no no no y la gente contra de uno, mano! Venían de Guadalajara en unas cajas de fierro bien pesadas y de plásticos los rollos. Había unos rojos, amarillos, rosas. Reparábamos las cintas con un pegamento que traían ellos de Guadalajara y el aparato simplemente lo aceitábamos”.

El Pirulí trabajaba en equipo con su hermano Alfredo “el Güero”, quien también era cácaro y a quien recuerda con gran aprecio y respeto. Entre ambos, hacían labores titánicas sobre todo en jornadas de lleno total.

“Mi hermano Alfredo y yo entramos a trabajar casi igual, casi casi. Él me ayudaba y yo le pagaba. Él me ayudaba mucho, era muy buena gente la mera verdad. Tengo recuerdos muy bonitos de él, porque pues era muy noble, muy sencillo y ¡a nada le sacaba eh! En aquel tiempo eran muy taquilleras las de ‘Indiana Jones’, ‘Siete en la mira’ con los Almada, ¡noooooombre!, era bien bonito. Nomás que estos (Enrique Alatríste) ya no compraba en blanco y negro como las de Tin Tan. Estaban de moda las de José José ‘Gavilán o Paloma’, ‘Sabor a mí’, pero esas películas a la gente no les gustaba, pero esa de ‘Siete en la mira’ de balazos, les encantaba. De antemano, todas las de Cantinflas eran un lleno que para qué te cuento. Yo entraba a las cuatro de la tarde y salía a las diez de la noche. Los miércoles eran películas pornográficas a las diez y hasta que se acabaran. ¡Por cierto, que el señor cura casi nos colgaba!”.

Refiere Ramiro que el antecedente del Cinema Olimpia fue el Cine Lux. Posterior cambió a Cinema Arandas, propiedad de José Hernández Orozco; sin embargo, tuvo una tercera administración con

el nombre de Cinema Olimpia a cargo de Ramiro Hernández, siendo dueño Enrique Alatríste, hijo.

“Lo cambiaron a Cinema Olimpia, que su encargado era Ramiro Hernández, pero pa’ poder ganarnos el lugar, nos pusieron una friega. ¿Cómo te quisiera decir? Nos pusieron a reparar butacas, pues entró uno que era hijo del esposo de Silvia Pinal. Se llamaba Enrique Alatríste y se quedó diez años, como de los 80’s a los 90’s, pero ya no lo quisieron. Fue el que nos enseñó lo que eran películas buenas, de acción. Es más, yo enseñé a mucha gente a proyectar. Iba a San Miguel, Atotonilco. Yo llegué a capacitarle mucha gente a Alatríste”.

El trabajo de cácaro lo llevaba a traspasar las salas de cine, y compartir sus conocimientos y habilidades a otros próximos en continuar el oficio, por lo que sacrificar tiempo de convivencia con la familia, también era parte de su labor.

Anna Rosa Lupercio Cruz:

Esposa de Alfredo, Cácaro del Cinema Olimpia de Arandas

A veces suena demasiado utópica la idea de tener una relación de pareja como en las películas, pero la realidad es extraña y supera las expectativas. Es la historia de Anna Rosa Lupercio Cruz, oriunda de Santa María del Valle. Ella no imaginaba que sus primeros acercamientos al cine en el potrero —como lo llama ella— sería la premonición de un matrimonio con un “cácaro de cine”, un par de décadas más tarde con el señor Alfredo López Velázquez, nacido el 8 de julio de 1946 en Arandas Jalisco, quien era hermano de El Pirulí. Entre las memorias que guarda de su niñez, Anna Rosa narra su encuentro con una tecnología no conocida para ella, un proyector del que salieran imágenes de esos artistas que sólo escuchaba en la radio.

“En Santa María del Valle nos pasaban películas en el ‘cuadro de la pelota’ donde juegan fut, pero eran unas cochínaditas de potre-

ritos ahí chafitas, que estaban al salir a Santa María. Iban gentes de otros lugares, que llegaban en camionetas y con unos proyectores. Ponían como una sábana blanca y ahí las ponían. Toda la gente llevaba sus sillas, bancos y otros en el zacate, bueno nosotros ahí las veíamos tirados en el llanito. Pasaban películas normalitas, caricaturas como El correcaminos, y películas como de Pedro Infante y todas esas que no tenían maldad”.

Anna Rosa conoció a Alfredo en 1983 siendo él empleado de limpieza por las mañanas, y cácaro por las tardes del Cinema Olimpia de Arandas. Recuerda el caminar pausado de su difunto esposo, subiendo por la escalera que daba a la cabina, mientras silbaba “Fue en un café” de Los Apson, y otras veces sólo se le escuchaba cantar “Por un caminito” de Leo Dan, sin dejar atrás las melodías de Los locos del ritmo, Los Teen Tops y todo lo que fuera Rock and Roll. Incluso era fanático de bandas internacionales como Los Beatles, ABBA, Bee Gees. Pero las canciones que más le gustaba entonar, por su grado de dificultad, eran de Javier Solís, Miguel Aceves Mejía, Pedro Vargas, Lucha Villa. Siempre con una grabadora portátil que tenía en la cabina, o simplemente las canciones que se iban escuchando en su antiguo radio café de la marca Majestic.

La esposa de Alfredo fue una de las pocas personas infiltradas que conoció el recinto, donde la magia del cine hace su trabajo a través de las manos de los cácaros, y con algarabía profiere haber pasado mucho tiempo de la cabina.

“¡Pos ahí asistía yo! Era chiquita, y estaba el proyector. Alfredo agarraba las películas y la metía a un tubo, y no sé cómo le hacía a unos fierros, y luego le daba vuelta, y acomodaba la cinta. Alfredo era bien rápido para acomodarla, y luego ya le prendía y ya pasaba la película. Yo veía cuando reparaba las películas...las bajaba y las tenía que envolver, pero con bien mucho cuidado, y otra vez enrollarlas y enrollarlas con bien mucho cuidado”.

También lleva en los recuerdos anécdotas chuscas en las que más de una vez se llevó un regaño, por arrebatos ingenuos de travesura, en complicidad de su concuña.

“A nadie de los que trabajaban ahí los dejaban ver las películas de adultos, ni a nosotras las esposas. A mí me daba tentación y le hacía la cortina así (movimiento de recorrer una tela) y don Luis el boletero nos decía,

– ¡Ora venga pa’cá ándele! Le voy a decir a Alfredo
y yo le decía –¡Ahhhh!

Y se subía a decirle a Alfredo y se bajaba bien enojado, y me decía – ¡Que no te metas a ver esas películas! – ¿Qué tiene? Soy una mujer casada.

– No le hace, están bien asquerosas, aunque estés casada.

– Pero tú las estás viendo...

– Pos a fuerzas, yo las estoy pasando, pero tú no, por favor entiéndeme.

Y don Luis nos regañaba a Elisa y a mí porque nos asomábamos, y nos ponía una maltratadas –¡Qué no, les dije que no se asomaran!”

Alfredo falleció a los 53 años, dejando como legado la pasión que impregnaba al proyectar con pericia, el producto del séptimo arte en cada filme, en cada escena, como un adiestrado “Cácaro” en lo que él consideró por décadas su segundo hogar, el cine Olimpia.

María Esmeralda López Lupercio



Alfredo López Velázquez



Ramiro López Velázquez

María Esmeralda López Lupercio



Anna Rosa Lupercio Cruz



Francisco Huerta Soto “el Pimo”



Credencial de cinematografista de Francisco Huerta Soto.



Cine Iturbide, antecesor de Cinema Olimpia.



Proyector de la época en que los hermanos López fueron cácaros.

En San Juan de los Lagos Campanero

Rosana Romo Pérez

“Para campanas, lenguas y pan, sólo en San Juan”

EL OFICIO DE CAMPANERO data de hace siglos. Son parte de la cotidianidad de los pueblos desde el siglo VII. Después del siglo IX aparecen las primeras campanas en Santa Sofía de Constantinopla. Construir torres fue necesario para dar sonoridad al golpeteo del metal de las campanas, y que su resonancia pudiera esparcirse a más distancia. En los años 604 a 606 DC, por disposición canónica en todas las iglesias, quedó establecido el uso de campanas para los oficios.

Las primeras campanas tienen su origen en Nola, ciudad de la región de Campania Italia, siendo su inventor san Paulino, obispo de Nola. Campanas, se llaman las grandes por su lugar de origen; y Nolas, las pequeñas, por ser de la ciudad de Nola. Tienen el toque por dentro, el badajo y la fuerza son los que le dan el sonido, otras se tocan con rueda de metal. Una campana es un objeto único en peso, resonancia y año de fundición, son instrumentos sagrados por jerarquía. La dureza del metal simboliza fortaleza y constancia.

La Catedral Basílica de San Juan de los Lagos, como en todas las edificaciones cristianas en las que se lleva a cabo el culto, también cuenta con un número de campanas. Éstas están situadas en el cam-

panario, espacio en lo alto de una torre. Las torres (dos) de la Catedral Basílica miden 76 metros de altura, desde la base hasta la cruz. La torre norte fue construida en el año de 1784 por el capellán mayor don Vicente Ferrer y González. Cuenta con cinco campanas en el primer cuerpo; la mayor de ellas fue llamada Santísima Trinidad, fundida el 13 de junio de 1885 e instalada en el año de 1891. Con ella se daban 36 campanazos del toque del Alba entre las 12 del día, 3 a las tres de la tarde y 9 para el toque de la oración; todo esto en observancia de las horas canónicas. Existe también —muy probablemente desde el siglo XVIII— la campana del reloj. La de san Agustín fue fundida por el señor Serapio Palos en el año 1888. También se encuentran la san José y la de Jesús, María y José, y con ellas se hacía el llamado al Rosario de Tintilín o Juan Perales, que era por la tarde. La quinta fue fundida el 15 de abril de 1970 apareciendo el nombre de Julián Hernández Cueva.

La torre sur se terminó de construir en 1790 por el capellán sanjuanense don Rafael Escoto. En ella se encuentran nueve campanas, cuatro en el segundo cuerpo. Llevan los nombres de san Pedro, san Pablo, san Juan y Santiago, fundidas en Nueva York en el año de 1882. Éstas cuentan con esquilas de rueda.

La campana María Infantita fue fundida en 1844 y pesa 400 kg. Midiendo 59 centímetros de alto, el diámetro del pie es de 120 cm y el diámetro de la cumbre mide 50 cm. Tiene un espesor de 7 cm. Es la única que se acciona y se distingue por su sonido, llama a las misas desde el año de su fundición. Se encuentra lejos de las torres, ahí solita, ostenta un corte de hechura diferente a todas, parece un vaso invertido. Un arco de cantera de corte barroco forma el soporte total de la campana.

La campana castigada

Sucedió en 1815; un campanero haciendo su trabajo cayó desde la torre norte, al estar tocando la campana esquila que gira a 360° lo empujó cayendo desde 42 metros de altura. El capellán del santuario,

don Tiburcio González mandó colocar una placa en la parte baja de la torre norte que dicta: “Un Padre Nuestro y una Ave María por el alma del eterno descanso de Antonio Gutiérrez, que se despeñó de la veleta un 12 de julio de 1815”. Su nombre real lo dicta un acta de defunción Antonio Romo y Ramírez, soltero de 30 años. Nacido en el rancho de Santa Ana en Jalostotitlán, de oficio campanero. Fue sepultado en el atrio que fungía como cementerio. Se colocó una cruz roja y el badajo fue quitado para que no volviera a ser usada. Años después fue levantado ese castigo por un obispo para de nuevo cumplir con sus repiques. Tuvo que ser reparada, pues una fractura impedía su sonido original. Fue mandada a Guadalajara, se refundió y se instaló de nueva cuenta en la torre norte.

Apunte

Una creencia popular dicta que si una mujer toca las campanas éstas se rajan. Será por ello que no es permitido que ninguna dama visite el campanario.

Los Campaneros

Los campaneros son los que más saben del estado de conservación y la necesidad de mantenimiento de estos instrumentos. Conocen el sonido exacto y tintineo para cada toque. En el campanario de San Juan de los Lagos, que primeramente fue Santuario, después Colegiata y actualmente Catedral Basílica, la dinastía de Anda González fueron los campaneros oficiales. Don Fidencio de Anda Flores dedicó su vida al oficio de campanero y, al morir, tomó su lugar su hijo José Magdaleno de Anda alias (el Carcal). Vivía con su familia en la calle Industria. Sus hijos, Pepe (el Ruco), Francisco, Javier y Fidencio. Juan de Anda González (el Chino), Hermelindo de Anda González.

No sólo su familia participaba en este oficio, sino que se le fueron uniendo muchos más como son: Chon su hermano, Pepe Gutiérrez, Felipe Estrada Ornelas, Francisco Martínez (el Tacón), Roberto López (el Chulo), Raúl Saldaña, Miguel Pérez (el Turi), Rafael (el Palín), Ro-

dolfo (el Chubeca), Luis (el Guiso), Reyes (el Fresa), (el Chulo). Aparte de formar un grupo muy numeroso, cuidaban su barrio, no se podían cruzar los límites porque terminaba en conflicto. Don José Magdaleno subía con suma destreza por una escalera angosta hasta las cruces a arreglar los desperfectos cuando fallaba la luz de neón.

De oficio campanero

“Comienzo diciéndole que los repiques de la mañana se llamaban del Alba, y se tocaban a las cinco de la mañana, los nueve campanazos con la campana mayor de la torre norte y enseguida, sábados y domingos se daba las llamadas de la misa con la otra campana mayor de la torre sur. Sábado y domingo a las cinco de la mañana, y ya después era los pinos de las ocho que se daba con la del segundo piso de la torre sur. A la misa conventual se daba la señal con la campana donde había una pila de agua al salir de sacristía, con un cable y una argolla. Se daba la señal cuando salía el sacerdote desde la sacristía al altar. Esa, es la campana que esta atrás, le llaman La Infantita, atrás de camarín y que da al callejón.

La esquila es cuando suena de una en una... Dan, dan, dan, también había repiques de primera y de segunda, y cuando era ya de primera, de algún representante de un Nuncio Apostólico o alguien muy así, entonces sí sonaban las de las dos torres. Las campanadas de difunto eran programadas a según del cuerpo presente, se daba la orden desde sacristía, no sé si se acuerde por la puertita que esta por el callejón, había como un pizarrón, y ahí se ponían y a según el horario, la misa de muertos se llamaba con las dos campanas, del reloj, la de las ocho y la mayor, esas dos. Tu, ru, run, ton, era el sonido que daban, decía Nacho Romo que yo le había enseñado a tocarlas, pero dijo que las de la mañana nunca se enseñó a tocarlas porque eran tres: la del reloj, la del pasaje y la de san Agustín, que sonaba tin, tun, tiri, ru; la de san Agustín sonaba bien ladinita... din, don, din, don y esa estaba suave porque subíamos a la torre y era el mes de octubre, se veía una luna bien bonita.

Hubo un tiempo, hace poco que dejaban subir toda clase de personas, subía mucha chavalada, muchachos inconscientes, que nomás iban como a vacilar, a jugar, luego les daba por colgárseles a las campanas, Y ya con este nuevo obispo, ya no dejaron subir a nadie.

Hay una versión, lo que se sabe es que un trece de agosto, un fatídico trece. Un día un señor cayó por la campana de san Agustín a donde está el foso de los rayos, pero ese señor, era del tiempo que le decía, que pusieron gente de catedral, se me hace que ese señor, trabajaba en el atrio haciendo el aseo, entonces creo fue porque lo atacaron las abejas, estaba repicando, y este señor desesperado corrió a un lado y cayó, de esto no hace mucho hará como unos ocho años, no ha de hacer ni diez, entre nueve y diez años. ¿Yo le digo sabe por qué? Platicando ahí le dije a un muchacho: —¿Oye te diste cuenta? —Dijo: —Pos es familiar mío ese señor. Unos güeros que vivían por acá, por la calle Buen Viaje que es ora Coppel, ahí vivían ellos. Y es que hay que saber darles a las campanas porque las ruedas son grandísimas y las cabezas de las campanas son grandes, entonces si está uno pegado en el barandal, tiene uno cuando vaya bajando que le dé en un lado porque apenas libra entre el barandal y la vuelta de la campana.

Hay una anécdota que me marcó, una bien presente que nunca se me olvida, ¡me salvó mi Madre Santísima!, porque yo sí la quiero. Estábamos un día yo y Reyes, el Fresa, estábamos en el tercer piso, bueno primero, en las bóvedas, no sé si recuerde que había un triángulo que ponían del Espíritu Santo, un ojo, que se colgaba de un barandal a otro de una torre a otra, y habíamos amarrado y había un chango que se columpiaba. El triángulo en las bóvedas y la sogá ya la habíamos amarrado de aquella torre norte, nomás era levantarlo. Mire, lo llevábamos y cuando un descuido, un destanteo, porque teníamos que envolver la sogá y enredarla arriba, porque era el tercero donde amacizara en la cantera y este muchacho no le dio nunca la vuelta a la sogá. Entonces yo creí que él la había asegurado, le jaló y le jalé, ya cuando la teníamos arriba, mire, el aigre hizo el triángulo hacia la asta y hacia atrás y yo sentí que me iba a llevar, yo sentí que

caía a las bóvedas y que volteo y el lazo no estaba amarrado y que le digo: —No amarrates el lazo, ayúdame — y entre yo y él, primero yo porque estaba soportándolo y mire, me había enrollado y me hubiera lanzado al vacío. Y ya él como pudo, alcanzó a agarrar también la misma sogá y entre los dos la subimos y la amarramos. ¿Cree que no pasó nada? Yo creí que me iba ir al suelo, hijo, ora sí que nunca se me va a olvidar, y es que era un triángulo grandísimo, aunque fuera de madera tenía tela, pero el mismo viento hace fuerza y me hubiera lanzado y luego se bamboleó porque nomás estaba amarrado de arriba, entonces agarraba vuelo para los lados. Pero mire, ahí está el milagro para mí, cuando hizo hacia atrás y adelante de la asta como si me haya levanta'o y agarré fuerza, y con la sogá entre él y yo la amarramos bien. Como si ese vuelo que hizo, así como péndulo, como que, si me levantó, ¡Ay madre! ¡Bendito sea Dios!

Y le voy a decir otra cosa, las campanas ya no sirven, toda la mayoría de nosotros dijimos: el señor Obispo se dejó lavar el cerebro. Pa' mí que a las campanas les quitaron el oro. Ire, destruyeron la de la dotrina, la del pino de las nueve, la de rueda, la del perrito, las únicas que están intactas y que suenan bien son las tres. La campana grandísima de las dos y las once, le tocábamos para no cambiar de una torre a otra, estaba amarrado el badajo con unas sogas a la torre sur, subía al caracolito ese y estaba uno allí, se jalaba uno a llamar, entonces estaba desgastado de dos lados, esa campana lo que tenía que haberse hecho, era cambiarle a que pegara a otro lado o bajar, digamos media vuelta.

Las campanas tienen cuatro bases que son dos pernos, se puede cambiar a un lado o se puede cambiar a otro para no golpear al mismo tiempo. Lo mismo las campanas de cabeza, nomás se bajan, se desarman, se les da media vuelta y se vuelve a colocar a donde no están golpeadas. ¡Y sí se las llevaron!, las destruyeron, y para mí ya no suena igual, no sé si se fija que ya no suenan igual. Quedó la campana de la torre sur que suena bien bonito: dan, dan, dan, unas ocho veces así, dan, dan dan, y vuelta y vuelta, dan, dan dan, en tres

vuelatas. Y es que mire, nosotros las tocábamos por amor propio, por amor al trabajo o como sea. Por ejemplo, las cuatro campanas de arriba estaban hechas en New York, de 1888 y orita si va uno ya no está marcado, porque cada campana tiene su fundición y su nombre y luego no se pesaba en kilos ni nada, las campanas se pesaban en arrobas, una arroba son 12 kilos. La campana mayor pesaba vamos a decir pesaba unas 700 y tantas arrobas, estaba grandísima un promedio de 800 arrobas entre doce ¿Cuánto es? Y cada campana tiene su leyenda y cada campana la bautizaron (los Carcales)”.

La campana Americana tiene su historia. Según nos platicaba don José:

“Esa fue de que la trajeron unos marineros porque ellos andaban en altamar y su buque pues, su barco y ellos se fueron a la mal agua y uno de ellos prometió traerle una campana a la virgen, le trajeron esa campana grande.

Me dice usted que subió a las torres. ¡Ya entiendo que si le dio miedo estar arriba! Si de primero asomarse al puro barandal que da a la plaza da la sensación de algo, si se va a las bóvedas que da abajo es diferente A veces en parte es mental también. Si se haya ido al lado del medallón hubiera sentido menos. El medallón es donde está la asta, nosotros le decíamos medallón porque tiene tres arcos, allí hay dos relojes de sol, uno que se usaba, así como una varilla que se ponía así como un libro, y una varilla que daba la hora y el otro que esta a pleno piso; sí había dos, sabe si los hayan quitado, no sé, no, yo creo que no”.

Nota: A petición personal se omitió el nombre del señor F que perteneció al gremio de campaneros de el Carcal. La grandilocuencia de sus palabras habla del gran conocimiento que tiene del oficio de campanero. Parte de su vida la pasó en las torres. Desarrolló este oficio alrededor de veinte años donde experimentó un sinfín de tropiezos e interesantes anécdotas.











Material fotográfico: Armando Martín.

De “Pata Larga” Carnicero

Rutilio Tomás Rea Becerra | Cándido González Pérez

DON JUAN PADILLA LOZANO nació en el rancho de Tequililla del municipio de Acatic. Desde joven se acercó en Tepatitlán y dedicó gran parte de su vida a la carnicería. Como la mayoría de los alteños, emigró a los Estados Unidos en busca de trabajo para mejorar su situación familiar. Él y don Miguel Muñoz —quien era el padre de Jesús quien fue presidente municipal de Tepatitlán— se fueron a buscar fortuna al Norte, y comenta Juan Carlos Padilla Tostado, su nieto, que le platicaba su abuelo:

-Llegando allá le pregunté a Miguel, ¿de aquí para adelante para dónde agarras “izquierda o derecha”?

Y se separaron para buscar trabajo, don Juan había escogido a la izquierda y se fue a Los Ángeles. Ya de regreso don Juan puso su carnicería y don Miguel una pasturería y una granja de cerdos en lo que actualmente se conoce como el barrio de Las Colonias. Cuando fueron a Estados Unidos no había iniciado el Programa Bracero (1942-1964) ni siquiera había empezado la famosa crisis económica (La Gran Depresión de 1929-1933). Ellos salieron durante la Guerra Cristera (1926-1933) que dejó graves consecuencias en Tepatitlán y sus alrededores.

El año de 1930 fue cuando instaló su carnicería en el local número uno del mercado, no el actual, sino en su antecesor “El Centenario”, cuando los ingresos eran por cada una de las cuatro esquinas, con sus enormes puertas de cancel. En 1969 se echó abajo el edificio y se construyó el actual, la carnicería de “Pata Larga” sigue conservando el número uno de los locales, pero ya muy poca gente recuerda quién fue el propietario y, como es común en los pueblos que se molesta la persona cuando lo llaman por su apodo, dice Juan Carlos que nadie pregunta por su abuelo.



Don Juan Padilla Lozano y su esposa Rosalía Macías.

Fuente: fotografía proporcionada por doña Dolores Padilla Macías, hija de don Juan.

Nace “Pata Larga”

A don Juan nunca le molestó que le dijeran su sobrenombre ya que le nació por una anécdota entre amigos, y es que su hermano Daniel hacía huaraches, En una ocasión le pidió que le hiciera un par, pero de un número más grande del que en realidad calzaba; él usaba del 8 y medio y le pidió que se los hiciera del 9 y medio. El motivo era que

le molestaba mucho el empedrado, todas las calles estaban así y con los huaraches muy justos, sentía que le molestaban los dedos de los pies. Cuando traía sus huaraches nuevos, le dijo uno de sus amigos del rancho Tequililla:

–Ahora sí mi Pata Larga.

Juan Carlos lamenta no haberle puesto un letrero a la carnicería que actualmente atiende, porque relata que en ocasiones le preguntan:

–Disculpe ¿esta carnicería es de un señor que le decían... que le decían?

–Pata Larga– les dice él.

–Sí, Pata Larga, pero me daba pena preguntar, no sabía si les molestaba.

El origen del negocio

En su viaje a Estados Unidos fue contratado por unos españoles en una empacadora grande, ahí aprendió a hacer el chorizo especial con la receta de los ibéricos. Si hubiera seguido la tradición familiar, don Juan hubiera sido tabacalero como su padre, quien cultivaba la planta y luego hacía cigarros. Sus hermanos Ildefonso y Daniel se hicieron huaracheros, su hermana María sí siguió con el giro de cigarrera, e Inés se dedicó al hogar. Con los españoles aprendió la preparación de la carne adobada, el chorizo, las carnitas y el chicharrón. Le dijeron sus patrones en la empresa de Los Ángeles:

–Ya aprendiste, pones tu negocio que no nos vas a hacer competencia.

El México Bárbaro

Juan Carlos le escuchó decir en muchas ocasiones una anécdota de que había pasado un gran susto durante la etapa del inicio del negocio:

Cuando llegaba con las carnitas, para llamar la atención, gritaba “¡Ya llegaron las carnitas y los hígados prietos!”, en eso iban pasan-



Juan Carlos Padilla Tostado

do los sardos (soldados) y que se me dejan venir.

—¿A quién le dices “hígados prietos” cabrón?

—No, a nadie, es que así anuncio que ya están las carnitas.

—Pues te llevamos preso por ofensivo y por agresión a las autoridades.

—No, dispénsenme, no lo hice con ninguna mala intención, aquí toda a gente me conoce y sabe que así anuncio las carnitas.

Cuentan quienes fueron testigos, que estuvieron a punto de cargárselo por esa supuesta ofensa y que fue necesaria la intervención de muchos locatarios y clientes porque todo hacía pensar en una agresión directa. Recuérdese que en los años treinta, recién terminada la Revolución Cristera, en Tepatitlán había tenido lugar la batalla más sangrienta de todo el período bélico. Eran las reminiscencias del México Bárbaro narrado por John Kenneth Turner.

Taco del tres y dos

Hace ya casi cien años que se vendían los tacos del tres y dos en la carnicería de Pata Larga, se les conocía así porque se pagaban dos centavos de tortillas y tres de carnitas. En aquella época los cerdos costaban entre 40 y 50 centavos. Comenta Juan Carlos que sus tíos aseguraban haber conservado hasta un año una olla de barro con carnitas y manteca; se bañaba con un poco de diésel y se cavaba un agujero donde cupiera exactamente el utensilio, se enterraba y se cubría con polvo de tortilla y cebolla quemados todo alrededor de la olla; meses después se desenterraba y las carnitas junto con la manteca se podían volver a calentar y consumirlas, nunca se enranciaba.

Cuando todavía no se utilizaban los refrigeradores, en todos los hogares se utilizaba el zarzo, una especie de tejido de cañas que pendía de un lazo atado a una viga del techo de la cocina. Su función era conservar alejados los alimentos (queso, chorizo, carne seca) de los animales.

“Estoy hablando con Pata Larga, no con las tortilleras”

Ese es un antiguo dicho en Tepatitlán, muchos de quienes lo usan, ni siquiera conocieron a don Juan Padilla. El origen del refrán es figurativo, en la Tepatitlán de aquella época y por muchos años (alrededor de 30) la carnicería de Pata Larga siempre estaba acompañada a la entrada por tres señoras que vendían tortillas y dos hombres que preparaban los nopales; las señoras María, Lupe y Carmela se encargaban de las tortillas y Juanito y José los nopales. Ninguno era pariente entre ellos, las circunstancias los fueron uniendo. Todavía hoy en día se puede escuchar decir:

—Voy a comprar nopales con las “inditas”.

Las señoras eran de origen humilde y vestían largas faldas de colores claros que les cubrían hasta los tobillos, seguramente eso les valía el mote de “inditas”. Cuando don Juan vendía las carnitas, muchos clientes compraban de a taco, de los de 3 y 2, don Juan les vendía las carnitas que les acomodaban en las tortillas que les vendían las señoras. Ahí las torteaban a mano, las calentaban en un comal y las acomodaban en forma de pirámide en un canasto enorme (no como ahora que las enciman en forma de pilar), las cubrían con una toalla a cuadros para que permanecieran calientes y les agregaban los nopales y la salsa. El trámite era entonces: comprar dos tortillas (podría ser solamente una pero pronto se remojaba y todo mundo mejor compraba dos porque le daba mayor consistencia y volumen) agregarle las carnitas en la carnicería a tres pasos de con las tortilleras —que estaban sentadas en bancos muy pequeños que aparentaban estar en el suelo— y luego el chorro de salsa con su respectivo chile jalapeño de pilón y nunca podían faltar los nopales. Las carnitas eran de con don Juan Pata Larga, las tortillas y los nopales de con quienes los clientes eligieran: si las tortillas con doña María, Lupe o Carmela, si los nopales con don Juanito o con José. Bajo el producto completo se entregaba un papel de estraza que era el usado como envoltura en los tendajones y todos los clientes se iban caminando y comiendo sus tacos estilando por los portales.

Las tortillas, grandes, de maíz amarillo y recién hechas, eran la delicia de todos los visitantes, había quienes compraban para llevar, pero lo tradicional era que se acompañaban de las carnitas, el chorizo o la carne adobada de con don Juan. Había ocasiones en que regresaban los clientes y pedían a Pata Larga que les vendiera el “desempace” que no era otra cosa más que un vaso de agua. Otra opción era un jugo en el mercado, pero la mayor parte de los clientes era de origen humilde y no se podían dar ese lujo.

A mayores, ya descrito el escenario, cuando alguien interviene en una charla sin haber sido invitado, es común escuchar en la región: “estoy hablando con Pata Larga, no con las tortilleras”. Esa es la manera de decir “hay niveles”. El proverbio es cada vez menos frecuente escucharlo, pero las carnitas y los chicharrones se les sigue encontrando en el local número uno del mercado.

Las carnitas de los Gordos

Juan Carlos, nieto de Pata Larga por parte de su padre, es el responsable actual de la carnicería. Su madre, doña Martha Tostado de González proviene de otra tradición de productores de carnitas ya que su bisabuelo Donaciano Tostado era carnicero y él enseñó en ese arte a don Toño y a don Pepe Gutiérrez Villarruel, luego conocidos como los Gordos. Juan Carlos siguió la tradición solamente de don Juan Pata Larga, no de don Donaciano.

En una entrevista realizada a los descendientes de la familia de los Gordos, se ha llegado a saber que uno de sus abuelos, de origen cubano (de Viñales, al occidente de la isla), les enseñó la receta de las carnitas que allá se preparaban y entonces las famosas carnitas de Tepa de los Gordos, son más cubanas que el ron.

En los años sesenta (una treintena después de la instalación de la carnicería de Pata Larga), los autobuses que iban hacia la Ciudad de México o hacia el norte de la república, obligadamente tenían que entrar a la ciudad y detenerse unos minutos por trámites administrativos de las compañías de camiones. Ahí alrededor una cantidad

enorme de vendedores de carnitas acosaban a todos los pasajeros ofreciéndoles carnitas de Tepa. El olor despertaba el apetito y se vendían las tortas y los tacos en cantidades industriales. Era muy conocido por la época que las tortas de demostración estaban rebosantes de carnitas, pero las que vendían iban envueltas en papel de estraza, cubiertas, y cuando se abrían ya habían bajado los astutos vendedores que estafaban vendiendo el pan con un pedazo mínimo de carne. Los Gordos, José y Antonio eran legales, era una imagen común verlos sentados tras una mesa con una báscula, vendían además de las carnitas, jamón y queso de puerco. Pronto construyeron un edificio frente a la plaza que fue de los más altos por mucho tiempo.

Tiempos de auge

Como todo negocio, hay altas y bajas. Entre las mejores ventas, don Juan llegó a sacrificar hasta 60 cerdos diariamente, un verdadero emporio. Tenía clientes que venían desde Aguascalientes para comprarle piernas, espalda y lomo. La producción de jamón requiere de estas partes del cerdo y de acuerdo al sapo era la pedrada, cuando demandaban mayores cantidades, sacrificaba más cerdos. Otros compradores importantes provenían de Zapotlanejo; ahí también se desarrolló la industria alimenticia del jamón. Fueron los tiempos de auge.

Los proveedores eran pequeños productores de los ranchos circunvecinos de Tepatitlán, debido a las pésimas condiciones de los caminos y a la escasez de vehículos, la tradición era que muy de madrugada se llevaban arreando los animales por los caminos. Muy temprano para evitar el sol, los puerquitos estaban cebados con buena alimentación y generaban grandes cantidades de manteca, si se les obligaba a caminar rápido o largas jornadas, se ahogaban y morían en el camino. Cuando esto sucedía, los rancheros los abrían inmediatamente y alguien de la familia se encargaba de regresar con la carne a su casa, los aprovechaban en su vecindario. Arrear cerdos no era trabajo sencillo, requería de conocimientos acumulados y quien no era capaz de hacerlo con esmero, se veía obligado a invitar vecinos o pagar por el



Juan Carlos Padilla Tostado (izq) y Salvador Padilla Macías
(nieto e hijo de don Juan Padilla).

servicio. De eso dependía si tenía buenas ventas o le perdía al negocio. Los campesinos que vivían de su trabajo anual en las siembras se veían obligados a criar animales para mejorar sus ingresos, si las gallinas para vender “huevo de rancho los domingos”, si los cóconos para la Navidad, si la engorda de los puerquitos o la leche de las vacas.

La crianza de animales en corrales aledaños a la vivienda era la imagen más común en la sociedad ranchera que prevaleció durante todo el siglo pasado en los pueblos alteños. Es imposible pensar que alguna casa de rancho de los años cincuenta, sesenta o setenta, no se dedicara a la crianza de una buena cantidad de diferentes animales. Las más comunes eran las gallinas, y a quienes se les dificultaba la venta de huevos en el mercado los fines de semana, recurrían a los “maritateros”, personajes que se ganaron un buen lugar en la historia de la región porque eran un eslabón importante en el comercio de la época: iban rancho por rancho y compraban el queso, las tunas, los huevos y la costura que trabajaban durante toda la semana los trabajadores de los ranchos, y a su vez, les vendían agujas, canastos, telas y enseres domésticos. Otra labor, dicho sea de paso, que realizaban



Francisco Padilla Macías y Francisco Padilla Castañeda
(hijo y nieto de don Juan Padilla).

los maritateros, era la de llevar y traer información entre los ranchos y las ciudades, aspecto de muy alta relevancia en los tiempos de la Cristiada y años sucesivos.

Para nuestro caso, la crianza de cerdos era fundamental en la tradición alimenticia y de sustento económico. Don Juan hacía tratos previamente con sus proveedores, y una vez acordado el precio y la cantidad de animales, se les llevaba arreando desde el lugar de origen y hasta el matadero donde se pesaban los animales con una Romana (báscula fácil de transportar y que requería colgarse de una rama para cumplir su objetivo). Cuando se fueron mejorando los caminos y fue aumentando la cantidad de vehículos, fue desapareciendo la tradición de llevar caminando los cerdos hasta el Obrador. Inclusive los maritateros se fueron modernizando y de visitar los ranchos a lomo de mula, iban ya en sus propias camionetas.

Don Juan, cuando gozó de sus buenos tiempos de auge, adquirió otro local en el mercado: el número tres (no quedaron juntos con el primero, estaba otro de por medio) y se lo encargó a su hijo Francisco. Le compró el espacio a don Donaciano Tostado, otro carnicero cuyos descendientes crearon el negocio de los Gordos famosos. A la fecha, las dos carnicerías siguen en pie y administradas por descendientes de don Juan, primos hermanos entre ellos. Ahí, en el mercado, han plasmado una imagen imborrable de la historia regional, junto con la venta de chocomiles, las tortas de don Meregildo, los puestos de ventas de fruta, el menudo y los mariscos. Como si fuera el lienzo de “Domingo en la Alameda” de Diego Rivera con los personajes históricos de México, así lo es en una versión local.

Los vecinos

De los locales vecinos en el mercado se recuerdan los negocios de don Jesús de Loza, quien vendía fruta en vinagre con el famoso chilito rojo (de árbol), utilizaban tenazas de madera para la venta de sus productos. Para aumentar las ganancias, preparaba ropope para su venta. Se apoyaba de sus hijos en la empresa y esa era una carac-

terística común que se ha mantenido en la mayoría de puestos del mercado sin importar el giro. Un rasgo especial por lo que se recuerda el negocio de don Jesús, era que soldaban los botes de manera artesanal utilizando alambres alrededor de la tapa, así conservaban la fruta en vinagre para evitar la fermentación.

Don José Cortés era dueño de una ferretería que prosperó durante la época de posguerra. Se sabe que sus proveedores eran la empresa La Palma, de origen alemán. Hubo una época de boicot comercial y su ferretería se benefició al ofrecer productos escasos. Otro empresario del mismo ramo de ferretería fue don Nicolás Coronado, ahí se podía encontrar pólvora, municiones y una gran variedad de productos. De los más vendidos eran los garbanzos, no el grano sino unas pequeñas bolas de metal que adquirían todos los varones para hacer durar más tiempo su calzado. Se les decía garbanzos por su parecido a la semilla, eran bolas que semejabán arrugas y se fijaban como clavos en las botas y hasta en los huaraches. Así como los caballos se les clavan herraduras en las pezuñas para evitar que se dañen en el empedrado o en caminos difíciles, así se pegaban los garbanzos aunque fueran incómodos en el andar y hasta peligrosos en épocas de lluvias. Era común escuchar el clap-clap de las personas caminando bajo los portales o las calles empedradas. Había de diferentes tamaños para poner ya sea en la punta de las botas, en el talón de los huaraches o en el piso de los zapatos.

Los tendajones de lujo eran el de venta de vidrio y peltre de don Apolonio Loza, el de don Juventino Sánchez que vendía alcanfor enfrente de la carnicería de Pata Larga, donde después se instaló la Farmacia Relámpago. Don Eduardo Rivera vendía crema, jamón y queso en su negocio la Casa Blanca.

Juana Pérez Esquivias

Curadora de empacho

Cristián García Lozano

POQUITO ANTES DE LAS SIETE DE LA MAÑANA, doña Juanita abría de par en par las puertas de su casa. De la banqueta a la sala corría un zaguán que olía a humedad y salitre. Uno, dos escalones y luego una reja que permanecía cerrada, más por costumbre que por precaución. Vivía sola, acaso con la compañía de sus jaulas y cenizales. Sus nueve hijos andaban ya en sus cosas de casados; unos vivían en el pueblo, otros en el rancho y el mayor, en el Norte, por eso mismo, unos la visitaban durante el día, otros los domingos después de misa y el grande, por allá cada 30 de abril. De baja estatura, cabellos largos y acomodados en dos trenzas interminables que casi nunca dejaba ver porque no acostumbraba andar sin rebozo. Con una disposición maternal y bonachona, estaba lista ya a esa hora del día para recibir a los infortunados dolientes que, tras una larga noche de deposiciones, vascas y retuerzos, iban para que les estirara el pellejo, o como también decían, les curara el empacho.

Enseguida del zaguán y tras cruzar la reja custodia que permitía que la casa, de cara a la calle, permaneciera siempre abierta. Luego, a mano derecha, estaba la pieza de doña Juanita: dormitorio, sala de

estar, cuarto de hacer costura y consultorio. Ahí, en su cama, cubierta con una colcha setentera de satín azul, a *desjuego* con almohadas y cojines de pedazos de tela y retazos, era donde sus prodigiosas manos comenzaban a remediar los males digestivos de sus pacientes, mayormente niños, no porque se tratase de una afección exclusivamente infantil, sino por cosas del pudor, que impedía que la gente más grandecita se dejara levantar las ropas para que les sobaran el vientre y les pellizcaran la espalda acostados en una cama ajena, aunque fueran los aposentos de una inocente mujer entrada en años.

“Antes pos qué doctores ni nada, en el rancho una misma se hacía sus remedios y eso, pa el estómago que dice uno del empacho, yo oyía mentar que esa mujer que sobaba la panza y que les daba yerbas amargasas, así como cuando la gente no se allanaba con la comida y que resultaban malos después, como yo a mis hijos que les daba hojas de té de guayabo y que dicen que también ella les daba azul y ya se componía la gente (...) la gente iba a que la sobaran del empacho cuando no se aliviaban con medecinas y no se curaban de otro modo, es cuando decían que andaba empachado uno”.

Evelia Macías

Juana Pérez Esquivias nace el 14 de febrero de 1925 en la comunidad de Apozol, del municipio de Yahualica de González Gallo, Jalisco; sin embargo, por sentido de pertenencia y a lo mejor, de afinidades parroquiales, fue registrada en Tepatitlán, Jalisco, más o menos por el tiempo en el que la gente, asustada, refería haber visto volar un pájaro grandotote, que no era otra cosa que un avión, desconocido por todos y seguramente el primero que veían en su vida, por lo que eso de “entrada en años” no era nada más un decir. A Juanita, como la gente le llamaba de cariño, la vida se le notaba en el rostro, ajado por el tiempo, marcado de experiencias, sus brazos también daban cuenta del trabajo de rancho, de faenas domésticas y de la crianza de todos sus hijos, incluso de unos cuantos nietos.

Se había casado por voluntad propia cumplidos los veintidós años, siendo esta una edad complicada para empezar a ejercer el sacramento pues para los cánones de la época, era bien visto que a los dieciséis o a más tardar a los dieciocho años, las núbiles señoritas hubieran pasado ya ese apuro, poco faltó para que se pensara que nuestro personaje se había quedado a *vestir santos*, o permanecer en soltería, que es lo mismo. En ese entonces cuando la adolescencia llegaba, había una marcada prisa por *echarse el lazo*, como algunos herejes llamaban al santo matrimonio, y que ya fuera por acuerdo de los contrayentes en caso de que se quisieran, o de que el papá de la muchacha consintiera el trato, o mediante un arreglo de las familias, si de acrecentar las tierras se trataba siempre que los hijos no salieran prietitos, casarse era lo urgente, incluso si los desventurados novios tenían que darse a la fuga porque *no les quedaba de otra*.

Caso aparte, pero digno de considerar si de los usos y costumbres hablamos, era el del rapto; al mínimo antojo del varón o tras haber hecho su luchita cristianamente sin lograr resultados, determinaba cargar a la dama a su caballo contra su voluntad, naturalmente, y llevársela a punta de galope, cual romántica película, de esas a blanco y negro: todo un escándalo que daba de qué hablar en el pueblo y que era subsanado con un matrimonio disimulado, celebrado en misa de cinco de la mañana, casi en la clandestinidad para aminorar las vergüenzas y que concluía con un modesto chocolate caliente con galletas de animalito, en los casos más humildes, o con fastuoso brindis, con mole de guajolote, con lo que se cerraba el trato a conveniencia de los beneficiados. Dadas las peripecias antes señaladas, resulta imprescindible decir que cuando doña Juanita conoció al joven Miguel García Franco, en mejores tiempos, no hubo duda de que el matrimonio sería, *por todas las de la ley*, santamente y porque los dos así lo habían querido.

“Yo iba con ella ya cuando estaba casada a llevarle a mis hijos, mi esposo era el que me decía que los llevara porque doña Juanita

era su tía. Primero los sobaba y luego me pasaba al corral a cortar hojas de guayabo y de estafiate y ya me los daba para que se los diera a mis hijos ya llegando a la casa que les hiciera un té, no me acuerdo si cobraba, pero se me hace que no. La casa de entrada era el zaguán, los cuartos, la cocina y atrás el corral, tenía atrás corral y muchas plantas, siempre iba mucha gente porque la gente ya sabía que ella curaba, ya después de tanto que llevé a mis hijos hasta yo aprendí, primero sobaba la espada, luego los volteaba para el estómago y luego las manos las pasaba por los lados y luego decía ‘en nombre sea de Dios’ y les estiraba el cuero y les tronaba. Ya después yo me enseñé de ver a ella y ya no llevé a mis hijos.”

Consuelo Lozano

Era sabido que, tratándose del estómago, si luego de unos días de tomar medicina o si después de vomitar el cuerpo no se componía y si además al eructar, la bocanada de aire olía aceda, como decía la gente de antes, se podía concluir que la persona estaba empachada, o sea, que parte del alimento causante del mal, se había alojado en el cuerpo, resistiéndose a salir por cualquier método o vía. Incluso un chicle pegado a las tripas encuadraba en este diagnóstico, eso les pasaba a los traviesos y aventurados que se tragaban el chicle, o como le decimos *catrinamente*, la goma de mascar, a diferencia de quienes se comían una naranja con todo y semillas, quienes, a lo mucho, les iba a crecer en la panza un árbol. Doña Juanita decía esto, primeramente, a las criaturas a las que atendía; el cuentecito moralizador iba acompañado de la advertencia de un dedo índice bien levantado, no porque ella creyera que fuera cierto, sino porque rompía con la resistencia natural con la que llegaban a su consulta, para dejarse atender, es decir; si no se prestaban por voluntad, que fuera por susto.

A la hora de abrir la puerta, que casi siempre coincidía con la llegada de los primeros pacientes, Juanita ya había ido a oír misa de seis de la mañana a la Parroquia de la Sagrada Familia, que le quedaba cerca; había almorzado y barrido el empedrado de la calle, que acos-

tumbraba rociar con agua para no levantar polvo, dejando un aroma a tierra mojada y nostalgia. También había arreglado las jaulas de sus pájaros; las limpiaba, les ponía periódico nuevo, echaba pastura y agua fresca a los comederos que solían ser latas vacías de sardinas y, dependiendo de si el ave era macho o hembra, les ponía un pedazo de plátano macho, también, o de huevo cocido si era hembra, según para que le saliera buena ponedora de huevos, precisamente.

Volviendo al oficio de sobar la panza, estirar el pellejo y curar el empacho, que en realidad era la conjunción de tres pasos en un solo ritual. Este daba inicio con doña Juanita sobándose las manos para quitarles lo frío o para calentarse, diría ella, frotaba sus manos una con la otra, primero despacio, luego enérgicamente, desde los dedos hasta el antebrazo, de cuando en cuando también las hacía pocito y se echaba el vaho con la misma finalidad, también entrevistaba al enfermo si este contaba con suficiente juicio, o al adulto que lo acompañaba si se trataba de un menor. En ese caso primero preguntaba cuántos días hacía que el niño *tenía* el dolor, que cuál había sido la comida a la que le *achacaban* el daño, a decir de la mamá, o que cuántos días tenía el chamaco repitiendo acedo, para concluir su preguntadera con una serie de exclamaciones esperanzadoras, cosas como: “*Orita queda*”, “*Vas a ver, hija, no te apures, orita queda tu niño*”, “*Primero Dios, vas a ver*”.

Lo de llamar ritual a este curioso procedimiento no es cosa a la ligera. Después del calentamiento de manos y dedos, Juanita, como en pocos oficios se ha visto, procedía a persignarse una, dos o hasta tres veces, fuera por costumbre o porque entre más lo hacía, más segura estaba, o acaso como método para que, quien se tranquilizara y sintiera la seguridad de estar en el lugar correcto fuese la mamá de la cría, o tal vez, como pidiendo licencia al Creador para empezar a curar. Ciertamente es que como mucha de la gente de antes, obraba siempre bajo la premisa: “*Si Dios quiere*”, bueno hubiera sido preguntarle.

El tratamiento pues, empezaba poniendo al sujeto panza arriba. El primer contacto con el paciente consistía en sobar con las dos manos,

una a cada lado en dirección de las costillas, de arriba abajo, desde un lado del tórax y del otro también, bajando por la pancita inflada del chiquillo, hasta casi juntarlas en dirección del vientre, Juanita repetía la operación unas cinco o seis veces, luego, de forma similar al movimiento anterior pero utilizando los pueros pulgares, presionaba entre la unión del vientre y la parte superior de las ingles, casi siempre acompañado de un palpado estomacal que finalizaba, acertadamente con el esperado diagnóstico: “*Mija, sí trae tu creatura algo asentado*”, “*Orita, orita, vas a ver*”.

Doña Juanita se incorporaba con mucho esfuerzo, agarrándose del filo de la cama en donde había permanecido agachada sobre el niño. Una vez derecha y después de acomodarse el rebozo y el delantal de cuadritos con pespuntos a modo para evitar el deshilacho —en cuya pechera solía prender dos o tres seguritos sin utilidad aparente— pedía que le voltearan al niño boca abajo, en la cama de la colcha brillante, para seguir con el ecléctico procedimiento aprendido a lo largo de casi sesenta años de incontables espalditas y panzas, fueran de sus hijos, sus nietos, sobrinos, vecinos o lo que le llevaran.

Ahora de bruces en el colchón, que presentaba una gama de olores entre *ungüento de la vaca*, *Iodex*, fomentos de peyote con alcohol y alguna otra sustancia curiosa, el paciente era tranquilizado o inmovilizado en casos extremos, gracias al apoyo de manos persuasivas que lograban consumir el primer cometido, subirle la camisita al chamaco para empezar con el tratamiento que, aunque pareciera sencillo, no era tarea menor: el hasta ahora desvalido y debilucho enfermo comenzaba a dar batalla, oponiendo resistencia con el acopio de una fuerza y determinación que los vómitos no habían logrado mermar. En tanto apaciguaban a la cría, doña Juanita aprovechaba para sobarse *las reumas*, esas dolencias que no se iban ni con el suministro de pomadas y brebajes de plantas de legalidad dudosa y que le habían prendido con fuerza nomás por haber estado inclinada sobre el empachado. También Juanita se sobaba, con sus manos trataba de calmarse las punzadas y los trajines del tiempo.

Está en la naturaleza humana, por breve que sea la edad, resistirse ante el dolor que vemos venir. El llanto como quiera; los forcejeos, berinches y patadas que saltaban improbables a la vista, dada la esmirriada condición del chamaco, eran la respuesta al miedo, a la incertidumbre de lo que estaba por ocurrir, a las nudosas manos hurgándole las *aldillas*, estirándole el pellejo de la espalda, pellizcándole, buscando que se oyeran los tres truenitos característicos: chasquidos de la epidermis al separarse del costillar y de *las paletas* que indicaban éxito en la curación y significaban también que habrían de sumársele todavía dos días más de operaciones. Para recibir el alta por parte de doña Juanita, había qué acudir tres días seguidos a sobarse el cuero, a curarse del empacho, aunado a un riguroso tratamiento en casa, que incluía la preparación de tomas, tés e infusiones para beber en ayunas y del cual daba cuenta la mujer, con precisiones sencillas pero rigurosas.

“Tu tía Juanita también daba aguas tomadas después de sobar a la gente, cuando acababa de estirar el pellejo, si tronaba era que estabas empachado y tenías qué ir dos días más para que quedaras bien. Acuérdate que te llevábamos y te daba de tomar cosas, el polvito ese que decían, azul o sabe cómo se llamaba (...) pero no, nunca cobraba, ella le ayudaba a la gente y muchas mujeres luego de verla o de decirles cómo, aprendieron a sobar ellas, porque ahorita ya casi nadie, no se ve que sepan sobar y pues hace falta, son cosas que se ocupan.”

Polo García

Juanita terminaba de sobar al enfermo y repetía las indicaciones para los días siguientes. Si las personas no eran muy de sus confianzas, les decía que la esperaran, que iba a traerles las hierbas para el té y el famoso “azul”, un polvillo de carácter misterioso del que decía, solo se debía probar, diluido en agua, *lo que agarrara la puntita* de una cuchara chica, no más, y que ahora sabemos, se trataba de azul de metileno, pero que por entonces la gente usaba para lavar la ropa o para el empacho, siempre que fuera doña Juanita quien lo recetara.

Mientras iba y venía con su reumático andar, quienes esperaban en la pieza podían entretenerse observando las paredes de la habitación: crucifijos con rosarios enredados, cuadros de santos, de nacimientos y de purgatorios, calendarios de la carnicería, de la farmacia o de la frutería, todos de hacía décadas, papeles amarillentos que no se tiraban porque traían la imagen de la Virgen y no se podían romper; había también un reloj de números grandes y una docena, por lo menos, de cuadros con fotos de sus hijos; los de aquí, los del rancho y del mayor, que había sido el primero en irse al Norte. Momentos importantes como matrimonios, quinceañeras, bautizos y hasta la graduación del *Army* de uno de sus nietos, a quien que habría visto una vez acaso. Más fotos desacomodadas y de varios formatos, encimadas conforme le iban siendo obsequiadas.

Si el paciente y su acompañante resultaban ser conocidos de Juanita, les pedía que la acompañaran a recoger los ingredientes para los brebajes, por lo que la consulta incluía un recorrido por el patio que estaba saliendo del cuarto, el comedor y el corredor que daba al corral, allí se hallaban los huertos, con el guayabo y la planta de estafiate. Ahí, doña Juanita entregaba los insumos para las infusiones mientras hablaba de otras cosas, enseñaba sus malvas, sus rosales, mostraba orgullosa su última adquisición herbolaria, la plantita que le habían regalado o el retoño nacido después de sustraer de alguna maceta ajena, Dios perdone, un codo o piecito, como sea que se le conozca. No se deberá pensar que la viejecita era *amante de lo ajeno*, no señor, sino que quienes han andado en la botánica, saben que para que una hierba *prenda*, tendrá que ser robada, si no, nomás no se agarra.

De regreso del corral, hacía una pausa en su comedor, sacaba un poquito de polvo azul del chinero de lámina lleno de vasos de veladoras y lo ponía al centro de una servilleta de papel, de la que juntaba las cuatro puntas y hacía churrito para crear el *molotito*. Juanita acompañaba a sus pacientes al zaguán y los despedía maternalmente, con sincero gusto y sentido hipocrático, ya fuera el primer día de tratamiento, el segundo o el tercero. Lo último que regalaba doña

Juanita, era una sonrisa amplia, honesta, con los labios metidos y la boca cerrada para que no vieran que no traía puestos sus dientes.

Juana Pérez Esquivias, esposa, abuela, madre de familia, viuda desde los cuarenta años; mujer sencilla de costumbres alteñas, consagrada a su familia, a la devoción y al trabajo, acérrima militante panista, de esas de hueso colorado que cargaba su banquito para asistir a los mítines y que ejercía la doctrina a través del servicio a los demás, sin estudios ni malicia, sólo con sus manos, murió el 16 de octubre de 2011.

—¿Cuánto le debo, doña Juanita?

—Nada, hija, nada.

—De veras, doña Juanita ¿Cuánto?, Aunque sea por las yerbas y el azul.

—Nada, hija, nada, nomás que me reces un Padrenuestro.



El vuelo de la paloma; oficio por elección

Colombófilo

Mariano González

EL VUELO DE ESTA HISTORIA comienza teniendo enfrente un tequila sobre una mesa de madera, prevalece un ambiente fresco cuando a Márgaro se le iluminan los ojos y comenzamos a platicar de su pasión: los palomos.

Nos trasladamos en el viaje del tiempo a 1930, en lo que refiere comenzaron a llegar palomas a México por conducto de las familias Padilla y Franco, quienes contactaron a los aficionados europeos, principalmente de Bélgica, de donde se considera es la cuna de la colombofilia; afición que luego se volvió oficio en esta tierra alteña.

Ignacio Mora es uno de los colombófilos importantes, él comenzó con la organización de los concursos a nivel local, convocando a personajes conocidos de aquel entonces para fijar el precedente de las carreras deportivas de palomas. No se puede dejar de referir a la utilización de las palomas en la guerra, que eran trasladadas y soltadas con mensajes anclados a sus patas, iban desde el campo de batalla hasta la concentración. Con esa experiencia, algunos soldados retirados polacos entrenaron a los tepatitlenses para hacer “las sueltas” de las palomas; fue en 1958. Creciendo cada vez más la afición y entrando prácticamente toda la región de Los Altos en esta actividad. Los iniciadores, por el alto costo que representaba, eran personas pudientes.

Según el punto de vista de Márgaro, actualmente Jalisco podría tener —a su consideración— el 70% de la colombofilia nacional entre Guadalajara y las regiones de Los Altos, el Sur y la Ciénega. Encontrándose en la capital del estado cerca de 50,000 palomas en un solo evento, mientras que en el resto se juntan entre 20,000 a 25,000 palomas, refiriendo que no tan fácil ganan otras regiones.

Recuerda que desde que estaba en el rancho, con nueve o diez años, inició el gusto por las palomas y cuando comenzó a estudiar se incrementó esa afición, incluso, inició un criadero de éstas en casa de otro entrañable personaje, don Samuel González con palomas “eléctricas” (corrientes).

Refiere que existen diferentes tipos palomas: desde la Buchona Alteña, con cultivo de características especiales, también se cultiva la “zurita” que es especialmente para la cacería, un tipo de paloma escurridiza, las mismas que no se sabe a dónde vuelan.

La colombofilia ha crecido. En Capilla de Guadalupe hay cuatro clubes, dos en Mezcala y dos en Tepatitlán, en este último se reúnen más de 100 competidores.

Nuestro entrevistado nos refiere ser el encargado de revisar las palomas, y nos platica de su experiencia en el correr de los años sobre la evolución de la colombofilia.

“Somos más de diez competidores, es a veces para controlar tanta paloma nosotros que ya estamos viejitos nos cansamos, yo hay días que ya, como yo soy el que regularmente controlo gran parte de las palomas yo tengo que revisarlas y tengo que revisar cuando las pasan porque antes, concursábamos con las palomas, llevábamos las palomas para que la vieran con las características, luego les poníamos una anillito, una bandita de plástico numerada, ponías la bandita se la llevabas al juez que estaba aquí y el anotaba la hora y el número de bandita y ya sabíamos quien; por 1980 compramos relojes, esos relojes que marcabas, ponías la bandita, te marcaba horas minutos y segundos y era más cómodo y luego ya se vinieron

los relojes con chip, ya ahorita pues la tecnología, llegan las palomas y se marcan solas, pero pues yo tengo que controlar la salida, tenemos personas que controlan cuando van a concursar en el reloj de cada competidor controlan sus palomas, entonces cuando llegan a sus casas no necesitas estar tú, llegas conectas tu reloj a tu antena que te detecta el chip y en el reloj te detecta horas minutos y segundos y hay relojes que ya te mandan a tu celular aquí a qué hora marcó la paloma y cuál paloma es, a ese grado hemos llegado”.

Sin embargo, también refiere una situación:

“Los tramposos no dejan de existir aun con estas tecnologías modernas, gente tramposa que por ganarse un buen diploma, un buen poster, pues se anima a hacer cosillas, este, en algunos lugares, aquí en Tepatitlán y en la región de Los Altos es más bien romántica la colombofilia”.

Cuando Márgaro “se sube” a la azotea de su casa, en donde tiene resguardadas a sus aves, comenta que se acaba la atención al celular, se acaba la atención a los amigos. Refiere que cuando termina la temporada de pichones, él conserva entre 70 y 80 palomas, y nos comparte cómo es la crianza de las mismas.

“Regularmente ya cuando llega junio y julio separamos a las palomas en una sección hembras, en otra sección machos, no cría, es el tiempo de pelecha, es el tiempo de recuperar, es el tiempo de descanso, en noviembre y diciembre empezamos a dar tratamientos preventivos para algunas enfermedades, para algunas bacterias, para algunas cosas y algunos ya a finales de diciembre, o a principios de enero aparean, ya escogen qué hembras van a poder con que machos, para sacar las parejas, para sacar los pichones del año, entonces, hay algunos que empiezan en eso, pero regularmente se empieza a mediados de enero principios de febrero, haces las pare-

jas, crías tus pichones, los que van a competir en esa temporada, los crías entre enero, febrero, marzo, abril y mayo y los mandas a volar ya en septiembre, octubre, noviembre y diciembre”.

El tiempo de cría refiere, es de entre diez y doce días que empiezan a poner las hembras y a los 17 días nacen los pichones después de haber desovado las hembras.

“De cuando nacen entre seis y ocho días hay que ponerles el anillo de control que llevan de por vida, entre 22 y 25 días hay que quitarlos a los papás, ya es tiempo de que tienen que enseñarse a comer solos y beber agua solos, mi punto de vista. El pichón que no aprende rápido en dónde está la comida, y en dónde está el agua, tampoco va a aprender rápido a regresar a su casa, muchas de las veces aunque se oye feo los mata uno, porque si no aprendieron rápido en donde está el alimento y en dónde está el agua tampoco van a aprender rápido en dónde queda su casa, entonces lo crías con una ilusión y con una finalidad, si desde un principio te están diciendo que no van a servir vas a gastar dinero, vas a gastar espacio, les van a quitar el alimento y la comida a los que sí pueden funcionar, ese es mi punto de vista”.

Cuando tienen entre 30 y 40 días los comienzan a sacar para que conozcan su palomar por fuera, porque si los sacan grandes se asustan se van y nunca vieron su casa, con un día o dos que salgan y conozcan el entorno de su casa con eso tienen”.

Sin embargo, este proceso es antes de que empiecen a volar ya que comienzan a volar entre los 40 y 50 días. Una vez que tienen un mes volando y se les lleva a otro lugar, no tan fácil se quedan en ese sitio, intentan, y muchas veces logran volver a su alero. Las palomas en los parques públicos son aves que no sirven para volar, pero sí pueden ser de ornato si son cruzadas con palomas deportivas. Incluso estas aves son consideradas como plaga puesto que el excremento es muy corrosivo.

“Hay que guardar una cierta línea de palomas, no todas sirven para 100 kilómetros, no todas sirven para 200, no todas sirven para 500, no todas sirven para 700 y mucho menos no todas sirven para 800, 900 y 1,000 kilómetros que volamos”.

Señala que algunas van hasta Chihuahua volando hasta 1,040 kilómetros a Ciudad Camargo o a Chihuahua. Nuestro entrevistado nos refiere que todas las palomas van juntas a todas las competencias, aunque algunas que ve que no van a llegar, no tiene caso mandarlas, aunque antes hayan dado buenos resultados, depende la categoría de la competencia.

“De todas estas competencias lo bonito son que las palomas lleguen el mismo día que se sueltan, regularmente de Ciudad Camargo son 800 kilómetros en línea recta y muchas palomas, muchas llegan el mismo día, muchas y de Chihuahua llegan el mismo día, pero tiene que ser con viento a favor, bien soleado que desde las 6 y media de la mañana que se sueltan, hasta las 8 y media que hay luz van llegando. Yo tardo entre 5 y 6 segundos al agarrar la paloma en saber si me gusta o no me gusta y ahí sé si me gusta o no me gusta, ahí ya sé que me va a gustar, entonces he agarrado muchos miles de palomas, regularmente yo soy el que paso las palomas, las reviso y las paso, para revisar que se marque el reloj cuando van de salida, muchas veces al agarrar digo, esta es la que va buena, para mí esta es la que va buena al puro agarrarlas se siente la viveza, se siente la energía, se siente la paloma, las sientes que van llenas pero bien livianitas.

La vida útil de una paloma es de entre seis y ocho años volando y en reproducción de entre 12, 13 y 14 años, ya más ya no, regularmente ya no te dan animales hijos con la energía que deben de tener porque las sueltas y los vuelas y la naturaleza no perdona, la naturaleza es bien dura, la naturaleza es dura, se la haces, se la pagas y si no traes la naturaleza te lo va a cobrar, en el camino se van a quedar. Una cosa bien importante, las palomas que vuelan 700, 800, 900

kilómetros para la ruta que vamos al norte a Chihuahua, mi punto de vista es que la paloma en cuanto sale, debe de saber en dónde hay agua porque tiene que tomar agua en el trayecto del camino, debe de saber dónde está el agua, porque si no, se muere, el desierto no perdona, la naturaleza no la va a perdonar”.

También señaló que es una ruta dura y desértica porque está Durango, Chihuahua y Zacatecas, además de que está la Zona del Silencio y tienen que librarla.

“Y luego en la zona desértica, en toda la zona desértica, lo que abundan son halcones, también tienen que sortear los halcones, sólo las más astutas, las más fuertes son las que logran sobrevivir”.

Comenta que el porcentaje es de 50, y se terminan con 20 a 25 o incluso menos. Así mismo mencionó que son cerca de ocho competencias o sueltas, a Rincón de Romos, Fresnillo, Felipe Pescador, Río Grande, La Estanzuela, Juan Aldama o Cuencamé. También señala que no tan fácilmente entran a los bancos de niebla, puntualizando que la lluvia no les hace nada, pero la niebla sí las afecta porque se humedecen. Regularmente se sacan en la mañana a volar 40 a 45 minutos, se les baja, se les da de comer y al mediodía/tarde se les da de cenar. No se les debe dar mucho alimento o no podrán volar. Comen entre 20 a 35 gramos de diferentes granos como trigo, cártamo, maíz, sorgo, lenteja o grano precocido.

El género tampoco importa en las palomas, todos vuelan, aunque regularmente las hembras son 70% mejores para volar, aunque si un ejemplar macho sale bueno, no tan fácil le ganarán las hembras. Finalmente, Márgaro recuerda con añoranza a sus palomas N°16, 145 y 164. Una de estas aves, la 145, tuvo una larga vida productiva de 21 años. Le dejó a Márgaro un legado con hijos, nietos, bisnietos y tataranietos que llegaron a complementar, junto con otros miles de palomos, los quehaceres de su oficio de colombófilo por elección.





Israel Soberanes

Editor Cartonero

Ana Gabriela González Anaya | Cándido González Pérez

ESTA ES LA PRIMERA EDICIÓN CARTONERA, este libro es muy especial para mí, se llama Eloísa, yo tuve la oportunidad de ir a Brasil a un evento cartonero y ahí se presentó, su origen es de Argentina en el año 2003. Hubo una crisis económica y de ahí nació, de la necesidad, ellos se sentían con la obligación de publicar y no había recursos, entonces innovaron y se pusieron a encuadernar con material que se podía pensar no era adecuado. Se puede afirmar que el verdadero origen de las ediciones cartoneras son la resistencia. El primer escritor se llama Cucurto Washington, él tiene un amigo que se llama Javier, pero son de barrio, no son académicos, algunos tienen algo de formación por su parte, Javier sí es un artista plástico. En realidad su verdadero propósito era hacer algo por el barrio, nunca se imaginaron que iban a tener trascendencia internacional.

El primer sitio de lectura cartonera fue en Buenos Aires, en la Boca, empezaron a comprarle a la gente cartón y a recolectarlo, a Cucurto le gustaba mucho la literatura, adora la lectura y tuvo la idea de generar lectores de barrio. Su idea principal fue la reutilización de materiales. La gente piensa en primera instancia en el reciclaje cuando se habla de las Editoriales Cartoneras, pero en la realidad se trata de una reutilización, en el reciclaje se necesita de procesos, en la reutilización

solamente de darle otro uso a lo que ya cumplió su etapa comercial. Cada grupo le va poniendo su huella, por ejemplo ellos, los primeros, pegan la última hoja, la que se llama “guarda”, hay quienes los cosen, los engrapan en medio, etcétera. Esa idea que había nacido solamente para su pequeño entorno, pero en encuentros de lectura les impactó a otros grupos de países vecinos como a los peruanos y a los brasileños y ellos le dieron continuidad a la idea y le fueron dando su identidad propia. Incluso pedían permiso para iniciar y los argentinos les decían pues ahí está, no hay problema, que bueno que haya grupos interesados de otras partes para que formen grupos de lectura, no hay ningún problema, al contrario, nos da mucho gusto la idea.

Se fue difundiendo la idea a tal grado de que hoy en día existen más de trescientas Editoriales Cartoneras en diferentes países, sobre todo en Latinoamérica. En México ha florecido muy bien y se han instalado en muchos estados de la república. En lo particular, llevo diez años con este proyecto, lo aprendí gracias a Sergio Fong que fue el primer Editor Cartonero en Jalisco. Su proyecto se llama La Rueda Cartonera y está en Guadalajara, ya tiene catorce años desde su fundación. Él me asesoró para publicar mi primer libro de poemas en el 2012 y un año después ya le publiqué a otra persona como editor, mi editorial se llama Viento Cartonero. Mi primer libro se llama Demencia, alas para el abismo, ese me lo publicó Sergio Fong, ya como editor publiqué el libro Bolitas y yo.

Me vine a Guadalajara a trabajar y a estudiar, ahí conocí a Sergio. Soy originario del municipio de Ecatepec y allá yo me había desarrollado de alguna forma en las actividades editoriales, yo tenía una revista, mi café, ya hacía algo relacionado desde México. Ya instalado en Guadalajara llegué al espacio cultural que se llamaba Mala Sangre, ya no existe, estaba ubicado en el centro de Guadalajara. Yo me acerqué a ellos a través de Neri Tello que es un escritor de mi generación y es profesor de la Universidad de Guadalajara que trabaja en las escuelas preparatorias, ya lo conocía porque había trabajado cosas en conjunto allá en Ecatepec. Cuando le avisé a Neri que ya me había instalado en

Guadalajara, él me llevó con Sergio Fong, el local estaba en una casa antigua en la calle 8 de Julio, había artistas plásticos, teatro, escenario, música, una estación de radio por internet, hicieron un mural, acudían escritores. Me publicó mi primer libro y le comenté mi idea de tener mi propia Editorial Cartonera, me dijo “adelante”. Mi primer libro es de una autora de ocho años de edad, es mi sobrina, dicen que hay que empezar echando a perder con la familia, pero no, fue un éxito. La edición constó de cien ejemplares. Voy a cumplir diez años de antigüedad ya en noviembre porque se presentó en la Feria del Libro Usado y Antiguo de Guadalajara. En esa ocasión mi sobrina no se pudo presentar como autora porque estaba en la escuela, pero después de eso se presentó en el Estado de México, en Ecatepec en una biblioteca y como había niños de su edad, cuando se iba a acercar a los presentadores le decían “no, los niños allá”, no sabían que era autora. Coincidió con un evento de autores nacionales en la Casa León Trotsky, en Coyoacán, ya es museo. Tiene un auditorio donde mi sobrina estaba junto a escritoras y escritores de México. Me decía muy orgullosa mi sobrina:

– Tío, mi maestra no me creyó que no vine a la escuela porque fui a presentar mi libro en el teatro de la Casa de León Trotsky.

– ¿No te creyó? Llévale un libro firmado.

Y fue entonces cuando aceptó la maestra su error.

Esta es la gran diferencia de la publicación de libros en general y las que se originan en Editoriales Cartoneras, acá se involucra la comunidad, los autores nos ayudan a intervenir el libro, a coserlo, a pegarlo a presentarlo, participa en todo, en todas las actividades. Hacemos todos los procesos, en la cuestión editorial, las revisiones hasta llegar al dummy, pero antes se imprime, se pega, se pintan las portadas, se cose, se corta. Tenemos experiencias con grupos de niños, en comunidades indígenas, personas en condición de calle, en centros penitenciarios, es muy motivador porque se involucra toda la comunidad. Hemos hecho libros de antologías porque participan va-

rios autores. Esto es lo que me atrae a mí más en este oficio de Editor Cartonero, porque no es solo encuadernar que inclusive aunque se ve básico, tiene sus especificidades. Son en realidad libros artesanales. Son libros que no están en la industria editorial como se le conoce, la de ediciones costosas. Nos satisface mucho publicar libros y también que se abran más cartoneras. Alguien nos ha dicho:

- ¿Y no hay competencia?
- Pues no, es que el dinero no es el fin en este oficio. No estamos en la industria editorial.

Nuestro tiraje es muy pequeño, máximo cien, y cada ejemplar es único porque se trabaja la portada como obra artística y se colorea, tenemos algunas series en las que las mismas portadas son partes de una misma obra, el lomo forma parte de una obra y las portadas se compaginan también. Jalisco es un estado donde hay mayor número de empresas de este tipo, somos quince, todas se iniciaron gracias a Sergio y a mí, nosotros les enseñamos, para empezar hay cinco Cartoneras en cinco centros penitenciarios que iniciaron y siguen publicando. Conseguimos apoyo de dos instituciones públicas vinculadas a universidades británicas, una en Inglaterra y otra en Gales; les dieron computadoras y el equipo necesario para que hicieran sus ediciones (impresora, taladro, pinzas, pinceles, tinta, papel, todo el material que requerían). Con esos apoyos hemos publicado siete libros en siete centros penitenciarios. Ahí es donde se ve más claramente cómo se trabaja verdaderamente un proyecto comunitario. Es lo que a mí me gusta más trabajar. Hay un escritor argentino que entra a los penales, se llama Alberto Sarro, dice “hacemos territorio”, les da clases de filosofía desde los clásicos griegos, les publica, tiene su cartonera y aparte les da clases de box. Literalmente después de que discuten los temas filosóficos, se agarran a trancazos.

Aparte entonces de los cinco centros penitenciarios donde tenemos Editorial Cartonera, tenemos en Ciudad Guzmán, en Guadala-



Fotografía proporcionada por Israel Soberanes, responsable de una editorial cartonera.

jara (El Viaje es una editorial tradicional pero además tiene El Viejo Cartonero).

Estamos viviendo una situación muy triste, por ejemplo está circulando un video donde se observa a varios policías maltratando a un indigente, es terrible, le dan toques, lo patean, lo pisan. Con esa gente hemos trabajado, hemos ido a los que se juntan cerca del Agua Azul, hemos organizado grupos de lectura. Entre nuestros amigos tenemos una escritora y otro que se dedica al teatro, desgraciadamente a veces no los encontramos, sabemos que están viviendo en condición de calle. Han pasado por situaciones de consumo de drogas. Les publicamos dos libros. No podemos decir que hay que rescatarlos porque la verdad ellos decidieron estar ahí, pero sí colaborar para que nos hablen de sus trabajos, de sus creaciones. Es necesario verlos, escucharlos, respetarlos, como se dice actualmente hay que visibilizarlos, pero no rescatarlos porque no somos salvadores. Tampoco cuando vamos a la cárcel, les preguntamos nada, nosotros no debemos victimizar a la gente. No debemos ver eso como morbo y tampoco aprovecharnos de su situación, nunca lo hacemos. Nosotros compartimos el proyecto y dejamos que se involucren los que quieran.

Hay gente en condición de calle que son profesionistas, gente que le gusta leer. En las cárceles caen de todo, gente que no sabe leer, indígenas, profesionistas, de todo y se encuentra uno con gente muy creativa. El problema es cómo los vemos. Quienes salen de la cárcel ya cargan con un estigma, hayan sido inocentes o culpables, ya cargan con eso. A los de condición de calle, peor, los ven como un estorbo. Lo que queremos en resumen, es que tengan una voz a través de la literatura. A ellos les hemos dado talleres para coser, para pintar, ahí mismo en la calle, en el parque, al aire libre. Eso lo hemos hecho en Guadalajara con un colectivo que se llama “La otra calle”, lo coordina una amiga que es una gran poeta. Nos invitan a otros grupos a llevar el proyecto y con mucho gusto lo hacemos. Este oficio es muy bonito, estoy seguro que habrá oficios que ya hasta desaparecieron, pero este es muy diferente y tiene estas cualidades. Mi abuelo era tla-



Fotografía proporcionada por Israel Soberanes, responsable de una editorial cartonera.

chiquero (así les decían a los que raspaban el maguey para obtener el pulque) y están desapareciendo.

Una tradición muy bonita y que poca gente ha llegado a conocer es que Juan José Arreola era un gran encuadernador. Él trabajó de niño como encuadernador, con las situación económica que vivía el país en los tiempos de la infancia del maestro, lo llevaron con un tío que tenía una gran biblioteca, él los armaba y es el fundador de lo que se llamó Los Cuadernos del Unicornio son libros muy sencillos, engrapados, cosidos a mano, no tanto como cartonero, pero les llamaban plaquet. Después se convirtió en editorial, pero al principio era solamente encuadernación. Entonces estamos hablando de un gran antecedente, la participación de don Juan José Arreola en la encuadernación de libros. Como editorial publicó muy poquitos ejemplares. Tampoco aparecían en la industria editorial como nosotros que nos consideramos independientes, alternativas, contraculturales y comunitarios. Lo de Cuadernos del Unicornio publicó pocos libros en los años cincuenta, pero muy importantes como José Emilio Pacheco que era gran ensayista, poeta, narrador y traductor, era completo, también Eduardo Lizalde publicó ahí. La idea de Arreola, era como la nuestra, buscar la publicación de libros económicos para que estén al alcance de mucha gente, yo he llegado a vender libros de a cincuenta pesos, eso es imposible en las ediciones de las empresas grandes.

Las organizaciones británicas que nos apoyaron con equipo y material para los grupos en las penitenciarías nos pagaron también para que algunos de nosotros pudiéramos ir a conocer otras experiencias, yo pude ir a dos países y ya estaba cubierto el gasto para ir a Gales pero se atravesó la pandemia y echó por tierra muchas cosas. Pero fuimos a Londres y a Brasil, allá en el Reino Unido tenían la información de que nosotros en Guadalajara habíamos iniciado con esta actividad, nos visitaron y les explicamos que no, que en Argentina habían empezado y luego de ahí se pasaron a Brasil, Perú, Ecuador. Habían mandado primero un antropólogo de nombre Patrick, de una de sus universidades y se puso en contacto con nosotros, le gustó mu-

cho el trabajo, estuvo cuatro meses acá conociendo nuestras actividades en lo particular. Le enseñamos todo el proceso y primero, antes de colaborar con nosotros, crearon una cartonera en el Reino Unido, en Inglaterra. Al mismo tiempo habían mandado otro antropólogo a Brasil, entonces, por eso nos invitaron a nosotros a conocer aquella experiencia. Hubo un Encuentro Cartonero para dar a conocer sus experiencias allá. El proyecto allá no era en penitenciarías, era en comunidades rurales y en las favelas, es decir, en dos áreas pobres pero unas en las pequeñas poblaciones y otras en las ciudades. En Brasil tienen unas experiencias muy buenas y utilizan un papel hermoso, es de tipo cultural y más grueso que el nuestro, es el mejor material que he visto en todas las experiencias que conozco. Le empresa que yo conocí se llama de una forma muy parecida a la nuestra, ya traducido se dice “Viento Cartonero del Norte”. La materia prima que utilizan, será por sus recursos naturales, pero la calidad de su papel no lo he visto ni en las editoriales caras de México. Yo he ido a dos países, a Sao Paulo en Brasil y a Londres, pero Sergio Fong ha sido invitado a muchos más. En Londres armamos un libro que se hizo en la cárcel femenil de aquí de Guadalajara, se llama “Espejo y Viento”, les gustó mucho, a tal grado que ahí mismo lo tradujeron al inglés, ellos pagaron todo desde luego incluyendo la visita. La coordinadora del programa vino a conocer la experiencia y participó en la presentación ahí en la penitenciaría de Puente Grande en el área de mujeres, le gustó, y nos invitó a hacer una presentación que incluyera el armado de la obra, como ya se había hecho todo, lo que armamos en Inglaterra fue la traducción. Habían invitado también gente de Brasil, se hizo un encuentro y fue muy bonito. A propósito del trabajo que realizamos allá, tuvo tanto éxito que pagaron la edición de otros seis libros.

Cuando vine de Ecatepec empecé primero a trabajar, luego ingresé a una carrera virtual en la Universidad de Guadalajara. Estudié Gestión Cultural, soy licenciado en eso. La verdad, siento que me ha ayudado mucho para mis proyectos. Tengo once años viviendo en Jalisco pero hace cinco que terminé mi carrera (había terminado hace

seis pero lo que se llevan los trámites administrativos y un seminario especial que estudié, me hizo esperar un año más). Me considero muy afortunado porque llegué ya con trabajo, yo fui contratado en un proyecto que se llamaba Círculos de Expresión Literaria, fue un programa nacional que inició en el año 2012 que participaban todos los estados, yo me vine con el equipo de Jalisco. Íbamos a los Bachilleratos Federales Cebetis, Cecytej, etcétera, me gustó mucho porque ir a los talleres literarios, uno que venía de ciudad y luego asistir a los pueblitos, como que fue un factor más de aliciente. Íbamos con todos los gastos: comida, viáticos, material, hospedaje y luego a hacer lo que me gustaba que era darles talleres, era fabuloso. Por eso me gustaron los Altos de Jalisco, lo primero que conocí fue el pueblo de Arandas los lunes. Otro día iba a Cocula, luego a Jocotepec, a Tizapán, y finalmente a Poncitlán. Para mí viajar a los pueblitos y haciendo lo que me gustaba, fue una experiencia muy bonita. Desgraciadamente esas cosas las vinculan con la política y cuando sustituye Aristóteles al gobierno del PAN, cancelaron esas actividades. Se terminó el proyecto, nos despidieron a todos pero yo ya no quise regresar a México. Yo me seguí porque ya habían conocido a los amigos como Sergio Fong y demás. Ahí aprendí el oficio de cartonero y es la misma actividad que deben aprender en todas partes donde se ha instaurado. Cada vez surgen más aunque algunas dejan un tiempo de estar activas. Algunas publican más, otras menos, pero cada una tiene su toque particular. De una experiencia que recuerdo mucho en Arandas, porque les llevaba escritores divertidos, fue que invité a un autor que escribe sobre Alburemas, de Roberto López Moreno que es originario de Chiapas, eso les llamó mucho la atención a los niños porque escribe sobre poemas con albur y los niños tenían la idea de la poesía como algo que no se entiende y que es muy aburrido. Les traje también a Armando Vega Gil, el escritor de Botellita de Jerez, luego sobre cuentos de chilangos como uno que habla de los excusados secretos del Metro. Los chavos se divertían mucho, recuerdo una ocasión en que iba pasando el director (un personaje de los Altos, así

grandote, con sombrero), claro, yo lo veía con mucho respeto y me lo encuentro y le digo:

–Profesor, ya terminé mi clase.

–Ah, muy bien.

Y en eso sale un joven de la prepa y nunca voy a olvidar que le dijo al director:

–Maestro, el profesor chilango nos trae cuentos de caca, de albuces, de mujeres borrachas.

El director se me quedó viendo, pero no me dijo nada porque vio tan feliz al muchacho. Yo les leía La muchacha ebria de Efraín Huerta, por eso él decía de mujeres borrachas, pero era comparando la poesía de Efraín Huerta con Octavio Paz en un poema erótico que se llama Dama Huasteca, entonces yo les decía vean cómo dos grandes autores que son de la época, cómo describe cada uno a la mujer, una mujer decadente, ebria, y es que Efraín Huerta era muy bueno y Octavio Paz desarrolla mucho también el tema erótico como su libro de La llama doble. Yo veía importante que ellos conocieran la literatura de una forma muy diferente. Así me sucedió en las otras escuelas, los jóvenes empiezan a ver la literatura de forma diferente. Yo soy promotor de la cultura además de dirigir el proyecto cartonero, me acaban de entregar el acervo de las salas de lectura y en esta semana voy a inaugurarlas aquí en la casa del artesano. Nos capacitan durante seis meses, somos voluntarios, es un programa nacional, a mí ya me mandaron el acervo, obviamente nuevo y sus contenidos son de los autores muy reconocidos, pertenecen al Fondo de Cultura Económica. Para que la gente tenga el placer por la lectura, debemos acercarlos al libro físico, deben conocerlo para que se enamoren.

Las portadas las elaboran entre todos los que participan en las lecturas, en algunos de los casos son verdaderas obras de arte, hay

muchos artistas plásticos, por ejemplo, unas de las ediciones mejor logradas de las que hemos sido testigos, son las que hicimos en nuestras actividades en los centros penitenciarios. Por ejemplo en el libro que yo escribí, como soy originario de Ecatepec que proviene del náhuatl y significa Cerro del Viento, por eso le puse a mi editorial Viento Cartonero, la portada tiene un maguey, mi abuelo, motivos prehispánicos y el cerro del viento. Es que así lo pedí yo a la artista que lo diseñó, ella es Gabriela Aville, una artista plástica de Guadalajara. Inclusive hay ejemplares que hemos impreso y que tienen un valor un poco más alto que los otros porque el artista le deja su huella, de todas maneras siempre tienen un valor al alcance de la mano de cualquier persona de bajos recursos. Por ejemplo, la obra que se tradujo al inglés, la portada de cada uno de los dos ejemplares forma parte de una sola obra, se puede ver por separado y está completo, pero cuando las unimos, podemos observar que son dos mitades de una sola obra, aquí el artista fue muy creativo en sus resultados. Pero en las actividades de edición participan hasta los niños en el diseño de las portadas.

Otro ejemplo es el libro de un joven poeta de Arandas, le entregamos todo el trabajo editorial y él invitó amigos artistas de su pueblo y terminaron con una obra excelente donde rescatan imágenes locales y cada uno trae la firma del pintor que la realizó. Al baterista del grupo Botellita de Jerez que conocemos muy bien porque le gusta venir a Guadalajara, como es de barrio y le gusta compartir con las comunidades, nos pidió que le editáramos sus canciones, entonces esas obras cuentan también con nuestra colaboración.

En el caso nuestro, de Viento Cartonero, tengo un primo que es muy buen poeta y que le gusta todo lo que hacemos, me apoya con el diseño profesional, él vive en Pachuca pero le hacemos llegar el material y él lo trabaja en un programa especial de la computadora, lo trabaja profesionalmente, nos hace una prueba que le llamamos maqueta, nos la manda, la presentamos con los autores, asumen las correcciones y hasta que dan su visto bueno, se continúa con el trabajo editorial. Nos



Fotografía proporcionada por Israel Soberanes, responsable de una editorial cartonera.

manda el archivo final y lo imprimimos en un equipo normal, actualmente no cuento con impresora entonces los llevo a Guadalajara a un negocio que está ubicado en el centro, ahí encargo cien ejemplares en papel cultural y nos los entregan ya cortados a la mitad porque del programa que utiliza mi primo vienen marcadas las líneas donde se debe cortar, no hay que refilar. Los llevamos a Guadalajara porque nos da buen precio y tiene papel cultural que es el más apropiado para los libros. Siempre utilizamos el tamaño carta porque así aprovechamos mejor el material, no desperdiciamos. De todas maneras estoy ahorrando para comprar una impresora y así no tener que ir a Guadalajara, el papel cultural no es muy común pero sí se consigue.

Ediciones El Vigía está en Matanzas, Cuba, ellos iniciaron en los años ochenta, nosotros nos acercamos con los amigos argentinos pero sabemos que los cubanos ya iban por su lado porque la situación

económica los ha obligado a innovar en todo. En esa época ya imprimían libros utilizando diferentes tipos de papel, los que estuvieran a su alcance y también portadas de cartón. En realidad ellos son de los primeros innovadores. Ellos no pertenecen al grupo de ediciones cartoneras pero conocen lo que hacemos. Cuando conocí a la editora, se comprometió a editar trabajos que hacemos acá y nosotros también quedamos en que nos mandara de autores cubanos para hacer lo propio acá. En la biblioteca Octavio Paz de la Universidad de Guadalajara se pueden encontrar obras de esa editorial cubana, es muy fácil encontrarlos porque están por países, entonces al encontrar Cuba, rápidamente se localizan.

Entre mis nuevos proyectos está el realizar alguna publicación con los reos del penal de Tepatitlán, yo asisto ahí los miércoles en las reuniones que llevamos a cabo el grupo de Alcohólicos Anónimos; al penal tengo un año visitándolos pero al grupo de AA desde hace 16 años en Chicomostoc, allá iba también a visitas al penal. El reclusorio de aquí es pequeño, hay 85 reos y solamente una mujer. De las universidades de Gran Bretaña que nos estaban apoyando, es probable que una de las dos universidades participe de nuevo con el costo de una edición y entre mis planes está que sea ese, el de la penitenciaría de Tepatitlán. Otro proyecto que tenemos en mente como grupo, es la celebración de un encuentro internacional cartonero, nos habían dicho que había posibilidades de un apoyo del gobierno de la ciudad de Guadalajara, pero se ha atrasado mucho. Teníamos contemplado invitar a los iniciadores de Argentina, a los de Cuba, Perú y a los nacionales. Tenemos una invitación para ir a Costa Rica, es el segundo año que realizan un evento internacional, al anterior nos habían dicho que querían que fuéramos a una penitenciaría, allá tienen proyectos similares a los nuestros, pero no nos permitió la pandemia. Ahora ya son presenciales los congresos y confío en participar pronto en algunos.

Un excelente ejemplo de las publicaciones que hemos realizado, es de literatura penitenciaria, es el caso del autor Julio Grotens, él escribe

narrativa muy padre, su obra la publicamos en el séptimo libro. Él es músico y escribe un cuento muy interesante, su participación fue junto con otros autores, pero el caso de Julio es que un par de meses después de que se publicó su obra él salió libre con la sentencia de “inocente”, después de 16 años. Salió y nos fue a buscar para seguir publicando, pero ahora él con su propia editorial cartonera, se llama Gorgona Cartonera. Otro muy buen ejemplo es el de Enedina, a ella le publicamos un libro que incluye cinco imágenes de Emilio quien es un cartonista muy conocido aquí en la región. Él me regaló esa parte de su trabajo. Leyó los cuentos y elaboró las cinco imágenes que tienen que ver con lo escrito, fue muy profesional y generoso. Cuando se las llevé a Enedina, se puso feliz, incluso le dedica ese libro a Emilio como agradecimiento. El ejemplar que le mandó no tiene dibujada la portada pensando en que él mismo la haga. El trabajo artesanal tiene la virtud de que se puede hacer una portada diferente a cada ejemplar si uno quiere. Tenemos trabajos con portadas impresas en serigrafía que pudieran ser iguales para todos los ejemplares pero les dejamos a propósito alguna manchita de la misma tinta para que se note la diferencia, ahí sí, con todo el propósito.

Hemos hecho portadas con tela o con algunas calcomanías, colage, recortes. En realidad en el proceso de las portadas es en el que más se divierte uno. Lo demás es coser el papel, pegar el papel engomado, cortar el cartón, ponerle su guarda. Ya tengo diez años dedicados a esto. Otro proyecto muy exitoso es el de un centro de rehabilitación que está en Cajititlán, formaron una asociación civil que se llama “México me necesita”, lo fundó un sacerdote italiano que iba a las penales, él se dio cuenta que necesitaban rehabilitarse, de esa manera surgió la propuesta de crear un espacio donde los enfermos pudieran continuar con su rehabilitación y abrió ese centro, está muy bonito, digo eso porque he conocido otros que están digamos, muy drásticos. Ahí hemos sacado cinco libros, a los muchachos les sirve mucho como terapia, ahí tienen una maestra del Iteso que les da clases de literatura y cuando realizan un texto, la maestra me habla y hacemos una edición. Los

armamos entre todos. Hacen presentaciones entre las familias y se recupera algo de lo que se invierte. Siempre que se trabaja en eso sirve de terapia cuando le dedicas tiempo, pero cuando lo estás compartiendo es más gratificante.

En la penitenciaría de Puente Grande Femenil, cuando presentamos el primer libro que ahí se hizo, el de “Espejo y Viento” estuvo presente Televisa, Canal 7, las autoridades de los penales, estuvieron presentes nuestros mecenas de Inglaterra y estuvieron presentes también los familiares de las reclusas aunque todavía estábamos en pandemia. Entre esos familiares iba la mamá de una de las internas y llevó a su nieto, es decir, al hijo de la interna. El muchacho como de seis años estaba feliz, la madre nos decía que le había cambiado la vida no solamente a ella sino también a su hijo. Nosotros sinceramente no estábamos pensando en eso, solamente en la actitud de la autora. El niño nos presumía a todos los que estábamos presentes que su mamá era escritora, que salió en la tele. En un principio su hijo no quería ir a verla, nos dijeron que la abuelita lo llevaba a fuerzas. Nos dijo ella que a partir de eso, cambió de actitud, que se consideraba muy violenta pero que este acto en particular la motivó a participar en yoga y en muchas otras actividades que desdeñaba y que realmente ella creía que era violenta por naturaleza pero que lo podía cambiar.

Creo que una cosa por la que debemos luchar, es que la tecnología no nos lleve a abandonar los buenos hábitos de la lectura de los libros físicos. Con los avances en todas las áreas, la lectura no ha sido una excepción y es apremiante que busquemos conservar la cultura de grupos de trabajo para la lectura y las ediciones en papel. Es increíble pero cierto, que hay personas adultas que no han tenido ninguna experiencia literaria, lo digo porque veo en sus caras cuando hacemos alguna presentación pública, en las plazas, en los reclusorios, donde sea, y hay personas que nunca han tenido una experiencia de ese tipo.

Mi familia me ha apoyado mucho, desde niño he sido muy consentido. Me acerqué a los libros gracias al morbo originado por mis



Fotografía proporcionada por Israel Soberanes, responsable de una editorial cartonera.

hermanos mayores. Yo les preguntaba:

- ¿De qué trata este libro?
- Este no es para niños.

Pensaban que yo no lo iba a entender, ellos ya estaban en la Preparatoria. Me llamó la atención el primer libro cuando tenía 12 años, yo iba entrando a la Secundaria, y como niño travieso tomé el libro que me prohibieron. La portada que más me atrajo era una persona ensangrentada con una sábana, entonces entro a mi cuarto buscando los monitos ahí a escondidas, pensé que era con dibujos. No tenía, entonces por la curiosidad empecé a leer qué había pasado ¿por qué tenía sangre ese señor de la portada? Y empecé sin saberlo con un gran escritor, el libro era Crónica de una muerte anunciada de Gabriel García Márquez. Entonces empecé con un grande y de ahí seguí buscando títulos del mismo autor. Ese fue mi bautizo. Claro que no empecé influenciado por mis padres, ellos se dedicaban al comercio y era imposible que me iniciaran en la lectura. Mi mamá después por

la influencia nuestra sí desarrolló ese hábito. Fue, digamos, al revés, nosotros la influimos a ella. Somos seis hermanos y yo ocupo el quinto lugar, soy de los pequeños. Los cuatro mayores: dos hombres y dos mujeres, son los que me acercaron. Yo era ese clásico niño que se iba a la biblioteca y disfrutaba los libros, de esos que hay pocos pero los hay. Además estaba en la esquina de mi casa, cuando yo salía de la Secundaria me iba a la lectura. Para mí era hermoso estar en la biblioteca, terminaba la tarea y seguía con las lecturas, leí casi todo de García Márquez, luego le seguí con los clásicos: Jaime Sabines, Juan Rulfo, Mariano Azuela. Yo descubrí que el lenguaje de la literatura es diferente al del cine, entonces, me acuerdo que de niño estaba viendo una película y pensé “esa ya la vi” pero no recordaba dónde la había visto. Empiezo a recordar y ahí entendí, eso lo había visto en un libro. Esa película era Los de abajo, entonces cuando empieza y se tiraban balazos de un cerro a otro y gritaban “los de abajo” es cuando pensé que ya la había visto. Azuela relataba todo lo que la película empezaba a describir. Me sorprendió tanto que fui a buscar el libro y lo leí como si me lo comiera y ya descubrí lo que me había imaginado. Pero yo desconocía que las películas las hacían de los libros, creí que eran mundos aparte. Fue sensacional.

Cuando fuimos a Londres a hacer una presentación de nuestra labor, la BBC de Londres realizó un cortometraje de dibujos animados con el tema de las mujeres en Puente Grande, ahí aparece otro colectivo de mujeres de Cuernavaca que aunque no son Cartoneras, también van a las penales a difundir la literatura. Ese documental está difundido ya por aquellos lugares. Se pueden encontrar en *YouTube* y en otras plataformas. Los estudiantes de la carrera de Historia de la Universidad de Guadalajara también nos hicieron un documental con duración de 14 minutos.

Mi nombre completo es Israel Soberanes Martínez, mi papá, ya finado, se llamaba Sergio Soberanes y mi mamá Silvia Martínez.

El Kawy de Pegueros Herrero

Ana Gabriela González Anaya

AUNQUE LO CONOCEN COMO KAWY, su nombre es Francisco Jesús González Mora. Nació en Pegueros, hijo de Francisco González Padilla, también de Pegueros y Rosa Mora, de Jalostotitlán. Él es herrero forjador, y como él mismo lo describe, es una de las profesiones más antiguas y hermosas que existen. Esto, porque conlleva arte, dedicación, esmero y paciencia. Comenzó a trabajar en la herrería desde muy niño y tiene ya más de 20 años dedicándose a ello. Su oficio lo aprendió de su papá quien no sólo le enseñó las técnicas y formas de trabajar sino también a sentir un amor por su trabajo, mismo que continúa hasta la fecha.

Su oficio no se queda sólo como un medio de manutención ya que para Kawy es también una pasión, misma que se hace notar en sus creaciones. Cuenta algunas de sus experiencias, por ejemplo, la de un cliente que se encontraba en San Juan de los Lagos, pero que era originario de Texas. Esta persona buscó por la zona de los Altos de Jalisco a alguien que pudiera realizar un trabajo de herrería, incluso fue a Tonalá a buscar, ya que era un diseño de puertas muy particular. Gracias a las recomendaciones que hicieron de Kawy, este cliente acudió a buscarlo después de no haber quedado satisfecho con lo que vio que hacían en otras partes. Finalmente, las puertas de 2.30 metros de

ancho por 2 metros de alto y que implicaron un mes entero de trabajo dejaron contento al cliente que se las llevó hasta Texas.

Es posible encontrar algunos de sus trabajos en su propia localidad, pero estos no se limitan a estar presentes en las casas de Pegueros o sus alrededores, ha tenido clientes, así como el llegado de Texas, que han llevado algunas de sus obras a lugares como Oaxaca, Ciudad Juárez o Tijuana. Para Kawy es motivo de orgullo y satisfacción porque su trabajo no sólo llega a distintos rincones de México y Estados Unidos, sino que también tiene un alcance de un gran número de personas. Curiosamente, la mayoría de sus clientes lo contactan por medio de *Facebook*, y es esta red social la que le ha permitido acercarse a más lugares.

Como una nueva manera de realizar sus ventas, lleva a cabo los trabajos que le solicitan por medio de las redes sociales. Al igual que el trato con el cliente en persona, les pregunta qué es lo que quieren, qué ideas tienen, pero en esta parte es el cliente quien debe tomar las medidas. Basándose en ellas, Kawy hace una propuesta con un boceto. Los clientes deciden si les gusta o no, si quieren hacer algún cambio y entonces el boceto debe ser rediseñado. Una vez que el cliente lo aprueba, es trabajo del herrero empezar a realizarlo.

En su mayoría los diseños son propios, Kawy lo explica como “me enrolo en la mente del cliente para saber qué quiere o qué busca y hacer el trabajo lo más acertado posible”. Una vez que ha finalizado, el servicio de fletes hace llegar el producto desde el taller hasta el lugar en el que el cliente lo requiere.

El proceso para realizar uno de sus trabajos consiste en que primero se toman las medidas, para realizar entonces el diseño. Explica que para hacer el diseño de forja debe primero dibujarlo a mano, en cartón, lámina, hoja de papel o inclusive en el piso. Una vez hecho el dibujo se procede a comprobar que quede bien de acuerdo con el tamaño para posteriormente cortar las piezas. Se cortan también el marco de la puerta, la hoja (que es lo que abre) y posteriormente las piezas con las que se hace el hierro forjado. Una vez hecha esta parte a continuación se busca

hacer la forma o diseño que el cliente requiera, para ello se mete a la fragua donde comienzan a darle golpes hasta que el hierro adquiere la forma deseada. Si bien podríamos pensar en un trabajo como cualquier otro, en realidad se hace arte. Kawy lo explica señalando que, lamentablemente, personas que se dedican a lo mismo que él, en Europa son reconocidos como artistas, pero en México sólo son herreros.

Y es que su trabajo, si bien incluye hacer puertas, barandales y ventanas, por ejemplo, y todo aquello que tenga que ver con la herrería y el hierro forjado, implican procesos distintos, aunque vayan de la mano. La herrería consiste en la fabricación de puertas, pero el hierro forjado es darle formas al trabajo por medio de una fragua. La fragua es una herramienta utilizada desde hace muchos años, y que requiere ser calentada en el carbón para proceder a darle forma al metal a base de golpes. La fragua se alimenta con aire. Algunos también la conocen como fuelle, porque es el nombre que se le daba anteriormente, y el aire ayuda a que el carbón siga ardiendo. En la actualidad se utiliza una fragua a gas, que es una herramienta más pequeña y que el gas puede llegar a calentar a altas temperaturas.

Cuando comenzó en este oficio realizaba todo a base de martillazos, pero ahora utiliza equipo que le ayuda a llevar a cabo su labor, como el llamado “martillo pilón”, con el que da los martillazos de manera repetida, tal como antes se hacía de forma manual, pero ahora con una máquina que multiplica lo que hacía el ser humano. Una vez que Kawy ha hecho el diseño de la forja, realiza moldes para que el trabajo pueda replicarse y sea más sencillo, y así como se va golpeando, va adquiriendo la forma. Cada golpe tiene un propósito, no se da al azar, y con las matices o moldes que ya tiene, el hierro se calienta hasta los 1,000 grados centígrados y adquieren la forma deseada.

Normalmente el tiempo de cada trabajo dependerá del proyecto. Actualmente las tendencias se inclinan más por los diseños minimalistas —que requieren un tiempo menor— ya que prácticamente sólo es cortar y soldar, a diferencia del hierro forjado que requiere más pasos y mucha más atención.

Kawy cuenta que ser herrero implica también algunos peligros. Recuerda la anécdota de una vez que acompañaba a su papá en el taller y se quemó la palma de la mano ya que, por curiosidad, tocó una pieza que recién estaba soldada. Y si bien la experiencia de niño pudo haber ocurrido por querer conocer cómo es que su papá hacía su trabajo de herrería, hay otras que ocurren como accidentes laborales. Kawy cuenta una ocasión en la que se cortó parte de su muñeca con un esmeril mientras trabajaba. Esto implicó que reconstruyeran por completo cinco ligamentos de su mano y tuviera que dejar de trabajar durante seis meses mientras se recuperaba. El impacto no era sólo físico sino también emocional, pues su trabajo no es sólo un medio de subsistencia, sino que es algo que le gusta y le apasiona, por lo que la espera se volvió larga y le hacía sentir impotente, frustrado, con una recuperación muy desesperante. No obstante, después de usar la férula y realizar ejercicios especiales para sus dedos, logró que sus ligamentos se recuperaran completamente y se fortalecieran lo suficiente para poder trabajar de nuevo.

Como lo señala con orgullo, la herrería es una pasión aprendida. Su papá, que ahora radica en Estados Unidos junto a su madre, se dedicó por alrededor de 40 años a este noble arte, mismo que Kawy entiende como su vida y al que piensa dedicarse por más tiempo que su padre, “hasta que Dios me lo permita” señala él.

La herrería no se queda trabajos que forman parte de una casa, también implica llevar a cabo productos que para Kawy son retos. Y es que “si se me mete algo en la cabeza lo tengo que hacer”. Es una manera de medir sus capacidades y alcances, además de que lleva a cabo labores que no todos los herreros de la región realizan. Un ejemplo de ellos es un destapador que hizo con la figura de una cabeza de dragón. O cuando hizo un cuchillo en acero damasco, que fue el primero que realizó y por el que recibió felicitaciones de otros herreros, ya que es un proceso difícil de realizar. Los otros herreros son sus amigos, con quienes mantiene contacto por medio de las redes sociales y de quienes obtiene inspiración y ayuda para llevar a cabo

trabajos más complejos. Así el aprendizaje es mutuo y el crecimiento profesional es de todos. Y es que, aunque pareciera sencillo, elaborar piezas como un cuchillo implican una labor muy compleja.

El taller de Kawy está formado por él y un ayudante, gracias al que puede “darle ligereza al trabajo”. Afortunadamente la demanda aumenta y esto implica que en un futuro contratará a más personas. Ya que antes el negocio era familiar, con la participación de Kawy, su padre, un tío y su hijo. Ahora que su papá emigró, llevó a este herrero a decidir emprender su propio negocio. Algunos de los clientes que tenía anteriormente cuando era una empresa familiar lo siguieron, además de mantener a los proveedores con los que ya contaba, así pudo hacer crecer su negocio gracias a las recomendaciones o a que su trabajo fue encontrando espacios entre el gusto de la gente.

Para Kawy este es un oficio gratificante, todo un arte. Una de sus mayores satisfacciones es la de ver la reacción de las personas cuando el trabajo ya está finalizado, es para él una de las recompensas más grandes, junto a la del orgullo que sus hijos sienten por lo que él hace. Y es que también le emociona saber que a su hijo le encanta ver los resultados de su labor.

Además, es un trabajo artesanal que requiere de ser valorado, por ello Kawy aconseja, cada que le es posible, que cuando un trabajo sea mandado a hacer, sin importar del tipo que sea, el cliente no debe regatear. Y es que esto demerita el trabajo de la persona y su tiempo. A él le han regateado en más de una ocasión y esto es algo que para él y para otros también en el oficio implica un desgaste a la larga por el tipo de labor que implica, ya que está constantemente expuesto a altas temperaturas, además de que implica el uso de fuerza que tendrá en algún momento un impacto en su salud y en su físico. Regatear implicaría demeritar todo este esfuerzo al que Kawy y otros herreros se entregan porque lo ven como una pasión.

Y no es ésta su única pasión, también lo es el fútbol y el dedicarse a su familia. Y para ello pide a su esposa que le tenga paciencia, porque ser herrero implica que muchas veces llegue sucio a casa, pero

su esposa no sólo está acostumbrada, sino que también lo apoya. Se conocieron, curiosamente, en un templo, y es curioso porque Kawy no es muy católico, a decir de él, pero era padrino de Primera Comunión. Entonces la vio en la serenata del pueblo, una de esas en las que las muchachas daban vueltas alrededor de la plaza mientras los hombres las esperaban alrededor de la misma con confeti y dulces. Cuando la vio por segunda vez, le pidió dar la vuelta junto a ella, y fue cuando se hicieron novios. A partir de ahí ella conoció el oficio, y ahora con una niña de tres años y un hijo de ocho, Kawy piensa en un futuro para ellos donde sí quiere que conozcan algo más de su oficio, pero también que puedan desarrollar una profesión.

Finalmente queda la duda, ¿de dónde viene su apodo? Éste surgió porque cuando tenía unos seis o siete años llegó un japonés a Pegueros porque se casó con una muchacha originaria de esta localidad. Él se llamaba Yoshi Kugushi, pero Franciso Jesús, que comparte el nombre con su papá, era conocido como *Junior* hasta que llegó el japonés a vacacionar y comenzaron a llamarle como él, derivando el apodo hasta con el que ahora se le conoce: *Kawy*.









Ladrillero

Oswaldo Ibarra

LA VIVIENDA es una de las necesidades fundamentales del ser humano desde tiempos remotos, y éste se dio a la tarea de proveerse de una. Las razones, diversas; desde protegerse de las adversidades del clima, resguardarse de los desastres naturales, construir una barrera contra cualquier depredador que pudiera suponer un peligro para su supervivencia, o proveer un espacio a su núcleo familiar.

Hay muchas formas de construir viviendas, diversos materiales, múltiples técnicas y sus aplicaciones. En este trabajo se analizó un elemento específico utilizado en ese proceso de construcción, una unidad muy especial: el ladrillo.

El ladrillo fue usado desde tiempos antiguos. De diferentes formas: grande, mediano o pequeño. En diferentes estados: crudo, semicocido o cocido. Y como principal material: la arcilla. El primer ladrillo probablemente tiene su origen en el Medio Oriente, en lo que ahora es Irak. Era cocido al sol, y entre sus desventajas era que, al no contar con una cocción integral a temperatura alta, los ladrillos se tornaban en piezas muy frágiles y no podían utilizarse en construcciones al aire libre.

Los babilonios, que dominaron Mesopotamia, perfeccionaron el arte de hacer ladrillos. Fabricaron hornos donde, a base de fuego, per-

feccionaron la técnica de cocción de la arcilla. Gracias a ese descubrimiento edificaron grandes obras. Posteriormente, el arte de producir ladrillos se extendió hasta Persia, Egipto y la India. El ladrillo tiene una gran fortaleza, pues puede aguantar grandes estructuras. Posee cualidades que permiten disfrutar de lugares frescos en climas cálidos y de resguardo cuando el clima es muy frío. Es de alta duración y resistencia térmica. Ostenta características de durabilidad e impermeabilidad. Es una magnífica opción para las zonas rurales y la construcción de diques pues, impide el paso del agua a través de él.

Toda esta información inclinó mi curiosidad, aún más al constatar que en mi municipio la casi totalidad de las construcciones son de ladrillo, técnica traída por los españoles a la región de los Altos de Jalisco y adoptada desde la Colonia para construir todo tipo de edificaciones, desde catedrales hasta establos, pasando por castillos, haciendas, diques y monasterios. Decidí hacer una investigación sobre el tema dado que, aquí en Tepatitlán, son muchas las familias que tienen el oficio de ladrilleros; familias que viven de, para, y por el ladrillo. Comunidades importantes y que forman un clan identificable y productivo.

Para esta investigación me di a la tarea de entrevistar a un ladrillero, conocedor del oficio, oriundo de Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México. Su familia ha estado inmersa en el ámbito laboral de las ladrilleras desde generaciones atrás. Él es Francisco, el hombre que conoce las entrañas y entretelones de todo lo que se refiere a ladrilleras y ladrillos. Francisco Ibarra Barba nació el 8 de diciembre de 1964 en la ciudad de Tepatitlán de Morelos. Inició en el oficio siendo un niño de seis años, de 1971 hasta 1984. Luego hizo un receso y retomó el oficio en 2013 hasta la fecha (2023). 23 años de experiencia avalan la labor del ladrillero.

“El hacer ladrillo es una friega. Es muy desgastante física y mentalmente. Te levantas desde temprano, cansado, sin ganas de chambear, la tripa pide comida y la comida se consigue trabajando. Me subo al carro y en diez minutos llego, nada más llegar me pongo mi

short de trabajo y una camisa vieja, le quito el hule al barro y saco el azadón del tambo. Si hace mucho frío me espero y hago otras cosas, siempre sobra el trabajo en la ladrillera. Ojalá me sobrara la energía y las ganas de trabajar (se ríe).

Ahorita en febrero diario hay un aironazo y hace frío, así que me meto hasta las 9 a batir el barro, así que empiezo rayando los cantos, o sea, el lado ancho del ladrillo, si no lo hago ahorita, para la tarde ya está muy duro y se mueve el ladrillo, corro el riesgo que me salgan ampollas, esto lo hago descalzo, ya después le echo agua al patio, para después emparejar el patio con el barre patios, una herramienta que tiene un tubo largo a lo largo y uno que parece un triángulo que recoge la tierra y te permite empujarla. Lo que le sigue es ir a la raja y colar una media carretilla para el patio, se la pongo y ya después a batir, yo le doy unas cuatro o cinco vueltas al barro, aunque depende la tierra que se use, algunas no agarran bien el trabajo y es mejor darles nomás unas tres vueltas, depende. Puede salir martajado, o sale, se ve la colorada y la raja, no se mezcla bien y si lo tiendo así sale bien feo el ladrillo.

Antes sí había tierra buena, ahora hay puras porquerías. Tierra chautosa, arenosa, tardas más en batirla. Pa ´eso de las diez, diez y media ya ando tendiendo, antes de tenderla, siempre me persigno. Yo a mis añitos me hago unos cuatrocientos tabiques o unos mil de bóveda diario, ya no estoy para estos trotes. De joven yo trabajaba de seis a seis y me hacía unos quince o diecisiete mil a la semana de bóveda y unos seis mil de tabicón. Se trabaja de lunes a sábado y ya los domingos nomás se va a remojar y rayar. Tiendo de diez a doce, doce y media, ya después como y me acuesto un rato debajo del árbol, ya por la tarde remojo y rayo el ladrillo por el lado largo y ya ahí se acaba la chinga. Termino bien cansado. Cada dos o tres días me toca sacar el ladrillo. El primero lo sacas en forma de L, el segundo en diagonal y así va subiendo, va subiendo.

Sacar ladrillo está fácil, lo difícil es hacerlo bien, de recién que empiezas uno deja el ladrillo muy salido o metido para un lado y si

la haces alta y te sigues equivocando, la trinchita queda muy ladeada y se te puede caer. Especialmente cuando hay mucho aire. Yo soy maquilero, hago ladrillo, pero también sé cargar, cuando el ladrillo está bien seco, echas los ladrillos a una carretilla y te los llevas a la parte donde quieres desplantar, o sea, empezar la campaña. Tiene que quedar bien parejita la tierra, o si no se te cae la campaña o se te rompen muchos ladrillos. Hay que meter leña bien seca entre los caños, para que queme bien. Los caños son los huecos donde se mete la leña y son los laterales. También hay lumbreras por el frente de la campaña.

Un señor que se llama Ramiro Espinoza, de Acatic, fue el que diseñó la forma de cargar el ladrillo como se hace ahora. Le dicen Ramiro Leyendas, muchos le decían que estaba bien loco, que porqué cargaba así, que no se iba a quemar bien el ladrillo, que se hacía de una forma y salía bien, que para qué le hacía de otra forma. Él los ignoró. La forma que él carga es bien fregona. Antes uno necesitaba aventarle el ladrillo a otro cargador porque hacían capa por capa, bien lento, cansado y tardado era el proceso. Él carga por capas. Ellos nomás usaban unas dos lumbreras por el frente y atizaban hasta el fondo y él le puso las laterales y cargaba mejor, ya nomás le aventaba uno la carpeta a Ramiro y se prendía el horno luego.

Poner capote también se hacía entre dos e igual se hace ahorita, es que tendría que bajarse mucho de la escalera para agarrar los ladrillos y para enjarrar, eso si se hace solo se arriesga mucho. Quemar un horno siempre ha sido de las mejores experiencias. Era una maravilla. De morro uno se juntaba cuando lo quemaban, mi mamá hacía que menudo, que pepena y toda la cosa. Bien rico que se comía. Un cafecito de olla con canela, té de guayaba y otras cosas.

Dependiendo el tipo de tierra, es lo que le ponías de leña y atizabas al horno, algunas campañas ocupaban 12 horas, algunas 15 y algunas hasta 24 horas. Le prendíamos temprano, cinco, seis de la mañana y para eso de las ocho, nueve de la noche ya uno le tapaba las lumbreras con ladrillo, más o menos 30 horas después de haber-

le prendido, empezaba uno a quitar el capote, para ver si salió bueno o no el ladrillo. Pero de la mitad para abajo. Arriba sigue ardiendo unos dos tres días. Casi siempre sale bueno, depende el maquilero y la tierra. La tierra nos la traen de varios lados, en trocas grandes. la venden bien cara, casi toda la ganancia se la llevan los fleteros y los tierreros, que dizque ellos arriesgan mucho más que nosotros, si no hacemos ladrillos, ellos nomás venderían tierra para terraplenar.

El ladrillo siempre ha sido bien mal pagado, ahorita en casi todas las ladrilleras lo pagan a 1400 pesos el mil de tabicón ya sacado y a 700 el mil de bóveda, el día te sale como de a 300- 400 pesos. Ganas casi igual que en la obra, pero no se compara la friega, trabajas de sol a sol, arriesgas mucho los pies con el barro, te cortas con piedras filosas, vidrios, agujas y otras cosas que salen en la tierra, te cansas bien mucho azadoneando, batiendo y es un trabajo de temporada. Se trabaja de septiembre a mayo, nueve meses al año, en algunos lugares se trabaja todo el año, pero nomás los patrones que tienen más dinero, porque se paga más el trabajo por la friega de taparlo con hules el ladrillo para que no se friegue y porque casi nadie quiere hacer en las aguas. Mejor irse a la obra o cualquier otra cosa.

La tecnología no nos ha cambiado mucho el trabajo, al menos no aquí donde yo hago el ladrillo, algunos ya tienen máquinas para batir el barro, pero no es lo mismo.

Uno debe saber escoger la tierra para hacer revolturas, e igual ocupas quitarle todo el chaute para que no se parta. El otro día andaba viendo unos videos en el internet, que según eso en Argentina tienen máquinas para hacer el ladrillo. Cientos por hora se tienden. Qué chingonería.

En los setentas había ladrilleros por todo Tepa, medio mundo hacía ladrillo, un terreno de medio solar, unas trocadas de tierra, carretillas, palas, azadones y muchos botes de agua y empezaban muchos con sus ladrilleras, eso sí, no muchos tenían el capital, por eso muchas ladrilleras en los sesentas y setentas eran familiares y bien chiquitas. Si el negocio iba bien, ya luego crecían lentamente,

pero igual no podían expandirse tanto porque necesitaban el agua.

Mis hermanos y yo por eso nos fuimos a otras partes, como Santa María del Valle y otros ranchos, porque no había agua en Tepa. Hubo sequía fea por varios años. En esos tiempos todos ocupaban construir sus casas, las familias eran muy grandes y había mucha pobreza. Nuestro oficio siempre lo ha visto mal la gente. Nos dicen ladrilleros patas rajadas, ladrilleros cochinos, que hay mucho vicio y que somos pobres, y bien que no le hacen feo a sus casas que llevan el ladrillo que hacemos con el sudor de nuestra frente.

Antes las ladrilleras estaban cerca de los ríos porque se necesita bien mucha agua para hacer el ladrillo, ya ahorita se compra agua en pipa o los del gobierno tienen tuberías y todo eso para tener el agua cerca de donde se necesite. Después de todo quitaron todas las ladrilleras de la ciudad, las movieron a las orillas o a los ranchos. Es que liberan bien mucho humo cuando se quema el ladrillo y le hace daño ese humo a la gente. Antes también para conseguir la leña uno quitaba árboles secos de por ahí, ahora necesitas permisos o comprar la leña al que lo tenga, que por la reserva ecológica y todo eso.

Algo que si mejoró la tecnología es la distribución de la tierra. Antes se cargaban las trocas con pico y pala, ahorita hay máquinas que la cargan bien rápido, así ya se pueden poner ladrilleras bien grandes, pues se le puede dar abasto de tierra suficiente sin problemas. Con la raja, antes uno iba a las casas de la gente, a los corrales y les decías que si ocupaban que les limpiaras el corral y si decían que sí, la juntabas con una pala en una pila grande y después en carretillas o canastas te la llevabas a las ladrilleras. Nosotros por un tiempo usábamos caca de caballo, burro y chivo. Nomás de cerdo y gallina no, no sale un ladrillo bueno con ese abono.

Mi papá era ladrillero. Mis hermanos y hermanas también lo fueron. Mi abuelo también. Mi abuelo nació en 1896 y ya se hacía ladrillo en sus tiempos. Mi bisabuelo era minero y venía de un pueblo cercano a Zacatecas. Yo la verdad creo que el ladrillero siempre ha sido muy importante. Sin él no se habría construido todo Tepa. Ha-

bía adobe, pero la verdad no es lo mismo. Ahora se compra y produce mucho, pero desde hace años que se ha vuelto difícil. Se compra mucho bloque de cemento y no damos abasto para lo mucho que se quiere construir en la zona.

Desde hace mucho que soy ladrillero y aunque es muy duro, así puedo ganarme la vida y mantener a mi esposa y mantuve a mis hijos menores. Los demás hace muchos que son grandes y no viven en el país. No creo que el oficio se extinga, pero creo y me atrevo a asegurar que es probable que nomás quede el ladrillo para aparente. Se ve bonito en las fincas rurales y las casitas de campo”.

La ladrillera en la que trabaja Francisco se ubica cerca de la comunidad de Los Sauces, en la periferia de Tepatitlán, y es conocida como La Guayabera, lugar donde desde hace más de 30 años hay varias ladrilleras. Su jefe es su primo. No tiene compañeros de trabajo. Hay varias ladrilleras cerca, entre ellas las de los Jiménez, originarios de Tepatitlán, la de Frank, originario de Guanajuato y la de Miguel, también de Tepatitlán.

En aras de una mejor comprensión del lenguaje utilizado por Francisco y los demás ladrilleros en su ámbito laboral, se incluye un glosario a este texto testimonial.

Adobera: molde de aluminio, madera o metal con la forma del ladrillo.

Batir: pisar el barro con los pies y usar el azadón para juntar todo hasta que tenga la consistencia y sea una mezcla homogénea.

Bofo: ladrillo que no sirve, debido a que es muy frágil. Suele verse amarillo y se despedaza muy fácilmente.

Borrego: tela con textura similar a la piel del borrego, que se usa para mojar la adobera al tender el ladrillo. Es necesario para que no se pegue.

Bóveda: ladrillo de 22 centímetros de largo, 10 centímetros de ancho y 5 centímetros de grosor. Se usa para el techo de una construcción.

Campaña: estructura cúbica hecha de ladrillo crudo con huecos rellenos de leña, que se hace para cocer el ladrillo. Podría decirse que es un horno. Se quema con leña por lo general. El ladrillo tiene que estar bien seco. Suelen pasar de 2 a 3 semanas después de sacar el ladrillo para poder quemarlo.

Cantarito: se dice que un ladrillo bueno debe sonar como un cántaro al ser golpeado con dos dedos.

Cantear: levantar los ladrillos con el objetivo de que se sequen mejor, por el accionar del viento.

Capote: estructura lateral que se hace de ladrillo para proteger la campaña. Va adherida y es enjarrada usando barro.

Cargar: se refiere a la construcción de la campaña de ladrillos.

Carpeta: se pone en la parte superior de la campaña. Se usan ladrillos, que simulan una carpeta. Se hace para conservar el calor en la parte superior de la campaña y que no salgan negros los ladrillos.

Chaute: tierra mala, tipo de arcilla más clara que hace que el ladrillo se parta. Debe retirarse del barro.

Colorada: tierra roja.

Fumeado: ladrillo que no está bien cocido, se ve de color gris o marrón y con manchas negras por el hollín.

Marrana: residuos del mezcal, sin el jugo. Es de color amarillo y se usa para que el ladrillo “amarre mejor”, es decir, que se vuelva más sólido.

Patio: zona de tierra, plana, donde se tiende el ladrillo.

Raja: materia fecal de vaca o chivo, que está seca.

Rayar: cobrar el salario, por lo regular en sábado. | Recortar la rebaba del ladrillo con un cuchillo para que los ladrillos queden lo más rectangulares posible.

Rebaba: sobrante del ladrillo (barro).

Remojar: vaciar el agua necesaria a los materiales para el barro y mezclarlos, pero sin batir. Se usan al menos 600 litros de agua y un azadón.

Sacar el ladrillo: e refiere a trincar el ladrillo, poniendo en el primer nivel un ladrillo en forma de L, el segundo nivel en diagonal, el tercero en L y así hasta alcanzar la altura deseada. Se hace para que se seque mejor porque le entra aire y para despejar campos para seguir “tendiendo” más ladrillos. Debe estar bien seco el ladrillo. Suele ser de dos a tres días tras tenderlo en caso de clima seco y caluroso si el ladrillo es tabicón; o de 1 a 2 días si es bóveda. Se dejan una noche remojando. Suelen ser de 3, 4 o 6 tabicones. Las impares son todas en una fila (una fila con 3 columnas) o pares (2 filas, 3 columnas)

Tabicón: ladrillo de 32 centímetros de largo, 14 centímetros de ancho y 8 centímetros de grosor. Se usa para las paredes de una construcción.

Tender: Se refiere al proceso mediante el cual el barro es colocado sobre la adobera, acuñado con las manos, deslizado por los barrotes hasta quedar al ras de la adobera, alisado con una flota mojada y levantado usando los extremos de la adobera.



Adobera de aluminio para tabicón.



Colorada.



Trincha de ladrillo (ladrillo sacado).



Leña.



ladrillo canteado.



Ladrillero batiendo el barro.



Campaña de ladrillo (incompleta).



Ladrillo que en etapa final de cocido.



Azadón.



Vehículo de tres toneladas con tres mil ladrillos de bóveda.



Pila de raja.



Carretilla.



Ladrillo quemado.



Ladrillo fresco.



Ladrillos y cuchillo rayador.



Patio.



Campaña tras 24 horas de cocción.
Lo dorado que se ve indica que
debe taparse para que se logre co-
cerse el ladrillo de arriba.

Lechero

Martha González Hernández

LA LECHE COMO ALIMENTO para consumo humano tiene su origen en el Medio Oriente. Análisis científicos de restos zoo arqueológicos en asentamientos humanos del Neolítico, indican que en este periodo comenzó la domesticación de animales bovinos y caprinos, y el consumo de leche en la región de Anatolia (Asia Menor) para luego expandirse a Europa, África y Asia. Estos hallazgos apoyan la teoría del consumo de leche como alimento saludable.

Las evidencias arqueológicas de domesticación de animales y de presencia de residuos de leche en vasijas y en restos humanos sugieren que los orígenes del consumo de leche como alimento para el hombre se dieron en esa Era, particularmente en Anatolia — una península asiática bordeada al norte por el Mar Negro y al suroeste por el Mediterráneo— que gracias a su situación geográfica se dio luego la expansión al resto del mundo.

A través de los siglos las civilizaciones hicieron uso del pastoreo y la agricultura como medio de subsistencia, y el ganado contribuyó a su alimentación utilizando cárnicos y lácteos. En la Europa de finales del siglo XV, específicamente en la Península Ibérica, con la consigna de expandir las rutas comerciales, llegaron a lo que hoy es América los primeros europeos. Con ellos surgió la necesidad de importar las

semillas y especies animales que significaban su sustento, y que en las tierras descubiertas no existían; entre ellos el ganado vacuno y el ganado caprino.

Se tiene como fecha de que las primeras reses desembarcaron en el puerto de la Vera Cruz (Veracruz) hacia el año de 1521. Pronto se generalizó la población de hatos de ganado por las tierras donde había asentamientos de ibéricos. Uno de estos asentamientos, en la región de lo que es hoy los Altos de Jalisco, fue el pueblo de Santa María de los Lagos (Lagos de Moreno), que por cédula real fue fundado el 15 de enero de 1563. Las 73 familias fundadoras llegaron así a poblar también con sus hatos lecheros la región. En las postrimerías del siglo XVI comenzó un auge ganadero importante en la Región y que ha prevalecido hasta la actualidad. Durante los tres siglos siguientes la comercialización de los productos de ganado bovino, caprino y ovino se manejó entre las comunidades de una manera orgánica.

Con el crecimiento poblacional humano llegó también la necesidad de proveer alimento a los que no poseían una vaca lechera. La ley de la oferta y la demanda. Surgieron así los llamados lecheros en las zonas urbanas y semiurbanas, y cuyo oficio les proveyó un ingreso extra y en muchos casos su *modus vivendi*. No siempre el lechero era el ganadero, se daba en ocasiones el modelo económico del intermediarismo. A principios del siglo XX el lechero tenía como medio de transporte carretones tirados por mulas, burros o caballos para vender su mercancía. Con el sistema de cambaceo cubrían la necesidad alimentaria de la población. En décadas posteriores fueron desapareciendo de las ciudades el uso de los animales para la entrega de la leche, los suplieron por carretillas y luego vehículos con cajones para carga. Sin embargo, en zonas menos pobladas como la región de los Altos de Jalisco era común hasta 1970 ver a los lecheros haciendo su entrega de leche en sus bestias.

En Tepatitlán de Morelos Jalisco algunas familias se han dedicado a la ordeña y venta de leche. Entre ellas se encuentran los Casillas,

quienes han hecho de su oficio una tradición familiar, que ya abarca tres generaciones. Uno de ellos, Humberto, a quien se le conoce como “Beto Leches”, pertenece a la dinastía Casillas; hombre alegre y que gusta de la música mexicana y clásica. Su padre, Rosendo Casillas se inició en 1965 como lechero con 30 vacas pintas de negro. Se llevaba a sus hijos a trabajar, Beto tenía cinco años, y a los siete ya ordeñaba a mano. Había que levantarse a las dos de la mañana junto con sus tres hermanos para trasladarse al rancho La Joya, cerca del Valle de Guadalupe, Jalisco.

Entre ruidos de cántaras, mujeres comprando leche, saludando y sonriendo, Beto Leches comparte su testimonio:

“Ordeñábamos a mano más de noventa vacas, mi papá se iba a las seis de la mañana al Tepame a recoger leche con ‘El Catlín’, Rafael Casillas, Raúl y Alipio Aceves. A las siete de la mañana ya teníamos que andar repartiendo en Tepa. La leche se vende temprano o no se vende. Antes se repartían ochenta cántaras de leche, y la que sobraba se llevaba a la hielera con Alberto Navarro. Había que acabar de entregar a las once de la mañana, a las dos de la tarde regresar al rancho y volver a ordeñar para repartir en la tarde desde las seis para alcanzar a llegar a la hielera antes de las siete a entregar la que sobraba. En 1968, en la pura tarde repartíamos entre quince y veinte cántaras. Ya teníamos ruta hecha, y la que sobraba la llevábamos también a la hielera o con el primo José Luis Casillas en Lagunillas. Ya en los setentas con Mario Aceves para el queso mozzarella.

Yo tenía nueve años cuando mi apá nos compró un motocarro pa’ repartir leche en Tepatitlán, antes de comprar su carro, antes de carro era un motocarro, y nos accidentamos varias veces, y compramos camioneta y empezamos a meter camionetas, ¿por qué? porque teníamos que ir mejorando el negocio y trabajar más rápido. Pero el pago, ps el pago era tuyo, yo siempre mi padre nos dijo: ‘el negocio es de ustedes, agarren lo que quieran, ustedes sabrán si lo dejan, es de ustedes’, mi padre siempre nos dejó, no éramos muy gastadores,

a qué horas gastábamos, éramos unos mocosos la verdá, yo tenía nueve años, mi papá se iba al Tepame, mi hermano Rosendo tenía doce años, Rubén once, yo diez y el otro tenía nueve años. ¡Jrmos unos escuincles a caballo a galope a ordeñar a campo raso! No había ninguna bodega, nos volteamos tres veces, nos accidentamos, pos éramos unos niños sin experiencia”.

Se le llena la cara de alegría al recordar a su padre.

“Nos jugábamos un volado mis hermanos a ver quién perdía, el que perdía manejaba pa’ dormir media hora más nosotros en el camino, es lo que hacíamos de aquí al Valle de Guadalupe porque éramos unos niños, el mayor de doce, nos levantábamos con todo el dolor del corazón y ahí vamos a trabajar, y nos hizo un poquito responsables. Es la mejor herencia que nos pudo dejar mi padre, y el único que se quedó todavía con el negocio del reparto de leche soy tu servidor, a los demás no les gustó, pero esto es un arte, es un gusto cuando lo haces con gusto, porque mira, tienes que pelear con todas las mujeres, anden de genio no anden de genio, tienes que darles su lugar, porque es la gente que te da de comer, y de eso he vivido toda mi vida y no me puedo quejar, que me dicen que no es negocio, ps no es negocio para el que no quiere cuidarlo”.

Levanta la mano para saludar a los amigos o conocidos que van pasando, no pierde la plática.

“Yo les digo que a mí me mantienen las mujeres, que son las que salen por la leche y me dan para comer, para mí ha sido un negocio bonito, no es pesado. Era pesado en aquellos años la ordeña, el reparto no fue pesado, hazlo con gusto y este negocio de repartir leche es de los más sanos, traes dinero aunque no sea tuyo pero traes dinero diario, y agarras aquí y allá, cuando haces el pago es cuando

reniegas, ¡ay! gasté de más, pero diario traes dinero ajeno porque hay que hacer el pago de la leche, refacciones, gasolina, tu familia, pero todo sale, para todo sale, sale de verdad”.

El oficio de lechero, ¿piensa usted que es sacrificado?

“Se sufre porque el negocio no te da para darte una vida de riqueza, vives a gusto, pero hay que trabajar los siete días de la semana. Las vacas no saben de fiestas ni cambios de horarios. Estás en fiestas y ya me voy a ordeñar vacas. Y así es la vida del lechero o de la gente que tiene ganado y se tiene que dedicar al ganado.

El que tiene vacas tiene que saber cómo le va a hacer para acabar su producto. Hay que ver la forma de ver como se vende, y ¿cómo? Abriendo una ruta, y mi apá abrió esa ruta. De 1965 a 2022 tengo 55, 56 años de repartir leche y la verdá, Dios nos está socorriendo y hay vamos paso a paso y es una vida bonita”.

¿Qué otras satisfacciones le ha dejado su oficio?

“Conoces a todo mundo, yo por ahí me dicen, oye saludas hasta los postes, si los postes te saludan hay que saludarlos. A mí me apodan ‘El Leches’, ¿quién no conoce al Leches en Tepatitlán? A mí este negocio y el futbol me ha dado amigos. La amistad es lo que me ha dejado mi trabajo porque ando por todo el pueblo”.

Con gusto recuerda que algunos chiquillos se le acercaban a que les regalara un poco de leche recién ordeñada. Llevaban un vaso con azúcar y chocomilk, luego, en pago ellos le ayudaban a lavar las cántaras, y a veces se los llevaba hasta el rancho y los niños felices.

“En tiempos de secas nos traíamos las vacas a un corral que rentaba mi papá porque en el rancho en ese tiempo no dan, y en tiempo

de aguas nos llevábamos el ganado por el Camino Rial, el camino que va a Santa Rita, salíamos a las siete de la mañana y a las tres de la tarde ya estábamos ordeñando en el rancho”.

Beto nos cuenta que el alimento que les daban a las vacas lecheras era una fórmula, a base de maíz, rastrojo y soya molida. Principalmente maíz, porque es lo que hace que la leche sea más rica en grasas. Recogían leche con otros ordeñadores también.

“Íbamos con ‘Panchillo’, Francisco Aldrete y recogíamos treinta cántaras o más de leche. La verdad no era el reparto, era juntar el dinero, la leche estaba a treinta y cinco centavos, para juntar diez mil pesos a la semana, andábamos en cinco camionetas. Ahorita es igual, a trece pesos hay que juntar cuarenta o cincuenta mil por semana, pero con solo quince cántaras con cuarenta y un litros cada una. Como en 1974 trajeron máquinas de cantaritas, no eran de línea, es muy rápida la ordeña, lo que antes hacías en tres horas, ahora lo haces en una hora, antes ocupabas tres cuatro manos ahora una sola persona lo puede atender”.

Beto Leches platica que se fue un tiempo a Estados Unidos y trabajó en un rancho con vacas. *“El trabajo es igual de pesado porque son animales, donde sí se nota la diferencia en el sentido que allá si hay más limpieza y control”*. En la actualidad ya no ordeña vacas propias, ahora compra la leche, sigue madrugando.

“Tengo una ruta de reparto de leche, y ocupa mucha atención, las vacas no te dan problemas, no te pelean, y las personas sí nos pelean, entonces yo tengo que cuidar con más atención mi negocio, me sigo yendo a las cuatro y media de la mañana, reviso que la leche esté bien, sin mamitis ni nada, empezar a repartir la leche en Los Sauces a las siete de la mañana, empezar a pelear con toda la gente, porque las vacas yo sé que están bramando les das de comer y se

callan, y la gente no entiende, y las vacas y todos los animales son más agradecidos que los seres humanos, ¡vaya la expresión! pero así lo veo yo”.

Su hijo Ramón es ya la tercera generación de lecheros en la familia y lo dice con orgullo. *“Mi hijo trae una ruta, yo traigo otra, y hay nos vamos paso a paso y hay que atender a la gente”*.

¿Qué productos hace con la leche?

“Mira, hace veinte años mis suegros hacían queso de chiva y yo empecé a venderlo su queso que ellos producían, con mis clientes, entonces mi suegra me enseñó a hacer el queso y la cajeta y mi suegro los chongos, y ya de ahí se viene derivando lo que son jocoque, las panelas. De la leche sale la cajeta, los chongos, el yogur que ese no lo manejo yo ni el yakult porque no tengo la maquinaria para hacerlo, yo hago el requesón, la cajeta, panela, el jocoque, los chongos, el queso fresco, la adobera, todo de la leche, entonces ps las vacas nos dan, hay que ser agradecidos. El suero se lo regalo a un muchacho que tiene engorda de puercos, le revuelven tortillitas y salen sus puercos los de cien kilos, le dan más o menos ciento treinta kilos”.

La primera leche que da la vaca después de parir, se llama calostro, y da una breve explicación al respecto.

“Primero calostros, todo niño que toma calostro es más sano, ¿por qué?, porque el estómago se acostumbra a las bacterias, se acostumbra a todo, los becerros igual, becerro que no toma calostros se queda, ¿cómo decimos? se achuró, ¿por qué? porque le faltó calostro, cuando no tienes esa defensa que te dieron los calostros, todo te hace daño. También dicen que el mejor chongo es de calostro”.

A la pregunta que si le han quedado a deber sus clientes. Contesta:

“Se pierde el producto y se pierde el cliente, se pierde la amistad y se pierde todo, cuando no tienen para pagar un litro no va a pagar dos, son conocidos o me da pena, o que no tienen para comer, no creas que me molesta tanto, yo sé que no me van a pagar, pero Dios se acuerda de todos, no me falta nada”.

Y para concluir, una frase que, articulada en su propia voz, hace una especie de homenaje a su oficio de lechero: “*Si con leche nos criaron, con leche nos vamos a morir*”.



Rosendo Casillas de la Torre.



Humberto Casillas Vázquez.



Panadero y luchador

Eduardo Castellanos

EL PAN ES UN ALIMENTO UNIVERSAL. Investigadores sitúan su origen en Mesopotamia y posteriormente en Egipto, en la era del Neolítico. El producto hecho a base de trigo, agua y levaduras llegó a América con La Conquista. Panaderías las hay por todo el territorio mexicano; lugares que son reconocidos por el sabor y tradición de sus panes.

En la región de los Altos de Jalisco, cada municipio presume tener los mejores panes, es el paladar y gusto de cada persona quien podría definirlo. Tepatitlán cuenta con un número importante de lugares que se dedican a la elaboración de pan.

Ahora, según el portal www.mexicana.cultura.gob.mx la lucha libre es un deporte que tuvo sus primeras muestras en México a mediados del siglo XIX durante la intervención francesa. El mismo portal da cuenta de que el primer luchador mexicano fue Enrique Ugartechea, quien plantó las bases de lo que sería la lucha libre mexicana en 1863.

La Super Pan, una panadería que este 2023 cumple cincuenta años, fue fundada por Rafael Mora Mercado, mejor conocido como “Pepo” quien falleció hace algunos años. Pepo aprendió a hacer pan con sus tíos. Desde muy pequeño, antes de inscribirse al seminario, apoyaba a sus familiares en los trabajos de elaboración del pan. Nunca se ordenó como sacerdote, casarse y tener familia era su verdadera voca-

ción. Al morir heredó la panadería a sus hijos y esposa, quienes con apoyo de algunos trabajadores nutren de pan a sus dos sucursales en el centro de la ciudad y a algunas tiendas de abarrotes del municipio.

Las peleas de rudos contra técnicos sobre un ring son un legado cultural que ha sobrevivido a la historia de nuestro país. Luchadores que se convierten en héroes nacionales, enaltecidos algunos en películas, programas y series televisivas: El Santo luchando contra las momias de Guanajuato, Blue Demon contra las diabólicas, Tinieblas y Alushe defendiendo a Capulina. Octagón, Atlantis, El Perro Aguayo, El rayo de Jalisco, Konan, son sólo algunos de los deportistas que han sido fundamentales en el ideario luchístico mexicano.

Es de noche y el lugar huele a pan: mantecadas, sevilanos, terrones, virotillos, naranjas, canelas, galletas betunadas, bísquets, bicolors, cacharpas, moños, empanadas de fresa, piña o crema pasteleira, finos, chamucos, petates, duraznos, cacahuates, cuadros, roles, molletes, las conchas amarillas, de chocolate o blancas, azucarados, piconcitos, enchiladas, semas, donas, calvos, careocas, galletas de nuez, cocoles, calabazas, dedos de novia, borregos, los integrales y picones grandes. No hay pan de muerto, tampoco hay rosca de reyes, no es tiempo.

La lucha libre es también un espectáculo en donde la gente puede acudir a descargar sus energías, es un espacio para gritar improperios sin ser juzgados por nadie. Es la confrontación verbal entre los que le van a los rudos y los que están con el bando técnico. La risa, la mentada, la carcajada, el grito, la voladora, las cuerdas, la lona, el referee tramposo, forman parte de este folclórico y mágico deporte que tiene distintas categorías: profesionales y amateur, de mujeres, minis, luchadores exóticos, enfrentamientos de máscara contra máscara o máscara contra cabellera.

Víctor Hugo, como el autor de Los miserables, o como el mexicano, Víctor Hugo Rascón Banda, quien vaticinó la actual guerra contra el narco en su novela “Contrabando”. Víctor Hugo se llama también un joven con oficio de panadero, pero para mantener su identidad real, no se

comparten sus apellidos, lo llamaré “Tepa Boy” su nombre de luchador que usa máscara, porque también se dedica a la lucha libre, es técnico.

Huele a pan. Al fondo del local, la harina, el huevo, la manteca vegetal, la levadura, el azúcar y demás complementos se mezclan en unas batidoras industriales. Los panes en cocimiento dan vueltas dentro de un horno a gas. Cinco mil piezas de lunes a viernes, seis mil los domingos.

Tepa Boy lleva un delantal blanco, sus manos se mueven a una velocidad impresionante, unta manteca, pasta y huevo a unos panes que todavía están crudos. Lleva once años trabajando en la Super Pan. Comenzó en el oficio cuando tenía seis años, ahora tiene 31. Inició en una fábrica de pan de la calle Maximino Pozos en Tepatitlán. No siempre ha sido panadero, probó suerte en otros oficios.

“He tenido más trabajos, trabajé en Pepsi, de ayudante, ahí mismo me hice chofer-vendedor, trabajé de albañil, trabajé en la fábrica de cartón Titán, trabajé en un yonkee desarmando carros, vendiendo partes de autos y aquí estoy otra vez aquí, haciendo pan. Cuando regresé a trabajar aquí, empecé el hobbie de la lucha, son los únicos trabajos que he tenido hasta horita. Está chido el trabajo porque cuando llueve no te mojas, tienes hambre te comes un pan, no estás en el sol y pos no trabajamos tantas horas, no es tan pesado”.

El producto de la Super Pan está hecho con una receta tradicional que ha transitado de generación en generación desde hace más de 100 años. A los clientes les gusta la galleta rosita, los dedos de novia, la galleta integral y los molletes embarrados de mantequilla y azúcar. Este establecimiento desmiente que en ningún lugar que no sea la Zona Metropolitana de Guadalajara se puede elaborar birote salado para las tortas ahogadas, desde hace meses la panadería tepatitlense produce este pan que es salado, duro por fuera y suave en su interior.

En el bar de la esquina que está sólo a dos puertas del local donde se elabora el pan, un grupo de comensales degusta cervezas o un

trago, mientras en la panadería las manos rápidas de don Javier Díaz García, se mueven a ritmo veloz envolviendo moños y trazando otras figuras de pan.

La pandemia por COVID-19 aplicó un martinete a muchos negocios alrededor del mundo. Muchos comercios cerraron sus puertas, la venta de pan se redujo. Pero Tepa Boy y sus compañeros pudieron levantarse y ganar las otras dos caídas que se habían programado sin límite de tiempo.

“Cuando llegó el COVID, de primero cerraron la panadería como una semana, después volvimos a trabajar a puerta cerrada con cubrebocas y todo lo que indicaban los de salud. Nunca tuvimos miedo que se nos fuera a pegar, toda la gente estaba encerrada, aquí nadie se metía. sanitizabamos todo, teníamos todas las medidas que nos pidieron. Después todo se fue calmando y ya abrieron la panadería. Ya empezó a venderse otra vez el pan, a regularizarse porque se puso malo pa’ todos los negocios, se cayó la venta para todos y nos golpió a todos, tanto a los trabajadores como a los patrones”.

Un puño de harina para que no se pegue la masa, las manos, el ritmo, el sonido, la prisa para terminar a las tres de la mañana la jornada que inició a las nueve de la noche, así de domingo a viernes. Todo tiene que estar listo antes de que llegue el biroteo, porque ellos no hacen birote, no les gusta elaborarlo, dicen que es aburrido.

Tepa Boy lleva nueve años como deportista en la lucha libre. Al igual que muchos mexicanos aficionados a las luchas, creció viendo las peleas de la Lucha Libre AAA Worldwide, en la televisión. Cuando le pregunto qué le gusta más, hacer cacharpas o luchar. Sus ojos brillan, esboza una sonrisa, mientras aplica un tirabuzón a la masa que se convertirá en moño.

“No, pues ser luchador. Desde que estábamos niños nos gusta la lucha libre, mi hermano, mi primo y yo mirábamos la lucha. Cuando

salía la AAA mirábamos un chingo la lucha en la televisión. En las camas nos agarrábamos jugando que al martinete, que a esto y que al otro, de ahí fue donde nos empezó a gustar. Empezó a venir la AAA aquí a Tepa como en el año 2000, fuimos a ver la primer función, luego ya en el 2002 y ya no recuerdo cuando fue la última vez. De ahí empezó a gustarnos más. Un día pasamos ahí por el Núcleo de Feria (recinto donde se realiza la feria de la ciudad), había un cartelón que decía: Escuela de lucha libre, ya íbamos caminando mi hermano y yo y un camarada que era de El Salvador, dijimos vamos a buscar a ese que dice ahí entrena luchas, de ahí nos fuimos a buscarlo hasta que dimos con el entrenador, ya nos dijo cuales días entrenaba y eso. Ahí empezamos, hasta que cerraron la escuela porque no tenía apoyo del gobierno”.

Huele a cacharpas recién salidas, los bísquets esperan su turno para entrar al horno, están en los espigueros. La mayoría de los panes requiere quince minutos de cocción, los más ligeros estarán en solo diez. Tepa Boy no para, los brazos inagotables, sigue la conversación. Necesitaba profesionalizarse y sabía que en su ciudad natal sería casi imposible. Buscó en redes sociales.

“Yo fui el que empezó a preguntar en el Feis a luchadores, a ver dónde podíamos seguir entrenando, hasta que me contestó uno que se llamaba El Egipcio Junior, él me dijo que había una escuela en Tlaquepaque que se llamaba la Roberto Paz, que fuera a buscar a Jorge. Me fui, creo que era un miércoles, mi esposa me acompañó, ya llegué con él y le pregunté qué necesitaba pa’ entrenar, ya me dijo que si quería entrenar pa’ ser luchador o nomás para hacer deporte, le dije que quería ser luchador, ya me dijo: ‘te espero el viernes a las siete de la mañana’. Empecé de siete a tres el entrenamiento, fue mi primer día y no aguanté ni una hora siquiera, me tronó luego, luego. Eran sesenta vueltas las que teníamos que dar en el ring corriendo, no tenía condición ni nada, no aguanté mucho. Me mandó a mi casa,

pero antes me dijo: ‘te vienes el lunes, le vas agarrando de poco a poquito’. Llegué el lunes otra vez a las siete de la mañana y otra vez sesenta vueltas alrededor del ring, ahí empecé poco a poquito”.

Don Francisco “Kiko” Aguirre lleva 52 años trabajando en el pan, 36 en la panadería de Pepo, arroja la masa al ring de acero inoxidable para luego convertir esa mezcla en piezas de pan que se llaman duraznos. Junto a Tepa Boy y don Kiko también trabaja Jovanny Gómez “El Kinky” es el más joven de los panaderos.

“Una vez este bato (Kinky) se subió al cuadrilátero y lo agarraron a putazos. Quiso intentarle a subirse, se subió y aguantó más de medio día entrenando, pero ya no le siguió”, narra Tepa Boy.

Otro compañero, Luis Javier Díaz Plascencia también empezó en el oficio de panadero cuando era niño. Dice que los subían sobre cubetas blancas de 20 litros para que alcanzaran las mesas de trabajo. Silvino González lleva más de cuarenta años en la panadería de don Pepo, empezó en la Panadería La Moderna. Tenía 16 años, ahora tiene 68. Esta noche se encarga de poner la harina en la batidora para hacer pasta café para las conchas.

Tepa Boy lleva meses sin subirse al ring, ahora sólo hace pesas en el gimnasio. Antes entrenaba en el cuadrilátero cuatro días a la semana, de siete de la mañana a tres de la tarde. Reconoce que se necesita disciplina para ser luchador, resistencia, condición, saber brincar, levantarse, rodar, maromear, hacer llaves, entrenar lucha grecorromana. Son algunas de las actividades que hoy extraña.

Huele a semas recién salidas, los bísquets esperan su turno para entrar al horno. A las mantecadas y otros panes tradicionales no les han podido cambiar el sabor porque a los clientes no les han gustado los cambios, prefieren seguir disfrutando de la tradición de sabores.

En los momentos más álgidos de la pandemia por COVID-19 se tropicalizaron algunos panes, como la fusión entre las mantecadas y las conchas a la que llamaron manteconchas, producto con el que

experimentaron los panaderos de la Super Pan, sin embargo, al poco tiempo desistieron porque la pasta se rompía fácilmente.

En un rincón una batidora industrial bate la masa. Hay una cortadora en las mesas, en donde Ricardo Osvaldo le aplica la llave denominada guillotina que divide la masa en piezas que luego se convertirán en pan. Ricardo Osvaldo —sólo lo llamaré Ricardo Osvaldo, porque también es luchador y su nombre completo estará en el anonimato—en el ring se hace llamar Gran Demonio, enemigo rudo de Tepa Boy, abajo del cuadrilátero, Ricardo Osvaldo y Víctor Hugo son hermanos de sangre y compañeros de trabajo. Desde niños han visto juntos la lucha libre.

Fue Tepa Boy quien invitó a su rival en el cuadrilátero para hacerse profesionales de las luchas. Aparte del ring han trabajado juntos en otros oficios, su madre los enseñó a ser generosos entre ellos y con los demás.

“Ya como a los cuatro o cinco meses de que empecé a entrenar invité a mi hermano, él no quería ser luchador, le dije ‘vente vámonos, está chido, vamos a seguirle’, y ya me empezó a seguir él, luego otro amigo”, añade Tepa Boy mientras pone pasta blanca con azúcar encima de los panes que se llaman borregos, o pelibueyes como les dice el panadero y luchador.

Gran Demonio es ágil con la espátula, frente a él una báscula para el gramaje perfecto. Un corte allá, otro acá para la obtención de una figura. Es un arte esto de hacer pan. Los panaderos se comunican, se hablan como en los realitys de cocineros en la televisión, “saca los moños, mete los roles”.

No solo del pan vive el hombre, pero los luchadores en esta historia sí viven del pan, de las luchas es difícil vivir. Le pregunto a Gran Demonio la diferencia entre luchar en la panadería para ganarse el pan y subirse al ring.

“Una bien grande, aquí no hay golpes y en la lucha sí. Me gusta más la lucha. La lucha no me da de comer, es un deporte nada más, un hobbie, por eso tenemos que trabajar”, argumenta el Demonio de Tepa.

“Tengo once años trabajando en la Super Pan, pero empecé en esto desde morro, tenía siete años cuando empecé a ir a la panadería del DIF, allá por la calle Maximino Pozos. Empecé limpiando charolas con mi abuelo, mi tío y un primo. Limpiábamos charolas, arreglábamos pan y con el tiempo me enseñé a hacer pan, me empezaron a dar un poquito más de trabajo, me enseñé a recibir el pan cuando salía caliente porque antes lo recibíamos con una hoja doblada, era un poco difícil. Me enseñé rápido, empecé a ganar un poquito más de dinero y empecé a agarrar poquito más trabajo de la panadería, ya sabía más. Con el tiempo me fui enseñando. A los 15 años me fui a trabajar a la lechera Sello Rojo, duré una año ahí, me salí a los 16, volví de nuevo a la panadería en donde me quedé tres años trabajando, me salí para irme a trabajar a la construcción, solo aguanté como siete meses de peón, de ahí me fui a trabajar a Biopapel, duré como tres meses, de ahí me fui a trabajar a la carpintería, ahí trabajábamos para puras iglesias, duré ocho años trabajando de carpintero. Me fui a Aguascalientes a arreglar todo un Infonavit desde puertas, cocinas integrales, esto fue con un padre, el padre Pepe, de ahí me regresé y me fui a la casa del señor cura, Jesús Melano a seguir haciendo la madera de su casa. Se acabó el trabajo de la carpintería y me fui a chambear a la Pepsi, ahí nomás duré como unos seis meses, después ya me salí y me vine a esta panadería y aquí me quedé trabajando”.

Estar cerca del horno hace sudar a cualquiera. La masa sigue girando en la batidora. Gran Demonio hace conchas; con un molde metálico forma las líneas que llevan esos panes en la parte superior. El pan que más le gusta hacer son los polvorones porque son más rápidos de elaborar, son las empanadas las que menos le agrada moldear. A pesar de los años no se aburre de comer pan.

“Me siguen gustando las conchas y los cocoles. Hemos experimentado con algunos inventos, como cuando se pusieron de moda las man-

teconchas, nos salieron bien. A veces hacemos panes diferentes de la misma masa, pero con figuras diferentes vamos experimentando cosas nuevas". Los hermanos luchadores no hacen birote, ellos solo pan dulce, integral y galletas.

"Los biroteros son los que hacen otras cosas, son los de otro turno, nosotros sabemos hacerlo, pero no nos toca, es más fácil, pero es más aburrido, siempre es lo mismo".

Cuando lucha, Gran Demonio lleva una máscara y traje rojos. Desde niño admira a Blue Demon. Nunca pensó dedicarse a las luchas, hasta que un día su hermano el Tepa Boy lo convenció. Ha luchado en las ligas mayores enfrentándose con luchadores de la AAA.

"Yo no quería ir a la lucha, el que empezó fue mi hermano, por acompañarlo empecé a entrenar para no aburrirme, al final del cuento también me hice luchador, ya cuando me dijeron que me llevara un traje para luchar me hice mi traje, me hice uno de diablo, me lo llevé y duré como siete meses entrenando, me subieron a luchar. La primera lucha que luché fue contra mi propio hermano. Desde morro me ha gustado el Blue Demon, de hecho sigo siendo fan, se me hace muy chida su máscara. Mi traje de luchador está inspirado en un diablo: en el Gronda, porque me gustaban sus diseños. Me tocó recibir a Gronda en La Laja (comunidad de Zapotlanejo), cuando vino de México yo luché en contra de él, me dio una madriza, me fue de la chingada".

A Gran Demonio le gusta su trabajo como panadero, aplica una llave doble Nelson a la masa, hace bolitas para luego convertirlas en galletas. Tiene condición en el arte de hacer pan, la práctica constante y la velocidad en las manos abonan para que la jornada laboral sea más corta. En su paso fugaz por la principal promotora de lucha libre en nuestro país, la AAA, Gran Demonio viajó a Baja California, invitado por My Flower, un luchador de los denominados exóticos.

En el estado norteco luchó como mini, así se le conoce a los luchadores de baja estatura, allá peleó como suplente de Mini Abismo Negro. Su contrato contempló tres peleas en municipios distintos: San José del Cabo, Los Cabos y La Paz.

“Fui porque necesitaban un luchador chaparro y yo estaba más chaparrito que mi hermano, por eso me llevaron. Fui, saqué los tres días de lucha y me regresé para acá. Estaba muy contento porque me estaba enfrentando con puras estrellas, luchadores estelares”.

En el ring como un luchador del bando rudo, Gran Demonio se encarga de hacer enojar al público, en la panadería su tarea consiste en elaborar pan para hacer feliz a los clientes. Este diablo tepatitlense se hace a la idea de que no es fácil vivir de luchador. Los ingresos son pocos, igual que las peleas.

“Tienes que invertir en tu vestuario, tus máscaras, son cosas que en las peleas se rompen y más cuando ya hay coraje de por medio; cuando se sale la lucha de control empiezan a romper las máscaras y cada una me salía en mil 500 pesos, en cada lucha invertía en un traje o una máscara, no era mucho lo que ganaba. Solo cuando me fui a Los Cabos me fue bien, me pagaron dos mil 500 por pelea, más viáticos. En la última lucha que luchamos me dislocaron un hombro, me lo zafaron de una patada que me dieron, uno tiene que correr con ese tipo de gastos. No es un deporte que te dé mucho dinero, lo único que te deja son fracturas y el orgullo que te queda. Con el tiempo ya no te duelen los golpes, como que te acostumbras, tengo toda la espalda cicatrizada de los lamparazos y sillazos que me han dado. Yo he mirado esto, no sé, si se dedicara uno de lleno a la lucha libre si te dejaría dinero, la lucha te da de todo, pero así como te lo da, te lo cobra al final, fracturas, todo, todo te lo va cobrando, está difícil. Mejor es tomarlo como un hoobie, cuando tengas tiempo, cuando se ofrezca, pero mientras así de lleno no, está difícil”.

Aunque desde hace unos meses, Tepa Boy y Gran Demonio no han podido subir al cuadrilátero, en sus épocas doradas visitaron otros municipios como Guadalajara, Ciudad Guzmán, Colima, Zapotlanejo, Atotonilco y Yahualica. En Tepatitlán han organizado peleas para recabar juguetes y entregarlos a niños de escasos recursos. Organizaron una lucha para apoyar a los damnificados por una inundación en Nayarit. Salieron al centro de Tepa a tomarse fotos a cambio de unas monedas que luego fueron entregadas a un joven que requería una cirugía urgente.

Cuando iniciaron en la lucha libre, los también panaderos, tenían como objetivo fundar una escuela de lucha libre que brindara opciones a los adolescentes y jóvenes para retirarse de las drogas o prevenir sobre el consumo de las mismas. Buscaban en la lucha una forma de abonar a la salud mental de los jóvenes. En un inicio contaron con el apoyo de autoridades municipales, luego cuando cambió la administración local los auspicios disminuyeron y con el gobierno actual el apoyo ha sido nulo.

“Éste antes andaba en los vicios, ahora ya regresó y a veces va hacer ejercicio, lo retiramos de las drogas. Ese es uno de los proyectos que nosotros traíamos, sacar a los chavos de los vicios, pero ya no tuvimos apoyo del gobierno. Queríamos armar una escuela, un complejo para la lucha para todo el que quisiera”, dice Tepa Boy señalando a su compañero, el más joven de los panaderos.

Los hermanos no pierden la esperanza de pronto regresar al cuadrilátero para volver a sentir la adrenalina que luego contagian al público asistente, a las personas que buscan en el show de las peleas un escape a los problemas de la vida cotidiana. Es en la lucha libre un espacio donde chicos y grandes suelen sacar la euforia, divertirse y decir groserías sin que los luchadores los agredan físicamente.

Huele a pan, la masa se rinde ante los luchadores tepatitlenses. Falta poco para que concluya la jornada laboral. El cuadrilátero de esa noche tendrá que quedar limpio para la siguiente pelea, la que darán los biroteros contra la masa insípida.











Hasta que no hubo más Prestamista

Enrique Casillas

I. Al principio fue el destino

Fue compañero en el seminario de don José Garibi Rivera, primer cardenal de Guadalajara, pero los caminos del Señor son extraños; al cerrar los ojos y volver a abrirlos ya sus pasos se habían alejado lo suficiente como para no volver a verse, pero esa anécdota ha de contarse sí o sí, consistente con la extraña idea-condición humana de asumirse partícipes vicarios de los hechos históricos o de la fama ajena con sólo haberse encontrado de refilón en la vida con los protagonistas de ella; él la contaba cada que la oportunidad era propicia.

Esa etapa de encierro clerical que a uno lo llevó a las cumbres de la curia, al otro lo devolvió a donde había dejado el ombligo tirado, apenas dejando huella; lo devolvió a las cumbres borrascosas de su Ceja de Pegueros.

Nació en el año de 1898 en su rancho, hijo de don José María Casillas Gutiérrez y de doña Felícitas Franco Casillas en la casa que muchos años después sería ocupada como hogar por uno de sus sobrinos con su esposa e hijas. Así son las casas y así son los nacimientos; cuando aún era muy pequeño, fue enviado al Seminario de Guadalajara, donde estudió durante un breve periodo de tiempo del que nunca habló mucho, hasta que quedó huérfano de madre a los

17 años, heredando con ello una gran fortuna en monedas de plata, oro y cientos de solares de tierra distribuidos entre los ranchos Las Llaves, El Trigo, La Ceja y El Plan de Pegueros.

Con el paso de los años dejó en el olvido (casi) toda práctica piadosa, como si salir de los largos pasillos del Seminario Conciliar de Guadalajara, árbol genealógico de la vida espiritual, cultural y política de nuestras tierras en aquel principio de siglo, hubiera dejado inscrito en su mente “abandonad toda esperanza”, esa frase que Dante leyó inscrita a las puertas del infierno, pero que él pareciera que vio a la salida, tal si las puertas que cruzaría por última vez fuesen profecía de la hostilidad de su mundo.

Niño, joven y hombre privilegiado por las riquezas heredadas, aprovechó modestamente las letras que el destino inscribió en su carne, viviendo con una sencillez rayana en el oxímoron: un rico pobre, un millonario casi miserable que toda su fortuna habría de ser pasada por las notas de un cuaderno en el que sólo tenía cabida la multiplicación y una vida ceñida a su dicho: “tierras cuantas vieres, casa en donde cupieres”.

Haber heredado no sólo tierras habitadas de ganados, árboles, yuntas y personas, sino cantidades de monedas de plata y oro que podían contarse ya no en pesos, sino en costales de pesos, hacía que el paso natural fuese convertirse en prestamista, un cómodo pero peligroso oficio que le aseguraba poder crecer sus bienes a cambio de no muy pocos males, pero todos tolerables cuando la vida se vivía con tal modestia y hasta dejadez.

II. Con la vida hemos topado, Malaquías

Cuentan quienes lo conocieron de manera más íntima, sus sobrinos, ahora ya hombres y mujer cuya vida ronda los ochenta años, que su tío Malaquías siempre vivió de manera sencilla; primero, con el apoyo de sus dos sirvientes, don Braulio Vera y don Zacarías Jiménez junto a sus familias, después al amparo de su hermano menor, quien junto con sus hijos y personas a su servicio, se aseguraban de atender

al tío, quien habría de heredarles su fortuna a cambio de sus atenciones y cuidados.

Como joven huérfano, educado en el Seminario y heredero, lo que quedaba por delante era la vida. Desde que volvió a vivir a su casa en la Ceja de Pegueros, y durante muchos años, fue atendido por Sabina, una mujer del rancho El Barranco, una “niña vieja”¹, quien le lavaba, le limpiaba la casa y le cocinaba todo aquello que el reducido antojo de don Malaquías le exigía: jocoque, gorditas, frijoles, su avena en leche para la mañana y la noche y no mucho más; comía fruta y verdura en las temporadas de cosecha, pero de carne era muy poco dado, solo disfrutaba el “cocido”² caliente, abundante en caldo, con verduras pero casi sin trozos de res. Todo lo que se cocinaba en esa casa era en un fogón encendido con la leña que su hermano Francisco le llevaba de “descopetar”³ encinos.

Como en todo, también lo era para descansar, dormía en una cama vieja “de perilla”,⁴ con su colchón, almohada y cobija de lana. Hasta que la vida le nubló la razón, siempre fue un hombre impecablemente limpio, vestido de pantalón y camisa de gabardina beige, un pañuelo atado al cuello para detener los estragos del sudor y su sombrero de palma; así vestido, a las dos de la mañana estaba en pie cada día para salir a revisar sus ranchos y ganados en un caballo que

1 El término es ambiguo y bien puede referirse a una mujer mayor que permaneció soltera toda su vida o, también a una persona con alguna condición de neurodiversidad.

2 Potaje típico desde la época novohispana, con múltiples variantes en cuanto a sus ingredientes, que trajeron consigo los colonizadores, por su fuerte raigambre ibérica, y que guarda aún mucha popularidad en la comida típica mexicana.

3 Cortar ramas secas.

4 Camas de estructura decorativa de latón que a la cabecera y a los pies contaban con cuatro postes más o menos decorados que terminaban en sendas perillas redondas de latón, que bien cuidadas y lustradas, mantenían un brillo dorado o plateado muypreciado en la época.

nunca fue el suyo porque no tenía uno, siempre se lo pedía prestado a su hermano.

Así es, a pesar de ser hombre propietario de riquezas en metálico, en tierras y en ganados que le obligaban a recorrer kilómetros a campo traviesa, jamás tuvo un caballo, ni era un gran vaquero, como relatan los testimonios, aunque sabía “echar piales”⁵ y poco más para cuidar a sus vacas como la Zorrilla, la Azuleja, la Cucaracha y sus cinco yuntas de bueyes listos para arar y sembrar sus abundantes barbechos.

Así como no tenía caballo, tampoco solía tener herramientas para arreglar el quicio de una puerta, algún desperfecto doméstico, construir o recomponer cercas, siempre iba pidiendo a su hermano o a sus sobrinos los pertrechos necesarios para cada faena que el día le presentaba.

Eso sí, aunque no fuera un gran vaquero, la diversión única de don Malaquías eran las charlotadas y tentaderos que tenían lugar en el rancho El Burral o en Valle de Guadalupe, a donde iba con sus amigos y conocidos para disfrutar del espectáculo taurino bufo que en aquellos lares se ofrecía. “El no supo de mujeres”, reza textualmente el testimonio, no lo hizo porque así lo quiso, pues en sus propias palabras, él no iba a mantener una mujer que ni su pariente era. Ante la sospecha de una beatificación del personaje o del uso de filtros morales para hablar de él, insistimos en preguntar si de verdad no había sabido de mujeres o solo huidizo al compromiso, sí, por ejemplo, había reducido sus intentonas a escarceos con prostitutas y la respuesta fue categórica: no, ni eso, nunca supo de mujeres, ni decentes ni indecentes.

III. *Fortuna imperatrix mundi*

Uno de los tópicos medievales que permanecen vigentes hasta nuestros días es el de *fortuna mutabile* o fortuna cambiante, que da fe de

⁵ Se dice del modo de atrapar animales lanzando una cuerda a los pies, por ello *pial*, del término latino *pedālis* que se traduce como pie.

un universal de la condición humana, lo mudable de la suerte que unas veces es favorable y otras más, imprevisiblemente se torna lo contrario.

Al principio fue el destino, los costales de dinero heredados fueron más una obligación que una bendición para don Malaquías. Debía multiplicarlos al ritmo de un piadoso 1.5% de interés mensual que cobraba a sus deudores, siguiendo una de las pocas directrices eclesiales que le eran relevantes. No era un hombre de iglesia, ni de diezmo ni de ir a misa cada domingo; más allá de lo que su fervoroso hermano Francisco lograba sonsacarle año con año para dar a la parroquia de Pegueros, a la que territorialmente pertenecía su casa; ni una limosna ni mucho menos un jugoso donativo recibió la iglesia de él.

Un hermano marista originario de Pegueros, coetáneo de sus sobrinos y que ahora cumple su misión en la sierra tarahumara en Chihuahua, me relató que era de todos sabida la poco notoria pero inmensa abundancia de nuestro prestamista y que, al tanto de ella, un cura conocido por sus ambiciones encontró, para sorpresa de propios y extraños, a don Malaquías hincado a la ventanilla de su confesonario.

Aprovechando la excepcional oportunidad y amparado por las vestiduras sagradas, se tomó la libertad de hacerle una recomendación que se adujo como desinteresada y medianera para su salvación. Don Malaquías, usted sabe que sus sobrinos le cuidan y atienden por interés en ser sus herederos y que si no cuida bien de lo suyo, se lo quitarán en vida, dejándole en la miseria, le dijo; para evitar esto, le propongo que haga un testamento a nombre mío, yo cuidaré que cuando usted falte, todo sea entregado a quienes, en su última voluntad usted disponga. Nuestro ya octogenario prestamista, que nunca usurero, le pidió que le permitiera reflexionarlo y en breve le daría respuesta; por lo pronto, que le confesara pues a eso había ido.

Un par de semanas después, llegó a la casa del vicario parroquial, de manos de un sirviente de la Ceja de Pegueros, una carta cerrada acompañada de la indicación de que no la abriera hasta que él hubie-

ra pasado a mejor vida. Un mensaje que cumpliría a cabalidad el reverendo, aun cuando le cambiaron de destino pastoral y, habiéndose enterado de las postrimerías y muerte del ya nonagenario peguerense, abrió a toda prisa el sobre para leer el contenido vertido en la carta.

Querido padre fulano de tal, luego de la confesión tuve tiempo de reflexionar en su propuesta y me sentí obligado a responder a ella en los siguientes términos:

Dejo mi alma en las manos de Dios [virtuoso cristiano, dijo el cura]; a la santa sepultura entrego mi cuerpo [piadosísimo hombre, espetó al alma del difunto].

Al sacristán le dejo los huevos y al padre la tolonga.⁶

No era un hombre de Dios ni iba a misa, apunta su ahora anciano sobrino, quien relata cómo es que desde los cuatro años de edad era enviado cada noche por su padre a dormir a la casa de don Malaquías, quien lo dejaba encerrado en un cuarto encima de costales de “yute macizo” que él no sabía de qué estaban llenos; sólo cada mañana y durante mucho tiempo, amanecía mareado, con el estómago revuelto, lo que ahora acusa como culpa del “azogue”⁷, lo cual su padre trataba haciéndole vomitar por medio de unos tragos de una bebida concentrada de café y sal.

Esos costales de plata, vistos los efectos provocados en su pequeño y frágil sobrino, los sacaba don Malaquías a asolear algunas maña-

6 En las indagaciones siguientes, otros y otras testigos arguyen que la fiabilidad de que este hecho en efecto haya sucedido no es del todo fiable dado que, aun cuando no fuese muy piadoso Malaquías Casillas, irreverente a ese grado tampoco consideran que haya sido capaz de serlo. Sin embargo, el valor del testimonio es tal que obliga a ser plasmado aquí.

7 Gases que se desprenden donde hay metales preciosos acumulados, dado que para su tratamiento en la minería se utilizaba el mercurio, cuyo nombre también es azogue.

nas, bajo la suposición de que esto evitaría que ese azogue acumulado en ellos siguiera haciéndole daño, pues la posibilidad de que dejara de dormir cuidando de ellos cada noche no estaba contemplado. Y era tal la cantidad de dinero que lo guardaba muy bien escondido en las caballerizas y en el “alto”⁸ de la casa.

Por otro lado, como prestamista llevaba un control riguroso de las deudas que adquirirían con él aquellos que iban solícitos a su amparo; para ello, tenía las letras o pagarés con las que daba fe de las cantidades de pesos de plata en préstamo, los plazos de pago y los abonos recibidos, todos muy bien escondidos debido a que eran la única prueba de que en efecto la deuda estaba en pie. Para salvaguardarlas de posibles hurtos, las letras las escondía en lugares que le aseguraran que nadie podría encontrarlas, aunque como demuestran los testimonios, sí había quién sabía dónde estaban: todas las guardaba en las “ollas tiznadas”⁹ y en un “joyo”¹⁰ en las caballerizas.

El universo de necesitados que se acercaron a pedir por la ayuda monetaria de don Malaquíás era por demás variopinto, desde desposeídos hasta aquellos que teniendo querían más y a quienes les ayudada para comprar ranchos completos, y así también fue la manera de manejar la deuda con cada uno de ellos. Contaba peso sobre peso y lo prestaba al uno y medio, como establecía la Iglesia, eso sí, a los más necesitados les llegaba a condonar los intereses e, incluso, hubo a quien no les cobraba ni el préstamo, como a Pilar y a Silvino, un par de “huerteros”¹¹

8 En la arquitectura campesina alteña las casas solían estar construidas en una sola planta y, en algunos casos, tenían una pieza o cuarto en una segunda planta utilizado como trastero o habitación y esto es lo que se denominaba como “el alto” de una casa.

⁹ Ollas puestas a la vera del fogón que recibían la humareda continua y, por ello, al poseer un aspecto muy modesto y hasta desagradable, no daban fe de que en su modestia pudieran resguardar tan importante contenido.

¹⁰ Hoyo.

¹¹ Hortelanos.

que sembraban hortalizas en sus tierras y a quienes les guardaba un especial aprecio. A los demás, con puntual rigor les cobraba capital y beneficios y, a cambio, les entregaba la letra que avalaba el pago. “A quien se lo jodía” nunca se atrevió a exigirles resarcir la deuda de modos violentos o heterodoxos, se dejaba robar y anunciaba con dolor legítimo el daño patrimonial sin ir más allá de eso.

Tanto dinero también fue imán de maleantes, pilluelos de poca monta y despiadados delincuentes hábiles con el gatillo, cuyos límites morales estaban soterrados por una imperiosa y perversa ambición. En una ocasión, ya por la noche y encerrado en su casa con su pequeño sobrino Magín, escuchó fuertes golpes en la puerta acompañados de altisonantes gritos masculinos que exigían abrir las puertas de su casa, a lo cual no tenía intención de responder; por el contrario, se acercó lentamente a retirar la llave del cerrojo para hacerse de ella, pertrecharse y defender lo suyo. Cuando vieron los forajidos la luz que atravesó el orificio de la cerradura, apuntaron por ella con una pistola de calibre .44 que apenas lo rozó y con toda su fuerza siguió su trayecto hasta colisionar en una piedra del zaguán de la casa y rebotar en el pecho de don Malaquías, dejando milagrosamente no más que un escandaloso moretón. El fracasado hurto fue uno de tantos que tenían sometido a nuestro hombre a una vida aterida por un miedo continuo; los ladrones, se cree, eran originarios de Capilla de Guadalupe y el rancho El Cacalote, pero coordinados por un vecino, quienes se reunían a planear sus tropelías en Pegueros.

Como hombre de campo, además de ese infortunado moretón en el pecho, tuvo muchos otros accidentes propios de las faenas cotidianas, como aquella ocasión en el que una de sus “vacas coloradas”¹² lo corneó y llegó al consultorio del único médico de sus confianzas con palabras claras y contundentes, “o me cura usted o me muero”; era el médico Fregoso que en aquellos años atendía frente a donde estaba, la hoy extinta, antigua plaza de toros de Tepatitlán.

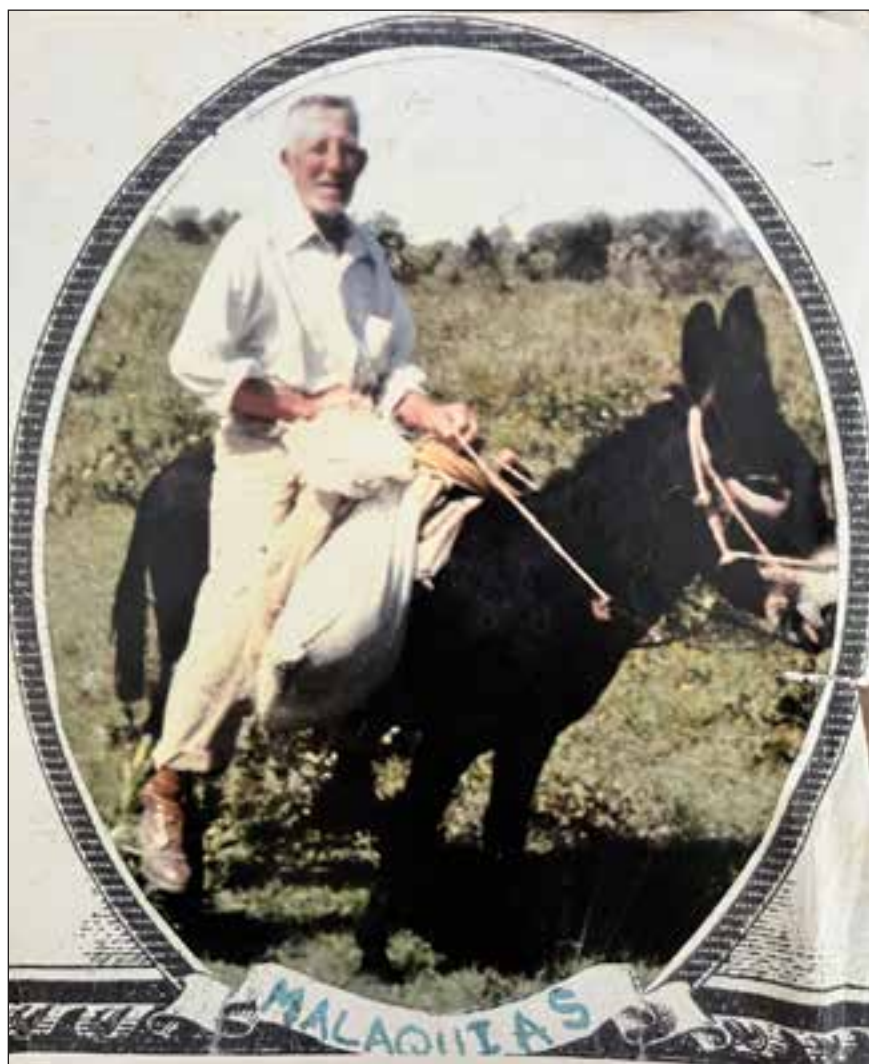
12 Probablemente de razas *cachena*, *watusi* o *retinta*.

En 1963, cumplidos los 18 años, aquel sobrino que le ayudaba a cuidar de su dinero durmiendo sobre de él y debido también a que Sabina, la mujer que lo atendía, se había ido, fue a vivir a la casa de su hermano Francisco; para entonces tenía ya 65 años el tío Malaquías. Ahí encontró en su cuñada y su sobrina quien le atendiera en lo doméstico y, tras la prematura muerte de su cuñada en 1969, solo la segunda y las esposas de los empleados del rancho le atendían en ese aspecto.

El dinero seguía resguardado a ocultas donde mismo que antes, pero más vulnerable a hurtos y mermado debido a que muchos fueron los que le pidieron prestado para no regresarle nada por medio de engaños o solicitudes de prórrogas que no pretendían más que velar la consolidada intención de no devolver nada. Junto a ello, muchos “encontraron” oro y plata que tenía enterrados, otros más le robaron y así, poco a poco desapareció toda su pecunia y quedaron sólo sus tierras y ganados.

En el año de 1991 muere habiendo perdido plata, oro y la cordura.
Fortuna imperatrix mundi.

Enrique Casillas







Don Armando Radios Radiotécnico

Hugo Adrián Medrano Hernández | Cándido González Pérez

DON ARMANDO HA SIDO RELIGIOSO desde muy pequeño. Un sacerdote le regaló un cajón para bolear zapatos y motivarlo a generar ingresos a corta edad. Él ha sido toda su vida emprendedor y el obsequio le cayó como anillo al dedo. Aún como alumno de sexto de primaria, tomó su instrumento de trabajo y se fue al centro de la población a buscar fortuna.

Llegó a una casa en la esquina de la plaza y ofreció sus servicios, a la señora le agradó el gesto del muchacho y le pidió que fuera al taller de su esposo y sacara la basura que se les había acumulado. Presto y atento, fue al taller que estaba “aquí adelantito” como le había dicho la señora. Era un negocio de reparación de automóviles y los desperdicios de estopas y latas se acumulaban en una mitad de tambo de metal. Lo sacó arrastrando con muchas dificultades y así lo llevó por la calle empedrada hasta las inmediaciones del río donde se depositaban en esa época. Regresó con menos dificultades a llevar el gran bulto de tambo para avisarles que ya había cumplido su tarea, le dijeron “ah, gracias”.

Una semana después acudió al mismo domicilio de la señora para ofrecer sus servicios de bolero de zapatos y le dijo la señora que su actitud no había sido correcta, que a su edad no debería mentir. “Yo

había confiado en ti”, le dijo, y “fallaste”. La señora Cuca, que a la postre sería una de sus grandes amigas, le preguntó por qué no había cumplido con su compromiso de recoger la basura y llevarla al depósito tal y como habían acordado. Le explicó que había cumplido su tarea al pie de la letra y que incluso le habían agradecido en el taller por su acción. La confusión obedeció a que a unos pasos del domicilio de doña Cuca había dos talleres: uno de mecánica y otro de radiotécnico “Servicio Alteño”, ella se refería al último y él se había confundido y vació de basura el erróneo.

Aclarada la confusión, la señora le pidió que fuera, ahora sí, al taller de su esposo y recogiera la basura. Ya en el taller y al conocerse del tema, todos rieron excepto el novel emprendedor. El dueño del taller, el señor Galdino Mora Mercado, cuando se aclaró la situación le dijo que recordaba haberlo visto arrastrar el enorme bulto de basura y le preguntó si los señores Gómez no la habían dado propina, le contestó que no, nada más le habían agradecido de buen grado cuando les dijo que ya había tirado su basura. Fue el año de 1966, Armando tenía 12 de edad.

“Ya le expliqué que yo nunca hice nada con mala intención, me dijo aquí abajo en el taller, pues yo fui al mecánico. Así los conocía uno a todos, cuando se dice taller, se entiende por mecánico. ¿Cuándo iba a pensar que era un taller de reparación de radios y electrodomésticos? Eso era a un lado de la casa y entonces ella me dijo no, era allá enfrente. Y luego ya me preguntó ¿y entonces no te dieron nada? No, nada. Qué ingratos, debieron haberte dado una propina. Entonces me dijo mira, ahí donde se ve ese letrero rojo, ese es el taller de mi marido. Ese letrero debí haberlo guardado, cuando me vine de allá del centro me lo traje y aquí lo tuve de recuerdo mucho tiempo, luego lo tiré, ahora me arrepiento, debí haberlo guardado. Pero pasan los años y se va uno llenando de cosas. Decía Radio Servicio Alteño. El negocio era grande, era regional, de todas partes venía a reparar sus aparatos, inclusive de Guadalajara,

más bien traían de allá equipos para arreglar a que llevaran de aquí para allá. Todo funcionaba con bulbos, había ya radios portátiles, pero de bulbos”.

En el taller hacían baterías, el nombre comercial eran Atlas, ahí trabajaban los hermanos de Galdino: Nacho, Antonio y otro que le decían Felo, eran originarios de Yahualica. Otro hermano —el primero que llegó a instalarse a Tepatitlán— fue Alberto, él los trajo a los demás; todos se dedicaban a los trabajos de electrónica. Al mayor que no le gustó la población para vivir, le dejó la responsabilidad a Galdino; además de la familia, enseñaron y contrataron a José Ulloa y otro de apellido Hurtado. Felo, además de radiotécnico, era buen músico y creó una orquesta que cobró fama regional.

“Esa fue mi historia de ingreso ahí con Galdino. Cuando les tiré la basura y les di grasa a todos. Me preguntó y ¿qué es lo que haces, nada más esto? Sí, le digo, nada más esto. Es que estoy yendo a la escuela, iba uno grande a la Primaria, y los que terminaban, repetían el sexto supuestamente para aprender más. Uno bien burrote grande junto a los chiquillos. Estuve en el Niño Artillero, mis hijas se mueren de risa porque les digo: miren, donde estudié la Primaria es museo. Y es que sí, ahí pegado al templo del Señor de la Misericordia lo hicieron museo. Era escuela de niños, no había niñas. Me dijo Galdino, quédate para que nos hagas mandados aquí a todos, ellos eran hombres casados. Aquí guarda tu cajoncito y los sábados nos das grasa y ganas más dinero. Te voy a empezar a pagar unos quince pesos por semana. Ese era un dinero ya seguro, y me quedé haciéndoles mandados. Había ocasiones que me traían para arriba y para abajo y otras en que nomás estaba cabeceando ahí sentado.

Galdino me quiso mucho porque yo era muy servicial, eso jugó a mi favor. Nunca me negaba, si fuera a deshora o si fueran horas extras, nunca le decía que no, siempre me vio buena disposición y

eso me benefició a la larga. Ellos estaban recién casados y cuando había pachanguitas ahí en los bailes en Tepa me decía: ¿me cuidas al niño? Tenían nada más uno, y aquí te quedas en la casa. Sí, los cuido. Ya les apoyaba con eso y no importaba a qué horas llegaran, inclusive si era muy tarde ahí me quedaba a dormir y me iba a la casa hasta el otro día. Si me iba a mi casa, él me llevaba. Era bonito porque me empezaron a considerar como de la familia. Yo vivía por la calle Córdoba, pero como fueron pasando los años, nos mudamos a Zaragoza, y después, ahí arriba de la casa de con el doctor, ahí mismo donde estaba el taller.

Me quedé con Galdino muy a gusto, se podría decir que era la niñera pero a mí no me importaba. Ahí comía, ahí dormía. Ahí empecé. Yo tenía sed de progresar. Galdino me veía con buena actitud y me empezó a soltar cositas y me gustó mucho la electrónica. Me empezó a soltar libros y yo los leía con mucho entusiasmo y me explicaba y yo le preguntaba. Él veía que yo mostraba mucho interés. Yo le preguntaba ¿no hay más libros? Y la electrónica avanzando mucho. Galdino fabricaba baterías para los radios portátiles porque también eran de bulbos. Les metían pilas grandotas para los ranchos para que aguantaran lo más que se pudiera, pero aun así en los lugares alejados se iban agotando rápido porque las personas que vivían ahí no tenían de otra más que el radio y lo escuchaban todo el día y los fines de semana venían a comprar su repuestos. Las baterías producían calor porque encendían luces, aunque fueran bajitas pero encendían luces y se agotaban más rápido. Ese era el funcionamiento”.

El dueño del taller incursionó en la venta de aparatos, ya no sólo la reparación. Iba a Guadalajara y llevaba al joven Armando para que lo apoyara, tenía un auto de marca Simca de origen italiano. Acudían a una fábrica de radios y transistores ubicada en la avenida González Gallo, estaban de moda los de marca Kenton y Majestic ya de transistores. Avanzó el negocio y comenzaron a ofrecer televisiones. Dice Armando que los radios de transistores eran de baja calidad y fallaban

constantemente, se descomponían los circuitos. Los clientes exigían garantías, mismas que no proveía la fábrica y entonces decidieron cancelar esa actividad, no más radios de transistores.

“Yo creciendo, enseguida que hacían falta refacciones, pues me llevaba a México. Nos íbamos en camión. Le hacía falta, le daba mucho servicio. Íbamos con un ingeniero Charlebins, era judío. Tenía rentadas vecindades como bodegas, vendía bulbos, transistores, condensadores, cerros, no paquetitos, cerros completos. Íbamos a la calle de República del Salvador en el centro, ahí tenía su oficina, un señor muy elegante. Decir oficina es decir mucho, estaba en un zaguán de una vecindad, hasta miserable para pagar. Tráiganle al señor Galdino su mercancía, empáquenles sus cajas. Y me decía a mí, mientras yo voy a otra tienda (me decía ‘cabrón’ por cariño). Te animas ir al hotel, sí, sí me voy. Había mucha seguridad.

Yo iba solo con dos cajas grandes de mercancía en el Metro. Recuerdo bien que me iba hasta un hotel, no había central camionera allá, acá tampoco, en Guadalajara los camiones se paraban en las calles, con oficinas chicas como en Tepa. Galdino fue mi patrón y fue mi padre, lo quise y lo amé mucho. Me hizo hombre, me hizo honrado. Galdino fue mi Ángel de la Guarda. Se quedó bien endrogado Galdino en aquellos años. Le quedó debiendo al judío \$3,800 pesos, era un dineral. Era todo el dinero del mundo. Le había dicho, le voy a tener toda la confianza del mundo para que me pague esto. Le voy a dar tres meses de plazo. Teníamos mucha clientela. Galdino me protegía mucho.

Yo era el preferido por los mandados, los otros eran técnicos y ganaban dinero, se pudieron haber hecho ricos. Había muchísimo trabajo, se amontonaban los equipos ahí, eran en verdad muchísimos, se atrasaban en las entregas de tanto trabajo que nos llegaba. Pero los señores tenían la falsa idea de que trabajaban nada más para sacar el gasto de la casa, no ambicionaban más. Se hacían las horas de salida y se iban, a ninguno se le ocurría seguir trabajando.



Los trabajadores del taller. De izquierda a derecha, el segundo es Armando “Radios” y el cuarto don Galdino Mora Mercado (Ca 1968).

Fuente: fotografía proporcionada por don Armando “Radios” de su archivo personal.

Podrían haberlo hecho pero ninguno quería, ninguno. Se pudieron haber hecho ricos en un ratito, pero no les interesaba nada, hasta llegaban a decir yo ya cumplí, con esto tengo para el gasto, ahí nos vemos mañana”.

Recuerda en especial a un trabajador: Jesús Jiménez, él era diferente a los otros, dice que fue de gran apoyo para él por todo lo que le aprendió, no sólo del quehacer sino por sus experiencias de vida. Él trabajaba en el taller como una forma de descanso, su principal negocio era un puesto de jugos y chocomiles en el mercado. A Jesús sí le interesaba ganar más dinero, en los pocos minutos que le dedicaba a la electrónica obtenía buenos beneficios. Gustaba decir frecuentemente “cuidado con las mujeres”, debió haber conocido malas experiencias. Iba solamente una hora al mediodía y regresaba en la tarde pero sin horario fijo. De otras actividades, dice Armando:

“Había unos aparatos en ese entonces que les decían ‘veinteras’ y que eran unas consolas de música que tenían como característica que siempre se atoraban, había muchos problemas con esas veinteras. A mí me ponían a enderezarlos, eran unos canales de lámina que se enchuecaban y ahí se atoraban los veintes. Los hermanos de Galdino se dedicaban a eso, entonces yo con un martillo y con una lija me ponía a reparar las famosas veinteras.

De todos esos favores les hacía yo, entonces como que eso les causó molestia a los compañeros porque me echaban pleito. Cuando me mandaban a algún mandado, yo tenía una frase que siempre les decía: ‘inmediatamente estoy ahí’, era para demostrar mi entusiasmo pero algunos compañeros les daban celos o algo de envidia porque veían que Galdino me veía bien como trabajador. Me decían ve a traer un café y yo les decía inmediatamente estoy ahí, entonces uno de los compañeros me dijo: vete a chingar a tu madre, inmediatamente estoy ahí, le dije, y eso le molestó mucho a Galdino y les dijo: no, miren, no confundan, este muchacho es buena persona y tiene buena actitud pero no es para que se burlen y menos para que lo ofendan. Una cosa es que yo lo deje que les traiga mandados pero otra cosa es que sean ofensivos con él. Yo veo que no le dan ni siquiera para que gaste algo y ahora hasta lo ofenden. No me gustó lo que le dijiste, le dijo a uno de ellos”.

Una actividad diferente que realizó Galdino para mejorar sus ingresos fue la contratación de viajes de excursión a Acapulco. Fue prolífico porque llegó a contratar hasta tres autobuses juntos. Llevaba al joven Armando para que le apoyara en cuestiones de planeación y en tareas sencillas que le facilitaban su administración del negocio.

En una ocasión que estaba por iniciar sus nuevas actividades llegó el patrón con la cara desencajada, muy triste y hasta molesto. Había perdido el dinero de la deuda al señor Charlebins de la ciudad de México, la cantidad era exorbitante: \$3,800 pesos y habían desapareci-



De izquierda a derecha, el cuarto don Armando “Radios” (Ca.1970).

Fuente: foto del archivo personal de don Armando “Radios”.

do un momento después de haberlos visto juntos y hecho molote con una liga. La idea que tenía cuando llegara al negocio, era pedirle a Armando que fuera al Banco Industrial para que hiciera el depósito.

Estaba muy preocupado y les comentaba a sus amigos que iba a hablar con todo y pena con el señor de México y le iba a pedir una ampliación del plazo, y a decirle la verdad: que había extraviado el dinero que ya había reunido y listo para depositar. Pasaba el tiempo y parecía que la tristeza aumentaba. Le pidió a Armando que llevara algo a su casa. Él salió buscando el dinero perdido entre las banquetas donde recorrían a diario. Explica su recorrido:

“Pues ahí voy, iba caminando y crucé de con los Gordos, ahí voy buscando entre las banquetas, en la calle, buscando a ver si me encontraba el dinero, llegué a la esquina donde actualmente está el Café Parroquia, ahí di la vuelta para ir a su casa, yo siempre buscan-

do por todos lados, a ver si veía el dinero perdido. A unos pasos de la esquina había unos puestos de frutas y verduras, iba despacio por todos lados revisando. Había chiquihuites llenos de fruta, verdura, coles, manzanas. Eran unos chiquihuites con una base pequeña, el chiquihuite grande, se hacía más ancho todo para arriba. Había recovecos entre unos y otros. Afuera todo estaba empedrado, lo mismo que todo el mercado alrededor. Y que volteo debajo de unos chiquihuites, uno era de manzanas y otro de naranjas de petróleo, así les decían ‘de petróleo’ porque hubo un tiempo que las traían en la misma camioneta en la que transportaban el combustible para la venta y se compenetraban del olor. Pues estaba un chiquihuite de manzanas y otro de naranjas de petróleo y abajo, en medio, estaba el manojito de billetes con una liga, dije esos son, claro, esos eran, me acuerdo como si fuera ahorita. Volteo y veo el molote y al mismo tiempo volteo y veo al señor, al dueño del negocio, y pensé: no voy a decir nada y no me agacho tampoco porque me va a decir ¿qué levantaste?

Nadie lo había visto, estaban escondidos debajo del chiquihuite. El señor hubiera dicho que eran de él, sentía que se me salía el corazón. Un niño con ese dinero no era nada lógico. Luego entró una señora con un chiquihuitito que quería algo, entonces le dijo: pásese señora, y en la entrada que se dan, me agacho y recojo el molotote de billetes como con cuatro ligas. Me los eché en la bolsa, de ahí me fui con Cuca la esposa de Galdino, le hice todos los mandados que me dijo, no le platiqué, yo quería darle la nueva a Galdino. La casa tenía una escalera bien larga y me puso a trapearla, le dije sí como no, ahorita. ¿Me preguntaba la señora Cuca cómo ves a mi marido? Pues bien madreando, yo era muy mal hablado. A mí ya me urgía ir al taller para entregarle su dinero, para verle cambiada su cara, para ver qué me decía. Donde atendía Galdino estaba un entropaño alto, él se paraba y atendía la gente y los que trabajaban estaban sentados, entonces cada quien estaba en su trabajo y cuando llegaba un cliente, en el entropaño Galdino los atendía parados. Entonces llegué y él parado al frente donde hacía sus notas.

Tengo todavía las notas con las que cobraba, unas decían de domicilio Esparza 60 y otras Esparza 90 A. Entonces entré al taller y él parado enfrente, le aviento así el rollo de dinero con su liguita, de a luego que entendió que era el suyo, lo que había perdido, le volvió la vida al cuerpo, puso unos ojos así grandotes.

Empezó a hacer conjeturas: ah, los dejé en la cama, no, le decía yo. En el baño, ahí estaban, no. Mi vieja los encontró cuando entré a almorzar, no. ¿Entonces dónde chingados estaban? Él tenía una mala costumbre que yo siempre le critiqué, siempre sacaba el pañuelo así, grande de la bolsa, para limpiarse el sudor, para las narices, pero sacaba el bulto grande y no se fijaba si traía más cosas, y estoy seguro que así tiró el dinero, lo traía junto al pañuelo, lo sacó, se limpió y tiró el dinero, estoy bien seguro. Pero yo siempre le había dicho, no hagas eso Galdino, no lo hagas. Bueno, entonces dime ¿dónde te los encontraste? Debajo de los chiquihuites de la frutería. ¿Nadie te vio? Ya le expliqué que los vi pero no le dije al señor porque luego me iba a decir que no eran míos, que esperé a que entrara alguien para que lo distrajera. Hiciste muy bien, me dijo. Ay gracias a Dios, y también a mí, cabrón, no me hagas a un lado. Ya empezó a decirles a todos fíjense bien lo que les voy a decir, él bien podría haberse quedado con el dinero porque se lo encontró en la calle, no aquí en el taller ni en mi casa. Se los halló en la calle, aquí está demostrando que es honesto, que hizo muy bien conmigo, \$3,800 pesos es muchísimo dinero”.

Armando recuerda cuando acompañaba a su patrón a la ciudad de México a comprarle al proveedor judío. Las primeras ocasiones fueron el año de 1968 cuando tuvieron lugar las Olimpiadas, dice que había solamente dos líneas del Metro. A Guadalajara lo mandaba solo pero a México no. Piensa que el evento de haberse encontrado el dinero fue algo muy bueno para él porque se ganó totalmente la confianza de Galdino pero de otro asunto también: sus compañeros dejaron de molestarlo, él ya se había posicionado en otro estatus. Dice que les hizo un sermón:



Don Galdino Mora Mercado y esposa (Ca. 1960).

Fuente: fotografía del archivo personal de don Armando “Radios”.

“Ya no me le van a decir nada al muchacho, si necesitan un café, ustedes van a ir por su café y ya no me lo van a maltratar, o si necesitan un mandado y si le piden de favor y él quiere hacérselo, se los hace, pero le dan propina, no es gato de ustedes”.

Pero un asunto especial fue su nuevo papel en el taller, relata:

“Ahora cuando se iba al mar a sus excursiones, me encargaba el taller a mí, yo era el mandadero pero ahora con el nuevo nombramiento: como encargado del taller. Tú recibes los aparatos, tú cobras, me guardas el dinero y hago cuentas contigo. Ahora yo era más o menos como el dueño y los trabajadores seguían siendo trabajadores. Ahí en el taller iba todo mundo a la plática, ahí se enteraba uno de todo, iban hasta los que fueron mis maestros en la escuela. Ahí iban y platicaban de todo y yo fui aprendiendo muchas cosas no

sólo del trabajo sino de cómo tratar a la gente. Yo aprendí mucho de los trabajadores, había uno que tuvo como quince hijos, llegaba y le decía a Galdino, ya nació otro ¿cómo ves? Y así no te pones a arreglar más aparatos para ganar más dinero, ponte a trabajar, no, yo con eso tengo, nada más con lo del gasto de la casa. Yo veía todo eso y se me iba quedando qué cosas debería hacer y cuáles no. Conformistas al cien por ciento.

Un día uno de ellos me echó pleito, uno que luego se fue a Estados Unidos y yo les dije: fíjense bien mis amigos lo que les voy a decir: no pierdo las esperanzas de que pronto ustedes trabajen para mí. Yo los veo muy atrasados teniendo mucho trabajo y oportunidades de ganar dinero y no les gusta hacerlo, un día van a trabajar para mí si Dios lo quiere. Oye nomás, decían, que vamos a trabajar para él, jajaja, se burlaban. Así quedó, me juzgaban de loco. El primer taller lo compré en 1978, de los dos que tenía Galdino primero le compré uno, el de enfrente, uno que estaba en la propiedad de un señor que le decían Cotetito que era dueño de La Chiquita, un local de café muy famoso. Al otro lado había un taller del señor Lupe Báez”.

Conforme iban pasando los años, él iba aprendiendo del trabajo que hacían sus compañeros, inició reparando bocinas, le pagaban de a cinco pesos por cada una. Era una esponja para obtener más conocimientos; se fijaba de todo lo que hacían, excepto de uno de ellos, egoísta, que no lo dejaba observar, se cubría para que no aprendiera. Por el contrario, don Jesús, el señor del local del mercado le explicaba cómo hacer las cosas, le aclaraba sus dudas. Otro evento trascendente que sucedió fue cuando el dueño del taller que estaba enfrente, donde se reparaban las televisiones, dijo que se había hartado del trabajo, que se iba a Estados Unidos, y un día, narra Armando:

“Don Lupe le dijo a Galdino, te vendo el taller con todo lo que ves, así como está. Yo no sé eso de reparar televisiones, pero Carlitos se queda contigo, le dijo. ¿Y él está de acuerdo? Ya le preguntaron

¿Güeres, estás de acuerdo? Así le decían ‘el Güeres’ a Carlos el que atendía. Sí, yo estoy de acuerdo, me quedo contigo si lo compras. Había muchos mostradores de JM Romo muy buenos. Había unas cosas que les dicen generadores de barra porque en ese tiempo no había señal de televisión todo el día y para repararlas si no tenías programas qué ver, esos aparatos la función que tenían era mandar señales de barras y con eso se detectaban las fallas, así hacía uno de cuenta que la televisión estaba encendida y proyectando señal. Todavía recuerdo los colores y el orden en que aparecían: blanco, amarillo, azul cielo, verde, púrpura, rojo y azul marino. Entonces le compró Galdino y yo empecé a practicar también a cosas de las televisiones, yo iba y le ayudaba en ratos y aprendía de esas reparaciones diferentes.

Yo ya reparaba de muchas cosas, pero me gustaba más lo de los estéreos de carro. Se empezaron a vender mucho en esa época y yo, digamos, me empecé a especializar en ese tipo de electrónica. Eran menos sofisticados, meter dos bocinas, audio, su pastilla, su motor, su banda y su cinta. Entonces empecé a desarmarlos y a aprender bien sobre esa técnica. A veces se aflojaba la cinta, se aflojaba el motor, se pegaba, todo se hacía manualmente, también ellos hacían todo manualmente. Hacían bobinas, hacían antenas, no era como ahora que compras ya todo hecho, no, entonces hacíamos todo con las uñas. Había estéreos Metroson, Muns, Iowa, se vino un contrabando fuerte. Unos estéreos bonitos, llegaban en grandes cantidades. Tenían condensador variable, era el que hacía el movimiento de las frecuencias, eran de aluminio con aislante, por un lado era positivo y por otro negativo, así se buscaban las estaciones. Con el movimiento del aluminio se descomponían y era cuando nos los traían, se oía que hacían mucho ruido. Era frecuente que les entraba humedad y eso los hacía fallar. Traían mucho estéreos de gente del rancho, traían muchos aparatos. Yo veía que ellos con un cuchillito, los desmontaban y los volvía a armar, luego a volver a probar a ver si ya había quedado. Y una noche se me ocurrió algo para mejorar

la técnica y al otro día llegué y desarmé un condensador variable para enderezarlo. Ya traía yo la idea de meterle un eliminador variable, era de 6 a 12 voltios con su positivo y su negativo. Era lo que había, viejitos, pero era lo que había. Tuve la destreza de aplicarle un voltaje muy pequeño, muy pequeño, porque si le mete uno algo fuerte, perfora y descompone el equipo, yo entonces experimenté poniéndole un voltaje muy bajito. Me puse un trapo negro, para que obscureciera, me tapé toda la cabeza así como en forma de reboso y hacía el flamazo muy pequeño, yo veía dónde hacía el corto y la aguja indicaba que estaba pegando. Al final, lo que a ellos les llevaba dos o tres horas en encontrar la falla y repararlo, yo lo hacía en cinco minutos cuando mucho. Entonces cuando llegaba un radio así, decía Galdino, ese pásenselo a Armando.

Empecé a ganar más dinero, luego, comprábamos transistores para la venta y reparación. Al inicio del uso de los transistores fallaban mucho, decía Galdino, ya no hay que traer, y yo le decía, al contrario, hay que traer por cerros, si fallan, es que se necesitan mucho. No lo pude convencer, entonces me dijo: tú cómpralos y tú gánale. Entonces mi fortuna iba creciendo. Yo iba y traía, los vendía y le ganaba un porcentaje. Después salieron los circuitos integrados, aunque empezaron con pruebas, pero empezaron a sustituir a los transistores. Yo compraba de a muchos; luego me surgió otro Ángel de la Guarda, un señor en Guadalajara que todavía vive, tiene más de ochenta años, Roberto Pérez Ayala, digamos que fue mi segundo padre. Él le vendía a Galdino pero cuando yo compré mi primer taller, me empezó a fiar. Yo le compraba muchísimo material, fiado, pero de a mucho, y le pagaba bien en los tiempos en que acordábamos y la confianza fue mutua, nos ayudábamos el uno al otro. Yo sentía que estaba haciendo mis pininos pero en verdad ya era reconocido porque me empezaron a contratar los de los famosos camiones azules que era la línea oficial de aquí de Tepa. Les instalaba los estéreos y muchas bocinas en los camiones. Eran los estéreos de ocho tracks que hicieron moda en esos años. Lo más común era que

se descomponían por suciedad, yo los abría, los limpiaba con tetracloruro de carbono y ya funcionaban bien. Ese producto lo vendían en las Farmacias Levi en la calle López Cotilla en Guadalajara. Con una pequeña compresora, le limpiaba uno con aire y luego con ese líquido. Dentro es puro carbón, como lápiz, se limpia con aire y ese líquido y quedaban como nuevos”.

La historia de la instalación de los estéreos a los autobuses, nació cuando dice Armando:

“Yo iba a Guadalajara y ya no pagaba pasaje, todos los choferes eran mis amigos porque les instalé estéreos a todos sus autobuses. Entonces empezó la fama conmigo buenísima, luego salieron los estéreos ya con radio, ahora eran las dos cosas: radio, cinta y balance. Yo instalaba en carros pero donde me fue mejor económicamente fue en los camiones porque se cobraba más caro, se les ponían bocinas por todo el pasillo. Un día llegó don Salvador que era casi el dueño de toda la empresa, por ejemplo aquí en Tepa eran de los dueños: Lupe Barba, Nacho Mora, los Vázquez y otros más pero el más conocido era don Salvador Hernández que era dueño también de la gasolinera de la Plaza de la Bandera en Guadalajara. También era dueño de camiones urbanos allá, riquísimo el señor. Casi nadie lo conocía porque era muy difícil entrar a platicar con él, la secretaria no permitía entrar casi a nadie, muy importante el hombre. Lo conocían los choferes porque a veces hacía una reunión de trabajo para hablar con ellos, pero el resto de la gente que quisiera tener el acceso para platicar con el hombre, no, imposible.

Entonces, se dio el caso de que compró una flotilla de camiones muy buenos marca Dina, nuevos por supuesto. Se los iba dando a trabajar a sus empleados más antiguos y a los nuevos les iba dejando los más viejitos, los de mayor uso. Esa empresa hacía excursiones para ir a Estados Unidos, inclusive hasta Canadá. Para eso, pues le dejaba los mejores camiones a los choferes más experimentados.

A mí me llegaron a platicar los choferes que hubo ocasiones en que entrando a Los Ángeles, iba gente corriendo para ver el camión, que decían: mira, un camión de Tepa, de los azules.

Un día yo estaba trabajando en un carro, poniéndole su estéreo y sus bocinas y me habló Galdino, ven Armando, un señor quiere hablar contigo. Yo tendría unos 17 años. A sus órdenes, ¿tú eres el que le instala el estéreo a los camiones? A sus órdenes. ¿Quién es tu patrón? Este mero, el señor Galdino. Mira, quiero que le instales estéreos a una flota de camiones que compré. Cada uno va a llegar con su estéreo y tú lo vas a instalar y le pones bocinas, yo te mando los aparatos pero sin bocinas, tú haces toda la instalación y me cobras por cada una y también su juego de bocinas. Pero no quiero que los camiones se paren, la última corrida de Guadalajara a Tepa es a las nueve y media, aquí llegan a las once, a veces a las doce. Necesito que hagas la instalación después de que lleguen y entonces tienes que desvelarte, yo quiero que hagas el trabajo en el descanso del camión. Si puedes dime para contar contigo. Ya le dije pues sí, sí me comprometo, yo hago el trabajo a la media noche hasta que termine. Yo llegaba a la casa a los dos de la mañana y a veces hasta las tres, todo lleno de lo que le decían ‘pica-pica’ que era pura fibra de vidrio, yo iba abriendo y caía el ‘pica-pica’ y por más que era uno cuidadoso, se llenaba de eso, era muy incómodo, pero era un buen trabajo. Llegaba a bañarme en la madrugada pero yo estaba bien contento porque instalé el primero, el segundo, el tercero, una larga fila.

Yo era el que escogía las bocinas y luego cobraba todo. Yo encargaba un tipo de bocinas marca Grave, con sus tapas doradas, muy bonitas. Todos los camiones traían sus cinco bocinas muy bonitas por todo el pasillo hasta atrás y otras dos al frente, yo hacía todo eso. Llegaba al trabajo en la mañana y me preguntaba Galdino ¿cómo te fue? Bien, me fui hasta que terminé, bueno, pues hazte la nota, porque nos dijo don Salvador, no me guarden ninguna. Galdino las mandaba a la gasolinera y el señor siempre fue excelente

buena paga, no como ahora que dicen ‘ahí me guardas la nota’. Yo me echaba en ese tiempo como cincuenta pesitos en cada instalación que eran muy buenos.

Empecé a comprar algunos terrenos, yo trabajaba y ganaba a diferencia de mis compañeros, siempre tuve ambición. Además le daba de comer a mis hermanos y a mi mamá. Cuando no había trabajo en las instalaciones, lo había en las reparaciones porque nunca dejaban de faltarles algo, no podía uno pensar que había dinero solamente cuando hubiera clientes para instalación. El señor Salvador siempre les exigía que trajeran sus camiones bien limpios y con su estéreo funcionando. Nunca me soltaron con el trabajo en los camiones de Tepa”.

La compra del primer taller

Un día llegó Galdino de mal humor, dijo que ya no quería el negocio de enfrente, el de las televisiones que no hacía mucho había comprado. Le mandó llamar al trabajador y le dijo que ya no le interesaba el taller, le ofreció vendérselo y no aceptó; la otra opción era cerrar y que se quedara sin trabajo. Luego tuvo una idea y le propuso a Armando que se quedara con el negocio:

“No, pues ¿yo cómo, con qué? ya ves que a mí me gusta lo de los estéreos, no me interesa lo de las televisiones. Entonces le dije ¿en cuánto lo quieres vender? Dame 180,000, no ¿de dónde saco esa cantidad? Ese dinero en 1978 era una cantidad exagerada. No tengo ese dinero, cómo ves si te doy la mitad y te voy pagando el resto. Yo tenía ya 90,000 en el Banco Industrial. Me dijo, sí, está bien, hazte la letra, 5,000 pesos por mes con los 90,000 de entrada. Le dije al trabajador, te voy a hacer socio, el taller va a ser para los dos, yo voy a dar el enganche, tú vas a firmar también, pero tu vas a ir dando 5,000 al mes. Vamos a trabajar pero a trabajar, nada de no cobrar a los amigos, a todos se les cobra y a pagar lo que debemos. Bueno, sí, me dijo, estoy de acuerdo.

El señor ese de Guadalajara que fue de mucho apoyo para mí, me dijo sí, te fío todo lo que necesites. Entonces agarré valor y le entré. Yo le pagaba Seguro Social al trabajador porque hacían visitas frecuentes y si no comprobabas que le estabas dando ese beneficio, te clausuraban o te ponían multas muy fuertes. Yo no corrí riesgos, lo registré y le pagaba mensualmente su afiliación. Inclusive en una ocasión me le puse al brinco al patrón porque siempre que llegaba el inspector del Seguro yo me salía corriendo y quitándome la bata, hasta que un día le dije, ya estuvo bueno, todos tienen Seguro, yo trabajo, reparo aparatos igual que ellos pero yo no tengo la prestación, y me dijo, está bien, tienes razón, de aquí en adelante vas a contar con tu afiliación. Yo ya tenía una camioneta y hacía mis vueltas a Guadalajara, pero también la usé para recoger televisiones a domicilio porque eran muy grandes y a la gente no le gustaba pagar taxi para llevarlas al taller, entonces primero me decían tiene esto y esto, luego yo iba en la camioneta y la recogía, la traía al negocio y la reparábamos, nada de tener el amontonadero de aparatos ahí sin arreglar, ahora que éramos dueños los dos, nos pusimos a trabajar en serio.

Yo me acabé la camioneta metiéndola en todas las calles empedradas, pero la gente quería ver su televisión en casa, entonces yo cobraba por todo eso, dábamos buen servicio. Era muy común entrar a las casas y toda la gente haciendo colchas, todas las señoras trabajaban en eso, haciendo colchas, hubo un boom de ese negocio, y todas las mujeres trabajaban pero querían estar viendo televisión. A todas las casas a donde iba a recoger la televisión, estaban haciendo colchas, nomás se oía el ruidito de las máquinas. Llevaba de a dos o tres televisiones diario, y lo primero que hacíamos era revisar los bulbos: o tenían gas, o tenían un corto, esos eran los principales problemas. El filamento está en el centro, las patas se llaman cátodos. Eso era un circuito integrado. Un tiempo fue que no teníamos ganancias porque teníamos que hacer primero el pago, pero nos fue bien. Cuando terminamos de pagar, le dije, ahora sí Miguel, vamos a ganar más dinero cada uno. Cuando él sólo ganaba unos 700 pesos

por semana, cuando yo agarré el negocio no le bajaban de 1,500, le fue muy bien. Yo administraba todo”.

La fayuca

Las familias de la región de los Altos de Jalisco son migrantes por tradiciones muy antiguas, la inmensa mayoría tiene familiares trabajando en Estados Unidos y hubo una época que puede considerarse como el paraíso de la fayuca. Un amigo de Armando traía aparatos nuevos para su venta y compartían ganancias. Además de los equipos traía los insumos indispensables para la instalación y posteriores reparaciones.

La compra del segundo taller

De manera similar a la venta del primer taller, en una ocasión llegó Galdino con cara de enfado y le dijo que iba a cerrar el negocio. Armando trataba de convencerlo que no lo hiciera porque de ahí obtenía buenos recursos y siempre es muy difícil iniciar algo nuevo como propietario. Le dijo que ya era su última palabra, que se lo iba a ofrecer a él para que se quedara de dueño pero que primero se lo iba a ofrecer a los otros trabajadores porque les correspondía por antigüedad. Les dio la noticia y todos estaban desconcertados, decían que estaban muy a gusto, que no era buena opción terminar el negocio. Les dijo algo que no les gustó mucho, a uno de ellos: te la pasas todo el día jugando en Caballeros de Colón; a otro: tú nada más sacas para comer y dejas tirado todo; yo pago impuestos, el Seguro, todos los gastos y a ustedes la verdad les importa muy poquito. Luego les dijo sin rodeos:

“Les voy a decir una cosa ¿saben quién nos está manteniendo? Y digo nos está, porque también me incluyo, Armando. Ah, decían, así como reclamando, ¿apoco no? Él se queda hasta las dos o tres de la mañana trabajando y a ustedes se les hace tarde diario para correr”.

En lo más álgido de las molestias del patrón, le dijo a uno de los trabajadores que hiciera la reparación de un estéreo que habían llevado. Se hizo la hora de comer y en esa ocasión no salió, se quedó toda la tarde y le ganó la desesperación porque cuando habían regresado no lo había podido terminar, decía que en lugar de embobinar la cinta, la expulsaba. Era el compañero que no le permitía que viera cómo trabajaba porque se podía enseñar. Le dijo Armando:

“Está muy fácil eso, a ver hazte para allá, le dije, ¿Adió? Claro, hazte para allá. ¿Qué hiciste, desbarataste el motor? Sí, ah bueno, está bien, siéntate allá, donde no me veas. Déjame ver, no, vete para allá ¿te acuerdas cómo te portabas tú de egoísta conmigo? No te voy a decir, yo también batallé. Ahorita vas a ver que sí funciona la cinta. Lo revisé y encontré que montaba el motor al revés, tienen unos imanes y él los ponía al revés. El motor en lugar de jalar la cinta, la mandaba para fuera. Armé el estéreo, le puse su cinta y lo empezó a enrollar, a trabajar como debía de ser. Le dije aquí está, ya listo. ¿Qué era? No, no sé. No te voy a decir por cómo te portaste conmigo”.

Galdino ya tenía sus ideas fijas y no las iba a cambiar, de acuerdo a la versión de Armando, cuando entró su hermano le dijo:

“Nacho, llegamos juntos aquí, ya no quiero el negocio, se los vendo a ustedes o lo cierro, ustedes deciden ¿lo quieres tú? Quédate con él. No Gallo, no me interesa el taller, le decía Gallo. Entonces sigo con Chuy, dijo, a ver Chuy te quedas con el negocio, no Galdino, ya sabes que a mí el taller no me interesa, yo siempre vengo como a disfrutar de la chamba y hago muy poquitas cosas, sabes que mi negocio es el mercado, esto para mí es una distracción y te ayudo como siempre lo he hecho, con muy poquito. Si vas a cerrar, pues ni modo, pero a mí no me interesa porque siento que tendría que dejar allá que para mí es lo más importante. Le dice entonces a José ¿te quedas con el negocio? no Galdino, yo de dónde te compro, yo soy

el que menos de todos. ¿Qué va a pasar aquí pues? No sabemos. Quedaba otro que tampoco lo quiso porque ya se iba a ir a Estados Unidos. Sigue Armando entonces ¿te interesa el taller? Sí, sí me interesa, yo me quedo con él, le dije. ¿En cuánto me lo vas a dar? Le pregunté, igual que el de enfrente, en 180,000 me dijo hay mucho material y un montón de notas, de pagos que le debían a Galdino, también por eso era por lo que estaba enfadado. Quedamos que le íbamos a hacer como el anterior, que le daba la mitad y la otra se la iba dando en mensualidades de a 5,000. Vendí un Volkswagen que traía muy arreglado, muy vistoso, le pagué a Galdino la mitad como quedamos y le firmé las letras. Entonces me dijo, pues ya te entrego, ya es tuyo el negocio, yo pensé que íbamos a empezar la siguiente semana, era un miércoles a las doce del día y me dijo no, ya es tuyo, tu cobra por los trabajos que están pendientes y agarra todos los aparatos que quieras.

Había mucho trabajo y entonces le dije mira, tu me ayudaste mucho, mucho, hay cantidad de trabajo pendiente ¿por qué no te quedas a trabajar conmigo? Ahora yo te ayudo. Tú agarras los aparatos que quieras, los reparas y cobras, eso es tuyo, quiero apoyarte en algo. Ya no tienes compromisos con nadie. No, la verdad, ya estoy muy enfadado. Te voy a ayudar un mes porque tú te la pasas en la calle. Les dije a todos ¿quieren trabajar ustedes? Se quedaron porque no tenían a dónde irse, les daba vergüenza irse a la competencia. Además eran flojos. Trabajaron conmigo, volteaban y me veían, quedaron humillados, les cumplí, les dije que un día iban a trabajar para mí. Tanto que me humillaron y que me maltrataban cuando les hacía mandados, ahora dependían de mí. Se quedaron un mes, uno de ellos me dijo este radio que está aquí es mío y aquel otro, no sé si te dijo Galdino, no, no hay problema, no hay que preguntarle a Galdino, llévatelo, si es tuyo llévatelo, recoge lo que sea tuyo, ni me preguntes. Cuando se iban a ir, yo no quería verlos, además tenía mucho trabajo fuera, les dije, ustedes llévense lo que sea de ustedes, no necesitan avisarme ni mostrarme nada.

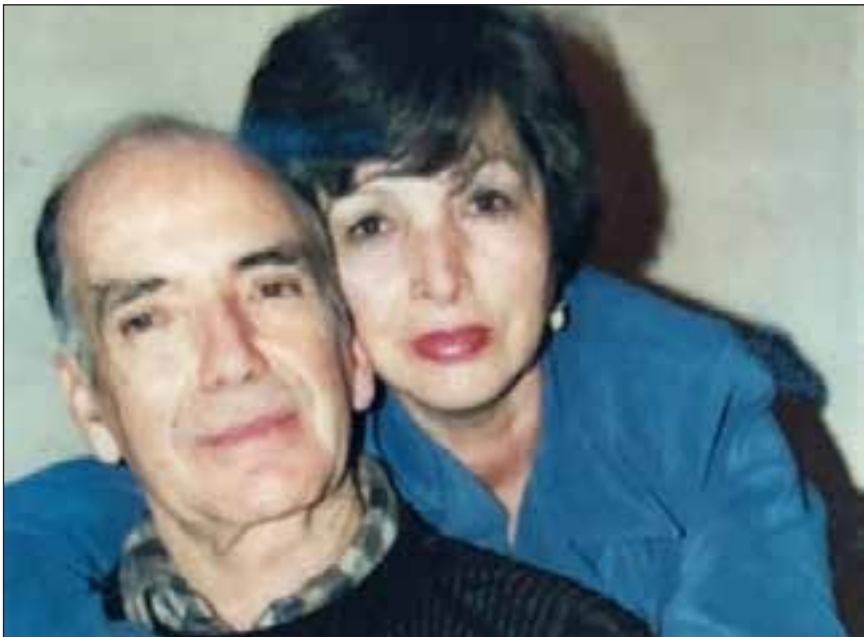
Chuy me platicó: ya se fue José y Nacho. Luego me enteré que habían platicado: nosotros somos los que reparamos, este taller se va para abajo. Me dijo que les comentó, no se equivoquen, ya nos demostró con el taller de enfrente que sí puede, yo dudo que cierre. Pusieron un taller entre los dos y luego me explicaba uno de ellos: oye que me llegó trabajo pero no tengo material ¿no me prestas? Yo tenía cajas y cajas de material de todas las cosas. Por mercadotecnia las empresas que vendían los circuitos le ponían números diferentes a lo que ofrecían, por ejemplo uno buscaba un TA8290 y resulta que había otros veinte números diferentes que eran igual al TA8290, entonces yo tenía cantidad enorme de cada cosa y los amigos no tenían para dar el servicio, me pedían que les prestara. A mí me falló no tener el tiempo de llevar un buen control del almacén, entonces encargaba de a veinte de a treinta y estaba haciendo los montones, podía pasar un año sin encargar nada. Yo fui muy honrado en mi trabajo.

Cuando iba por material a Guadalajara con un señor de nombre Memo, no me atendían en el mostrador, me decía pásate y agarra lo que necesites, entonces yo mostraba a la salida lo que llevaba y me hacían la cuenta, luego me decía “ahí me pagas el mes que entra, no te preocupes”. La verdad, ese es el sistema que tenían los judíos con los que comprábamos en México, no quieren que les pagues de contado porque entonces buscas precios, si le pagas de contado quiere decir que si encuentras otro más barato, ya no le compras a él, pero si te los llevas a crédito, tienes que volver con él.

Me cargó una vez una camioneta completa, me hizo la cuenta, tres mil y feria, le pagué y me fui, yo me llevaba a mi esposa y a mi hija, nos salimos y fuimos a comer. Yo traía mi duda, a ojo de pájaro se me hizo poco, cuando estábamos ordenando la comida, empecé a revisar la cuenta y nunca sumó unos bafles, estaba la cantidad arriba y le faltó sumarla, eran como cinco mil de diferencia, entonces le dije a mi esposa a ver tu súmale, sí, sí te cobró bien, jajaja, tú también, a ver revísale bien, ah sí, no cobró la cantidad de arriba, entonces me regresé y le dije oye Memo, no la amueles, mira qué friega me pusiste,

cómo, qué pena, a ver, lo asusté, estaba todo apenado, a ver en qué me equivoqué. A ver revisa tu nota, me fregaste duro. Lo descontrolé, estaba apurado y no encontraba el error, a ver Armando dígame en que lo jodí, no encuentro el error. Le dije sí me pusiste buena chinga, mira, empezando desde arriba. Ah, mira, no se las cobré, entonces no lo amolé. Entonces le dije, me regresé porque no me cobraste bien, así debe ser uno, honesto con los clientes y también con los proveedores, revisé que no me habías cobrado bien y vengo a pagarte”.

Después de la compra del segundo taller, hizo una casa a unas cuerdas de la plaza principal, cambió el negocio y ahí prestó sus servicios hasta finales del año 2022 hasta que un día, “igual que Galdino”, se enfadó y cerró.



Don Galdino Mora Mercado y esposa en edad adulta (Ca.1990).

Fuente: archivo de fotografía personal de don Armando “Radios”.

Relojero

Amelia Rusbelina Castellanos Ibarra

QUEDAMOS A LAS 8:00 EN PUNTO PARA LA ENTREVISTA. Salvador Venegas me ha citado en su casa. Llego unos minutos antes de la hora establecida. Chava, como le llaman sus amigos y familiares es un orgulloso ciudadano, padre y esposo ejemplar. En su genealogía cuenta con la enorme distinción de ser bisnieto de otro hijo ilustre de Tepatitlán, me refiero a don Amado Venegas y Paredes (violinista, organista, compositor y director de orquesta).

Mientras espero a que en mi celular suene la alarma que he programado, repaso en mi memoria los datos que conozco acerca de la familia Venegas. La relojería “La joyita” conocida como de “los Venegas” es un lugar emblemático de la ciudad. Cuántos ciudadanos de Tepa tenemos en la memoria la compra o compostura de algún reloj, cuántos en los tiempos recientes consumimos pilas y pernos para nuestros relojes digitales, cuántos necesitamos el servicio de limpieza y mantenimiento de relojes antiguos y por último, cuántos por lo menos una vez en la vida nos hemos acercado a dicho local comercial para realizar la compra venta de piezas de oro y plata.

Suena la alarma. Toco el timbre y unos minutos después aparece Salvador Venegas. Me recibe con una sonrisa, y en la palma de su mano un saludo cordial espera ser depositado en mi mano.

Me invita a pasar. La estrecha sala nos recibe con una luz cálida y abundante. Me invita a tomar asiento, me ofrece algo de beber. La cordialidad de su mirada hace eco en sus modales de caballero. No podría ser de otra manera, siendo un amante de la delicadeza y la precisión de los finos engranajes. Unos minutos después aparece en la sala su esposa Beatriz. Su sonrisa y su agradable presencia irradian sencillez y cortesía.

Chava me cuenta que desde siempre le han gustado los relojes. Que entre los pliegues del tiempo se ha escondido su memoria, y con ella el recuerdo de cómo dio inicio su romance con la relojería. Salvador nació en cuna de relojero. Su padre y su abuelo, antes que él, se dedicaron a componer el tiempo. Los delicados y precisos mecanismo de relojería lo han acompañado a través de las décadas.

Actualmente ejerce la profesión de Ingeniero en Comunicaciones trabajando para la compañía de televisión Telecable Tepa. Atrás quedaron los días en que se desempeñaba como aprendiz de relojero, oficio que aprendió de su abuelo y de su padre. Antes de terminar su carrera universitaria como Ingeniero en Electrónica en la Universidad de Guadalajara se dedicaba a la reparación y venta de relojes. Tras concluir sus estudios fue dejando de lado el oficio mas no el gusto por dichos artefactos de medición.

De niño escuchaba decir a sus padres “si pierdes el tiempo, no lo recuperas nunca”. Acostumbrado a la disciplina y la puntualidad no ha podido dejar de lado su inclinación por medir el tiempo con exactitud por eso se ha convertido en coleccionista de relojes.

“Algunos relojes de mi colección se los compré a mi papá, a mi hermano, y a mi tío Rubén. Mi papá normalmente compraba relojes a las personas que venían de Estados Unidos. A este reloj se le llama de tres tapas, me lo regaló mi papá. En una de las tapas les hacían grabados: fechas de aniversario e iniciales, éste es de 1935. En tiempos de las guerras mundiales tanto de la Primera como de la Segunda se dejaron de producir piezas de relojería. Muchas fábricas

cerraron. Toda la producción estaba enfocada en la industria bélica. Las fábricas de relojes se dedicaron a hacer engranajes y resortes”.

Con una pequeña explicación da comienzo el desfile de joyas de medición. Salvador coloca sobre la mesita de la sala una caja negra. De su interior saca una tela de terciopelo también negro. Comienza a desenrollar la tela y aparece entre sus pliegues oscuros un destello luminoso, se trata de una pieza metálica y circular.

“Este reloj es de 1918, es de dos tapas. En la tapa tiene grabado: (Banco de Miami para JM Robinson. Navidad de 1918). Este reloj ya ajustó más de cien años. Es muy especial. Se lo compré a mi papá junto con el anillo de compromiso, es uno de los que tiene Beatriz, le tuve que dar tres anillos para que se animara. Lo compré en mil dólares, es de oro, tanto la leontina como la caja. Varios de los relojes de mi colección son de oro, unos de oro amarillo, otros de oro blanco. Todos funcionan a más de cien años de su fabricación. Casi todos mis relojes son norteamericanos. Algunos son Hawarth, es una marca poco conocida aquí. Después de la guerra cerró la fábrica. Mandaban a maquilar a Suiza. Ya casi no se fabricaban relojes de bolsillo, se pusieron de moda los de pulso”.

Entre sus manos va inspeccionando la joya. Revisa y verifica que no haya sufrido algún daño provocado por el encierro al interior de la caja negra. Con sumo cuidado va nombrando las partes que componen el reloj. Con voz pausada y melódica va soltando al aire palabras que integran un vocabulario que gira alrededor de las manecillas del reloj. Sus palabras hacen énfasis en la belleza, delicadeza y perfecto estado en que se encuentra la pieza a pesar del paso del tiempo.

“Este otro reloj es de 1950. Dice: garantizado de por vida, 14 quilates, .585 fine, esto es el equivalente en milésimas a 14 quilates. De mil partes 585 serían oro el resto es aleación. 24 quilates es el equi-

valente a 1.0 o sea oro puro. Este otro reloj no es de oro, es de chapa de oro. Su máquina es más chica, se nota porque el aro está relleno con metal. También es como de 1950. Ya no está funcionando. Fue fabricado en la American Whaltam Co. En Illinois cerca de Chicago”.

Después de mencionar las características del reloj en turno, lo toma con cuidado y lo deposita en mi mano. Mientras lo observo siento que mis manos aprisionan segmentos de historia. No puedo evitar pensar en cómo lucirían los dueños originales usándolos. Cada hora y minuto que ha pasado por las manecillas de un reloj significa tiempo de vida de un humano. Todas las emociones encerradas en el espacio de un círculo dividido en doce partes. Todos los festejos que puede celebrar una persona: cumpleaños, bodas, aniversarios. Todas las citas de trabajo, médicas y románticas. Todas las calamidades y tristezas en la vida de un hombre limitadas a la circunferencia de una pieza de joyería.

“Tengo este reloj suizo de 1960. Se encuentra funcionando a la perfección. Debajo de los engranes tiene una cuerda, que es un espiral de acero que se enrolla al darle cuerda. La espiral es un muelle de acero que está dentro de un tambor, al enredarlo compactas la espiral. Su función tiende a regresarse, al hacerlo empuja otro engrane y otro y otro así hasta llegar al ancora que es el que produce el sonido tic tac, tic tac. Este otro reloj es americano también. Es Elgin, de la ciudad de Elgin Illinois. Se lo compré a mi tío Agustín. Tiene la fecha 15 de marzo de 1941, está fechado un día después de la fecha de cumpleaños de mi papá. Mi padre nació el 14 de marzo del 41. La caja es de oro, la leontina no. Mi padre no coleccionaba relojes. Mi tío Lalo tiene una colección de relojes que son muy raros y de gran valor. Tiene un reloj de los llamados de campanitas, suena las horas como un reloj de torre. Da la hora y los cuartos, por ejemplo, las nueve, las nueve y cuarto, nueve y media. Mi pieza más preciada es un reloj que mi padre me regaló en un cumpleaños”.

A mi mente llega la imagen de la familia de Salvador, cada uno funcionando como los engranajes del mecanismo de sus relojes. Un mecanismo humano tan preciso y confiable en el que es posible medir el tiempo a través de gratos momentos y sucesos memorables, un sistema tan bien sincronizado que es capaz de compensar los momentos difíciles de pérdida y tribulación.

“Los relojes suizos se hacían a mano, eran piezas hechas con una minuciosidad y perfección únicas. Sólo ellos con inviernos de cuatro meses tenían la paciencia para trabajar este tipo de mecanismos. Los relojes modernos ya no son mecanizados. Ni de cuerda. Su mecanismo es automático, con el movimiento de la canilla se encuerdan, tienen mucha ingeniería. Los más modernos son electrónicos, a través de bobinas y para la precisión utilizan la electrónica. Cada reloj es una pieza única, su mecanismo es preciso, en las primeras 12 horas, si se medían, tal vez estaba adelantado un minuto, pero al recorrer las 24 horas se auto compensaba y la hora era exacta, tenían un mecanismo de compensación.

Tengo relojes muy viejos que ya no funcionan, pero siguen siendo hermosos. Un día a mi papá le rompieron el vidrio de la relojería y lo robaron. Entre lo robado estaba un reloj de bolsillo que estaba en reparación, era relativamente moderno de 1980. El cliente estaba muy molesto. Mi papá le consiguió uno para sustituir el robado, sin embargo, el reloj del cliente no era tan valioso, aunque era de tres tapas era moderno. Mi padre queriendo compensar al cliente le dio a escoger entre tres relojes finos, el cliente se llevó el mejor. Salimos del problema y el cliente quedó satisfecho, obtuvo una pieza muy fina a cambio de uno que no valía tanto”.

Conforme va pasando el tiempo, Salvador continúa desenrollando el paño de terciopelo negro y develando los secretos que ha ido acumulando. Su gusto por el arte de medir el tiempo lo ha llevado a conocer a detalle las características de su colección. Conforme van sur-

giendo las piezas del interior de la caja negra pienso en él como en un mago que extrae conejos del interior de un sombrero de copa. Quizás sean conexiones neuronales hechas al azar. Quizás sean recuerdos de otros tiempos. Quizás simplemente sean interacciones entre palabras que pretenden crear universos paralelos y establecer vínculos entre relojes y conejos. Por cierto, a propósito de conejos es preciso en este momento pensar en Lewis Carroll y su conejo obsesionado en llegar a tiempo. Todos los relojes de la colección son tan bellos que cualquiera de ellos podría haber pertenecido al conejo de Alicia en el país de las maravillas.

“Hay relojes de tapa de mica para observar el mecanismo. Este es suizo y tiene cronómetro, es de 1970. En Suiza existe una escuela de ingeniería mecánica especializados en relojería. Este es de 1948. Es un reglamentario ferrocarrilero. Tiene las 24 horas y los 60 minutos pintados en la carátula. En la contra carátula tiene pintado el ferrocarril. Mi tío Lalo trabajó en una compañía que les daba mantenimiento a los relojes de las estaciones de trenes y a los de los ferrocarrileros. Gran precisión la de los relojes ferrocarrileros. Más o menos a partir de 1980 se hizo muy popular el uso de otros metales en la relojería. Se fabricaba la base en metal y niquelado o cromado.

Father and Mother John H. Atkinson 1917. Es un reloj chapa de oro marca norteamericana, está funcionando. Garantizado 25 años de que no se manchaba la chapa, o sea que no se deschapaba. Este otro tiene un chapado de oro florentino, de tres tapas, es de 1920 también, pero ya no funciona. La máquina es más corriente, por eso no funciona. Tiene solo tres joyas. El rodamiento de las ruedas tiene más fricción y mayor desgaste cuando tiene bujes que cuando tiene joyas. Las joyas hacen la función de baleros, entre más joyas tiene un mecanismo de menos desgaste y más durabilidad.

Un reloj con 23 joyas es un mecanismo muy fino. La elipse es un pivote que mueve el ancla y es de vidrio o de zafiro. La relojería es una especie de arte donde la precisión y la perfección generan belle-

za. Algunos relojes los uso en lo cotidiano, los que sé que funcionan bien. Suelo ser puntual, más no exageradamente puntual. No me gusta llegar tarde. Este otro es Hamilton de 21 joyas, norteamericano, chapa de oro de 10 quilates. Es un ferrocarrilero de 1920, es muy fino de USA”.

Definir a Salvador es sencillo si empleamos el campo semántico que se utiliza en relojería. Es un hombre de 23 joyas. Un ser humano de delicada finura en su trato. Una pieza humana de gran belleza interior y perfección en el trato. Un amigo que no se desgasta con el uso cotidiano. Un enamorado de la puntualidad, aunque se empeñe en negarlo. No le gusta llegar tarde, ni hacer esperar a nadie. No es un obsesionado del tiempo como los ingleses, pero ser puntual es una de sus más valiosas características.

Su colección consta de aproximadamente de unos 25 relojes. Dice no tener tantos ni tan finos como los de su tío. Pero a diferencia de éste, Salvador siente un sincero cariño por cada uno de ellos. Con un desarmador especial para relojería abre la tapa de cada uno de ellos, les restaura la cuerda y verifica que los engranes giren en total sincronía. Hay una historia detrás de cada reloj. Mientras leemos las iniciales grabadas en la carátula vamos imaginando y comentando la posible vida de los dueños. Personas que en otro momento de la línea de tiempo estuvieron vivas y cronometraron su vida al ritmo de un tic tac, tic tac, y que hoy sólo son iniciales grabadas en tapas de oro.

“Honey and daddy. Junio 04 de 1935. Dick Nortcraft. Marca Hamilton. Era muy común regalar relojes finos. Considerados como joyas que iban a perdurar en el tiempo. Para quienes tenemos nostalgia del tiempo, los relojes suelen ser aparatos que desencadenan la imaginación”.

Chava trabajó en la relojería de su padre al lado de sus tíos primos y hermanos hasta los 25 años.

“En tiempos del padre Calderón mi padre arregló el reloj del santuario. Y el mismo padre Calderón me comisionó para encuerdarlo. Yo le daba cuerda dos veces a la semana. La cuerda le duraba 100 horas. Iba el lunes en la mañana a las cinco de la mañana y el viernes por la tarde le volvía a dar cuerda. Mi padre lo arregló y al sacristán que estaba en ese tiempo le gustaba moverlo. Por eso me encargaron a mí para darle cuerda, para que nadie metiera mano y así pudiéramos garantizar que funcionara perfectamente, incluso yo tenía la llave del caracol y del reloj y me pagaban por darle cuerda. Mientras estaba en la preparatoria lo hice sin problema y ya en la universidad seguí con eso, si por algo no alcanzaba a llegar a tiempo antes de que cerraran el Santuario le avisaba a mi papá y él se encargaba de hacerlo”.

Salvador estuvo trabajando en la relojería por muchos años. Arreglar y vender relojes era su forma de ganar un poco de dinero mientras transcurría su etapa de estudiante. Todos en su familia saben limpiar y arreglar mecanismos de relojería. Casi todos han trabajado en “la relo” desde los más viejos hasta las nuevas generaciones representadas por los hijos y los nietos, tanto de Salvador como de sus hermanos y tíos. Salvador recuerda haber escuchado decir que en la casa de su bisabuelo don Amado Venegas tenían un reloj de sol. Una piedra labrada que reflejaba sombras conforme avanzaban las horas del día. Medir el tiempo es un gusto que ha acompañado a la familia por cuatro generaciones.

“El reloj del santuario lo hizo un alemán que se vino a vivir a la ciudad de México, su nombre está inscrito en él, su nombre era Ernesto Im y está fechado en 1947, mi papá le renovó bujes y engranes. Los engranes se desgastan y empuntan y se atorán. Se hicieron engranes y bujes nuevos. No sé si actualmente funciona porque ya no lo he escuchado. A lo mejor funciona el mecanismo y la carátula más no sé si las campanas porque tengo mucho que no las escucho.

A mí me enseñó mi padre. A mi padre lo enseñó mi abuelo. Mi abuelo fue aprendiz de un relojero. Se supone que la relojería ‘La joyita’ que tiene actualmente mi tío estaba donde estaba la refaccionaria el Gallo (Vicente Guerreño e Hidalgo). Mi bisabuelo era el músico Amado Venegas. Cuando mi abuelo tenía 10 u 11 años mi bisabuelo dijo: ‘hay que buscarle un oficio a este niño’, y se lo llevó a una relojería para ver si aprendía. El relojero fue a reclamarle a mi bisabuelo porque mi abuelo dañó un reloj muy fino. Mi bisabuelo dijo: “no hay problema, vamos a hacerla fácil, yo le pago el reloj, y le compro la relojería a cambio de que enseñe a mi muchacho”. De esta manera a los quince años mi abuelo ya era dueño de la relojería y ya había aprendido el oficio. La relojería va a cumplir 100 años. Mi abuelo era de 1909. Ya para 1927 era dueño, está a punto de cumplir cien años en la familia como relojería La joyita.

Mi tío Fernando, mi tío Gerardo. Todos mis tíos, mis hermanos, mis primos. Somos una familia de relojeros. Mi tío Agustín, mi tío Lalo, mi tío Guillermo. Mi tío Lalo actualmente hace relojes promocionales para empresas. Mi tío Chuyazo relojero, mi tío Cheliz también, pero falleció joven de un accidente en moto. Mi tío Gerardo actualmente sigue. Mi hijo Chavarín y mis hijas Cinthia y Karla cambiaban pilas, pernos, los metían a lavar. Mi hija Diana casi no iba. Actualmente ninguno de mis hijos ejerce la relojería”.

Aprender el oficio. Ser aprendiz de un maestro relojero era el camino para desempeñar el trabajo con conocimiento. Tanto Salvador como su padre y el resto de la familia conocen el oficio, lo dominan y lo ejercen con cariño y voluntad de servicio. Los Venegas son la medida del tiempo para Tepatlán y sus gentes. El lema de esta ciudad es: El tesoro está en su gente, nunca mejor aplicado que en el caso de esta familia de relojeros, quienes tienen a bien resguardar gran parte de la historia del oficio. Al igual que los sencillos engranajes de un reloj, han ido tomando su turno en la línea de tiempo para darle continuidad a un oficio que cuenta con cien años de perpetuidad. No les

ha bastado con preservar el oficio para su propia familia, sino que la han regalado a generaciones futuras. Y que lo han hecho fungiendo como maestros para otra familia de relojeros de gran importancia en nuestra comunidad: los hermanos Torres, músicos y relojeros.

“De la otra familia de relojeros en Tepatitlán, los Torres, Salvador Torres se enseñó con mi papá. Chava enseñó a sus hermanos Beto, Antonio y Chuy. Mi bisabuelo fue director de la banda municipal y el papá de los Campa era músico también, tal vez de ahí la relación. Todos aprendieron del dueño de la relojería, era un señor mayor, pero ya nadie en la familia recuerda su nombre”.

Salvador Venegas es una especie de reloj con cronómetro. Su delicada memoria guarda recuerdos del Tepatitlán antiguo, de sus personajes más emblemáticos, de las leyendas que se esconden en los recovecos de las calles y en las encrucijadas del laberinto del tiempo que se ha ido. Es un excelente conversador, gran conocedor de historia, política y geografía. Genealogista nato y coleccionista de relojes antiguos. Un hombre que en su primera infancia conoció el oficio de relojero y que para no abandonarlo nunca resguarda piezas y mecanismos de precisión que hacen honor a la ingeniería y al minucioso arte de los relojeros suizos.

“Mi reloj estrella es de 1889, están muy labradas las tapas, tienen un diseño antiguo, el canto también está decorado. El cristal de la carátula está roto, pero si funciona, tiene 132 años. Es un regalo de mi padre, lo compró muy caro. Y luego lo quería vender y lo traía para mí, pero yo no lo quería y se lo regaló a mi esposa Beatriz. Está muy desgastado el grabado, tiene tres iniciales que no se distinguen bien y dice para otras tres iniciales. Este reloj es una pieza única, no tanto por el valor real sino por el valor histórico, cultural y fami-

liar. Este reloj si lo vendo nunca lo voy a poder conseguir de nuevo. Significa mucho en mi vida, no creo volver a encontrar otro en estas condiciones es muy difícil. Es oro de 14 quilates.

Este reloj de pulsera se lo regaló la abuelita de Chava a Cinthia, un día a mi hija que lo traía puesto se le cayó al piso, se bajó del carro y la llanta del carro le pasó por encima, el extensible está un poco dañado, es de 1915. Tiene grabado lo siguiente: Present to Grace Smith en reconocimiento a sus treinta años de servicio en la compañía Texas 1945. Aunque tiene esta fecha es anterior, pues como habíamos platicado en las épocas de las dos guerras mundiales no hubo fabricación de relojes. En 1945 debió ser la fecha en que se lo regalaron”.

“No sabía que tenía todos esos relojes — dice Beatriz la esposa de Chava Venegas, —cuando lo vi sacar su cajita pensé: para tres o cuatro relojes que tiene semejante caja”.

El paso del tiempo es inescrutable. El tiempo en compañía de Salvador y su familia ha llegado a su término. En la caja negra se han agotado los relojes. Todas las piezas lucen su esplendor sobre la mesa. La tela de terciopelo negro descansa también sobre la mesa de la sala en espera de albergar las joyas que resguarda con sigilo y oscuridad. Cada pieza de la colección volverá a su lugar, volverá a dormir dentro del tiempo.

Mientras Salvador va guardando los relojes, en el interior de la caja se escucha un tic tac, tic tac, ese sonido despierta la imaginación e invita a pensar ¿qué sucede con el tiempo cuando se termina la cuerda de un reloj?, ¿y qué con el relojero?





Sepulturero

Fernando Emmanuel Cortés Montañez

“También mueren los enterradores, a fuerza de cavar fosas para otros, cavan la suya”. (Víctor Hugo, Los miserables)

SEPULTAR A LOS MUERTOS a través de los años se ha realizado con fines como honrar a los fallecidos, por creencias religiosas, para resguardar los restos mortuorios del contacto con animales o personas, o permitir que el cadáver terminé su ciclo de descomposición de la materia orgánica. En la antigüedad, el hedor que despedían los cuerpos en putrefacción fue lo que hizo que los cementerios salieran de los pueblos, dando paso a las actuales prácticas de inhumación en las necrópolis.

Respecto a los cementerios, los pueblos prehispánicos incineraban a sus muertos y las primeras ciudades españolas en América nacieron sin panteones, porque por todas partes podían ser sepultados sus difuntos. De tal suerte que Guadalajara estuvo sin cementerio fijo durante el siglo XVI, puesto que cada quien escogía el lugar donde debía ser enterrado, principalmente a las afueras de los templos y conventos, considerados como lugares santos, de donde les viene el nombre de camposantos.

Al paso del tiempo, las autoridades eclesiásticas, quienes tenían la jurisdicción y control de los trámites para las inhumaciones, con-

sideraron que sepultar los cadáveres en el interior de las iglesias era “indecente a la Grandeza del Ser Supremo” y muy impropia por ser lugares bastante concurridos, ya que los cadáveres eran considerados como fuente de infección en los procesos de putrefacción. (Ibarra 2009/2010, pág.115).

Las principales funciones de los sepultureros son la supervisión del cementerio, el detallado de las tumbas u ornamentación del lugar, mantener aseado todo el recinto y dar aviso de cualquier anomalía que se presente en lugar; recibir y conducir a los cadáveres que el administrador le designa para su inhumación. Los sepultureros, pese a la asiduidad del oficio, cruzan por episodios de estrés en el momento en que el cadáver es separado de sus seres queridos. Sin embargo el proceso de la faena sigue. Se apuntala a presión el cajón sobre la parte exterior de la tumba para después —con ayuda de cintas, andamios o cargador— hacerlo descender. Si el espacio es un sepulcro horizontal (jarrilla) el proceso es más simple. Por último las operaciones de cierre, adornos florales y cubrimiento de la tumba. El sepulturero aguarda a la conclusión de los ritos funerarios manteniendo el orden en el recinto, evitando los actos de vandalismo y asegurando el debido respeto al lugar.

En el municipio de Tepatitlán el trabajo de sepulturero eventualmente es de albañilería. Este deriva en trabajos dentro del panteón, ejemplos de ello es azulejar, enjarrar, hacer bóvedas y compartimentos con ladrillo, cemento y varillas. Así como trabajos de herrería en las tumbas y la abscisión de flores en las coronas para la reutilización de la base. Los cementerios están estrictamente reglamentados para la descripción oficial de las tareas que estos operan. Las principales herramientas de un sepulturero son por lo general pala, barra, carretilla, talache, marro, cincel, sogas, correas para carga y su indispensable escoba.

El oficio no se limita a sepultar, también es responsable de exhumar los restos cuando el nicho alcanza su límite o caduca su periodo de uso. Este acto de desenterramiento no lo realiza cualquier persona, porque es imposible acostumbrarse al hedor y al aspecto de los

cuerpos en putrefacción. Son ellos, los sepultureros, los que interactúan con el cadáver en las etapas de descomposición que son cuerpo fresco, hinchazón, descomposición activa, descomposición avanzada y restos disecados o esqueléticos. A pesar de todo a lo que está expuesto el trabajador, cuyo problema que siempre aqueja es el hedor, se tiene que acostumbrar haciéndose a la idea de que es un trabajo “socialmente desvalorizado” y la vez tener en cuenta los sentimientos de la gente para continuar vinculado a la comunidad.

Parece ser que los sepultureros tienen su propio léxico, un ejemplo de ello es la palabra “servicio” refiriéndose a un entierro. Esos términos adoptados cumplen una función eufemística y alivian la tensión en el transcurso del trabajo. El uso cotidiano de estos términos es para referirse a aspectos mortuorios.

Cementerio

Citando al boletín número cuatro del Archivo Histórico de Tepatitlán. Se nos dice que el primer documento relacionado a cementerios en el municipio fue de 1843; un presupuesto para la construcción de un cementerio fuera de la cercanía de los templos como se menciona.

“Posteriormente el 9 de octubre de 1852, el Cura a cargo de la parroquia de la entonces Villa de Tepatitlán, informa al Ayuntamiento: «que en los pocos días que hace que llegué a este lugar y con los males que he estado sufriendo, no he podido inponerme del estado que guardan las cosas de esta parroquia, así que absolutamente ignoraba lo que hay al respecto del camposanto antiguo [...] a la mayor posible brevedad como es de mi deber, procuraré que se remedie el mal de que U. me habla», esto nos indica que se tenía un serio problema con el lugar que se utilizaba como camposanto que estaba ubicado precisamente en el atrio parroquial”.

En este mismo documento se menciona sobre la aparición de una petición y solicitud el 1 de enero de 1894 al señor José Ana Casillas para

construir el camposanto. Hasta enero de 1898 se empezó a construir el cementerio que hoy en día se conoce como el Mansión de la Paz.

En 1899 los recursos económicos se agotaron, por lo que el Cabildo de Tepatitlán autorizó pedir un préstamo por dos mil pesos con el 6% anual de interés para poder seguir con la construcción y el 1 de enero de 1900 aparece el primer «reglamento de panteones» (sic); el 2 de abril de 1900 se hace la apertura del cementerio y el primer servicio al público fue el 22 de septiembre de 1900, con la inhumación de la señora Sara Alatorre de González.

En 1928, durante La Cristiada, se tuvo el número más alto de registros con 1,937 cadáveres inhumados sólo en ese año. (Romero Pérez, Pérez Zermeño, Vázquez Hernández, & Ortega Franco, 2007)



DOCUMENTO ORIGINAL:
ARCHIVO LEGAL E HISTÓRICO DE
TEPATITLÁN

Caja 10
Expediente No. 5
Año de 1829

Boletín No. 4

ARCHIVO
HISTÓRICO

**TRANSCRIPCIÓN DE
DOCUMENTO**

Presupuesto que se hace para construir un campo santo a extramuros de esta Villa: En setenta y cinco varas cuadradas que hacen el total de trescientas, se ocupan seiscientos carros de...

...de piedra a dos reales	0150 ⁰ 0
...de trescientos carros de tierra a tres reales	0112 ¹ 4
...treinta mil adobes a cinco pesos el mil	0150 ⁰ 0
...de flete a catorce reales por peso	0225 ⁰ 0
...tierra para pegarlos	0125 ⁰ 0
...de mezcla y peones para alzar	0300 ⁰ 0
...de portadas y puertas	0080 ⁰ 0
<i>Suma</i>	1162¹4

Tepatitlán Octubre 9 de 1843.

ARCHIVO
HISTÓRICO

**TRANSCRIPCIÓN DE
DOCUMENTO**

Presupuesto que se hace para construir un camposanto a extramuros de esta Villa:

En setenta y cinco varas cuadradas que hacen el total de trescientas, se ocupan seiscientos carros de...

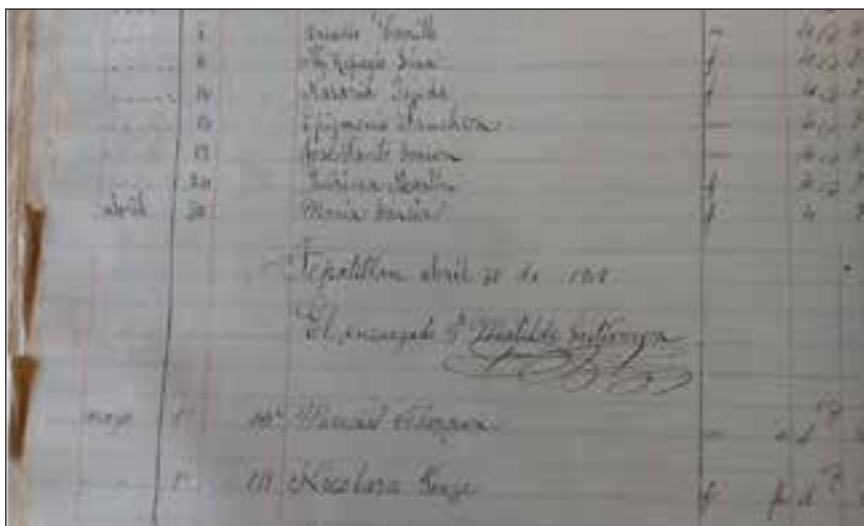
Se ocupan seiscientos carros de piedra a dos reales	0150 ⁰ 0
Trescientos carros de tierra a tres reales	0112 ¹ 4
Treinta mil adobes a cinco pesos el mil	0150 ⁰ 0
De flete a catorce reales por peso	0225 ⁰ 0
Tierra para pegarlos	0125 ⁰ 0
De mezcla y peones para alzar	0300 ⁰ 0
De Portadas y Puertas	0080 ⁰ 0
	1162¹4

Tepatitlán, Octubre 9 de 1843.

El 9 de diciembre de 1905 el encargado del cementerio Pedro Peña (1900-1908) rinde su primer informe de actividades.

Fecha de enterramiento	Nombres	Edad	Sexo	Religión	Profesión	Estado	Observaciones
1905 Diciembre 24	1. Rafaela Cruz	35	F	C			
" "	2. José Salazar	35	M	C			
" 26	3. Ventura Jacomalle	35	F	C			
" "	4. Rosa Viduerra	35	F	C			
" "	5. Feliciano Cruz	35	M	C			
" "	6. Catalina Sandoz	35	F	C			
" "	7. Juan Vazquez	35	M	C			
" 26	8. Estela José Guzmán	35	F	C			
" 27	9. Rufina de Lara	35	F	C			
" "	10. Adela Navarro	35	F	C			
" 30	11. Mercedes Sandoz	35	F	C			
total	<p>Supratitulado, agosto 30 de 1905 El Administrador Pedro Peña</p>						

Fecha de enterramiento	Nombres	Edad	Sexo	Religión	Profesión	Estado	Observaciones
1905 Diciembre 24	1. Rafaela Cruz	35	F	C			
" "	2. José Salazar	35	M	C			
" 26	3. Ventura Jacomalle	35	F	C			
" "	4. Rosa Viduerra	35	F	C			
" "	5. Feliciano Cruz	35	M	C			
" "	6. Catalina Sandoz	35	F	C			
" "	7. Juan Vazquez	35	M	C			
" 26	8. Estela José Guzmán	35	F	C			
" 27	9. Rufina de Lara	35	F	C			
" "	10. Adela Navarro	35	F	C			
" 30	11. Mercedes Sandoz	35	F	C			
total	<p>Supratitulado, agosto 30 de 1905 El Administrador Pedro Peña</p>						



Usando el recuento de los administradores que laboraron en el panteón de Tepatitlán por el boletín número cuatro y revisando los libros de registro de inhumaciones del panteón *La Mansión de la Paz* de 1900-2006, resulta este historial:

Periodo	Administrador	Periodo	Administrador
1900-1908	Pedro Peña	1989-1992	José de Jesús Vera González
1909-1943	José Matilde Gutiérrez Aguirre	1992-1995	José de Jesús Hernández Navarro
1943-1945	José Santana Gutiérrezv	1995-1997	Epifanio Martínez Gutiérrez
1945-1963	José Matilde Gutiérrez Aguirre	1998-2000	Margarito Barajas Iñiguez
1963-1975	José Santana Gutiérrez	2001-2003	Epifanio Martínez Gutiérrez
1976-1984	José de Jesús Hernández Navarro	2004-2005	Antonio Padilla Padilla
1984-1986	José de Jesús Navarro «El Títere»	2006 (interino)	María Clotilde Gutiérrez Navarro
1986-1989	José de Jesús Hernández Navarro	2007-	Francisco Javier Vera González

Fuente: Jefatura de Cementerios Municipales



Francisco Javier Vera González

“Dicen que se levantan, de aquí ya no salen, ni aunque rechiflen, ya ves cómo inventan tantas cosas. Nací aquí (en Tepatitlán). Sesenta años cerrados, tengo. De trabajar aquí, trabajé 89 a 92, por ahí de noventa y dos noventa y cinco estuve fuera de conexión de aquí, y volví a entrar en el 95 y ya hasta ahorita. Cómo entré aquí; pos yo ni quería entrar, me entraron. Le pedí prestado dinero a mi padre y como no tenía para pagarle por fuera, pos me vine aquí para pagar y ya, aquí me quedé. Yo ni quería entrar aquí. Pos de recién que entré me pusieron a sacar huesos de gente. Yo me bajo a abrir una tumba y a sacar gente. Curiosidad nomás, para ver a ver qué más había, pa’ ver; como cuando estás escarbando algo que quieres hallar algo y te da curiosidad, no miedo, no asco, no nada. Y yo no quería ni entrar. No pos luego luego. En cuanto le dije que sí le ayudaba a mi jefe, no quería yo venir, y ya cuando tuve que pagar ese dinero que sí le ayudaba ya me dijo: ‘pos ponte a sacar restos de esa tumba’ y ya sacarlos. Se juntan esos restos, se juntan y se echan en un costal y ya, es negro es para exhumar, para meter otro muerto para meter otro y eso. No pos ya solo va cayendo lo demás; asiar, hacer trabajos de todo tipo, levantar gavetas, o azulejear gavetas, remodelarlas, escarbar para sacar, escarbes y de todo, de todo lo que genere aquí trabajo.

Aquí lo único que hallas de diferente es cuando sacas un cuerpo, nunca te va salir igual que los demás. Unos salen enteros, otros salen como momia, otros salen nomás pedazos de grasa de todo sale así diferente. Lo más normal es salir con huesos, y muchos en veces en cinco años ya no sale nada, porque dicen que tenía ¿qué? que no sé que como se pronuncia, eso de esteporosis o yo no sé. Y los que tienen eso en cinco años ya no hallas nada de gente ahí adentro, nomás así como mantequilla, ahí la silueta y la quieres agarrar y pos pura mantequilla. Hay más compañeros, tienen que ayudarme los compañeros, solo no puedo, si está en ataúd en servicio, digo y que todavía funcione se le meten cuerdas para sacar entre cuatro y ya afuera se sacan los huesos. Si es en tierra y es madera y ya la made-

ra está podrida, se escarba y te lo llevas escarbando con la pala sin querer. Te vuelvo a decir, ahí va esculcando en la tierra uno, huesitos que van saliendo nomás pa' separarlos. Pos quisiera decirte que hay algo raro, pero yo nunca [he visto]. De que oigo por ahí la gente que se ven sombras y que hacen, que se levantan muertos, pos nomás la gente que ha visto eso, porque yo no he visto eso. En tanto año yo no he visto nada de extraño. Mi padre, (me tocó) meterlo, se murió. Ey, ahí está aguardado.

Al señor coordinador le llegan los datos y él nos los pasa a nosotros el reporte y ya nos ponemos a revisar las tumbas. Ya a él le indican qué tenemos que hacer. Acá andas en medio burro, te enseñan o te enseñan, te tristesas o te orcas. Aquí lo que va cayendo es lo que vamos haciendo y lo que se ocupe, cuando se ocupe. En veces hasta sin comer, a veces que ya no fuiste a comer, porque tienes esa emergencia o algo, o en la noche ya tarde, también ya tardísimo hacer el trabajo, como un madrugador que rara la vez que sale un madrugador, pero hay veces que sí, te hacen venir bien de madrugada pa' hacer algún arreglo de gaveta o sepultar o sacar restos. En veces a pie, en veces andando uno a veces se puede lavar las manos y si no nomás con cualquier tallón de agua. Al cabo que no te apure, que bacteria que no mata; engorda. Nomás a los zopilotes se les ha caído [un muerto], se les han salido los muertos pa' fuera en accidente. Y yo trabajo y no me rajo y nomas truena la caja, y se sale el muerto y corredero de gente, porque pos se fueron bien enojados los familiares.

Un día se les cayó uno, se les cayó uno a los funerarios, nomás se oyó dentro el madrazo y pos le abrieron la tapa pa' ver que no haya pasado nada, y pos no, no se veía; todo el vidrio lleno de sangre, porque al caer aventó toda la sangre pa'riba, 'taba aventando toda la sangre por la boca y espuma. Y se les cayó la caja, cayó de cabeza así y aventó toda la sangre pa'riba ya ni se veía nada. Tuvieron que aguantar porque pos nadie es perfecto, tienen que aguantar la carrilla. Bueno depende, ¿no?, depende como vaya el tiro, tú sabes

cuándo es algo adrede pos se ve (mal) visto y cuando es accidente es accidente. Pos qué historias te puedo decir vale. Ta' el Villalpando ese de la escuela, está de un músico que muy sobresaliente á'i ta' también su tumba. La tumba de Ana María Casillas, que no está ella ahí, pero á'i está la tumba. El que metió la primera toma de agua potable aquí está, Santos Romo. Yo una pura vez (me caí), reventó el andamio y me fui hasta abajo, pero pos nadie miró, pero se levanta uno en chinga.

¿Que qué pienso de la muerte? ¡No! Pinche mugrero, no. De la nada vienes y a la nada vas, así como saliste a existir a este mundo sales de él, igual. Es que nomás entras aquí de pasada, entras y sales ¿Tú qué eras hace cien años? nada, entonces porque tienes que ser después de que te mueras sigues otra vez a lo mismo, lo del agua al agua. Que haiga ciertas religiones y todo eso pos es para quitarle un poco lo animal a uno, porque si no hubiera esas sectas o religiones seríamos animalados de todo a todo y más todavía. Si así, no nos aguantamos habemos tanto animal entre toda la manada que olvídate. Si eso dizque que hay temorcito de Dios, no existieran esas cosas para que le tengan temor a alguien o algún dios sería pior la cosa, pero lo más real y lo más natural es que de la nada bienes y a la nada vas, y según te portes en este mundo es como te va, nadie más que tú vas a decidir si te va mal o te va bien este mundo. ¡El respeto al derecho ajeno es la conservación de las muelas! (Aquí en el panteón) se salen por tranzas los méndigos. Vienen, agarran feria y se largan, pero por miedo no se van. Así que nos has oído esa que digo, es que está como la otra como dice mi señora: a mí no me importa que me digan perra, si no, la perra forma en que me lo digan. Sí o no.

Unos morros sacaron de su gaveta a una tía que por que la querían violar y que no pudieron violarla y le metieron una varilla ahí, y no los arrestaron por eso, uno se mató en un poste en accidente en bicicleta y los otros se desaparecieron, eran sobrinos dicen. De otro que sacó a la mujer que tenía veintidós días de sepultada que porque en vida no pudo violarla y quería violarla. También, esos dos son

los que han sacado esas dos mujeres. Agarran de hotel (los indigentes) aquí pa' dormir. A cajón abierto, hasta el más honrado pierde, se cansan, se quedan pos ya de lujo. Hay más gente aquí dentro que allá fuera. Han llegado a vivir aquí, 'tá el calzonal y el pantalonal, ahí las camisas puestas a secar de que aquí lavan planchan y todo.

Antes, cuando entré yo de recién se venía el Gallo a vender garras y decía: 'ira que botononas sacaron de este muerto, te las doy baratas'. Él se vestía con la ropa de los muertos, haz de cuenta mataban a alguien y se lo llevaban, y á'i va la familia como diario a llevar ropa limpia pa' que lo vistan, y pos toda la ropita que le quitaban: zapatos, fajos, todo, viene y a vender. Vendía ahí en el tianguis, vendía a lo cabrón; botas, zapatos, fajos, camisas, pantalones, y a vender, y la gente no sabía que se lo había quitado a los cadáveres, digo, no, no. Pues que ropa usada no saben lo que compran, ni de quién compran. Ojos que no ven corazón que no siente y chin marín. Llegas y dices: 'qué chamarra tan barata, quince pesos dame', no pos á'i 'tá, dónde agarras una de quince pesos en una tienda, en ningún lado; sin embargo, no saben que el difunto la traía. (Las tumbas) las maltratan los que han venido a robar el aluminio, se las quieren llevar, y pos sí las desmadran, sí las destrozan. En el descanso, ahí ponían a los muertos, también (en) la presidencia, se usaba la presidencia y aquí. Ahorita ya está uno que le dicen SEMEFO, ya ora sí ya tienen donde guardar los cadáveres que se hallan, pero antes aquí los traían.

De este panteón, empezó en mil novecientos. El otro empezó cuando se cerró el otro, el que estaba aquí enfrente de la carretera, ah, y cuando te vienes caminando, te vienes por puras tumbas desde la carretera p'acá, hasta el Campo Hidalgo, todo ese callejón está lleno de gavetas. El hijo de don Matilde me contó, dice que aquí en esta esquina á'i apilaban todos los muertos de la revolución cristera, y los prendían con pretolio pa' que no se echaran a perder pa' poder irlos metiendo aquí adentro, dice que llegaba él y los agarraba así de los brazos, y se quedaba el hueso, toda la carne pegada

en los dedos, toda la piel, los quemaban. Aquí unos viejitos que se arrimaban y soltaban sus jalecitos. En la cristera mataban, decían que por docenas eran más baratos, dicen. Que ahí en la esquina del quiosco los ponían en una piedra y con otra piedra se las dejaban caer (en la cabeza), y que la sangre llegó hasta el río, que supuestamente les desbarataban la cabeza con una piedra sobre otra, que nomás los recargaban a huevo los agarraban entre todos y... sesos y sangre pa' todos lados, y el que sigue y otro y otro. Una barbarie ahí, todo por defender la religión católica. (Nosotros los sepultureros) sumergidos en el jale nada más y lo que oímos, las historias á'i de los viejitos. Y ya se murieron todos ya nomás quedamos nosotros". (Francisco Javier Vera González. 19 de septiembre de 1962).

Fernando Emmanuel Cortés Montañez



José de Jesús Palo Rodríguez

“Ey, pos mi nombre completo es José de Jesús Palo Rodríguez. Nací aquí en Tepatitlán. Ey, por la calle Pedro Medina, 233. Nadie (de mi familia), ha trabajado así como en cementerios. No. Pues mi llegada ahí fue en el año de 1995, fue una crisis muy dura, que no había trabajo, pues. O sea que había mucho desempleo. Entonces sobre un conocido que yo conocía que trabajaba en el Ayuntamiento. Él... pos él me buscó y me dijo que si quería trabajar en el Ayuntamiento y me ofrecieron trabajo, pero realmente yo nunca creí que iba ser mi trabajo, entrar a trabajar a un cementerio, edá. O sea que yo pues, el trabajo del ayuntamiento pues es en varias áreas, se compone de varias áreas, de lo que son las dependencias. Y pos a mí me tocó la dependencia de servicios municipales y esa es la que maneja pues el lado de cementerios, ey. Yo mi trabajo, yo, empecé a trabajar la obra de pion como en el año de 1978, o sea agarre de pion así edá. Entonces de pion, entonces ya fui yo aprendiendo un poco, y ya enseguida me la dieron ya de media cuchara, y ya duré, que será, como del setenta y ocho al setenta y nueve. Yo me fui a Estados Unidos. Allá duré cinco años, regresé al ochenta y cuatro. Allá trabajé muy poco, pero en construcción, pero muy poco. Entonces cuando regresé de allá, de Estados Unidos, fue cuando me ofrecieron (trabajo), agarré trabajo de albañil, pero ya te digo.

En ese tiempo se escasió mucho el trabajo, fue cuando entré yo al Ayuntamiento y ya de ahí, pues mi trabajo es como albañil. Ahí en el cementerio desempeñamos el trabajo de albañilería, de sepulturero, para otros trabajos que se van ocupando. No nada más es dedicarse uno nada más a la albañilería, ahí hay que hacer de todo trabajo. Llegan personas con una solicitud, o sea ya con su permiso para exhumaciones, y hay que hacer las exhumaciones y pues ese es el trabajo que hacemos ahí. Pues mira, pa’ mi fue algo que, como que no pues, no me hacía yo a la idea de trabajar en un cementerio, se me hacía algo difícil. Es que ahí en un cementerio pues ves muchas cosas, o sea que... como quisiera decirte, llegan cuerpos que,

pues ya están en mal estado y pos te causa pos algo como, pos así como náusea, como vómito, edá. Pos un trabajo que no... que te diré no es muy agradable. Cuando estás haciendo los ‘servicios’, como te comento pos hay cuerpos que ya van descompuestos y ahí pos también nosotros, pos es algo desagradable edá, los olores.

Cuando hacemos las exhumaciones pos también hay veces que el cuerpo tiene por decir su termino de cinco años que es el reglamento, que se requiere para hacer la exhumación. Y en algunas ocasiones el cuerpo todavía no está muy desintegrado, hay personas que son muy, o sea muy gorditas, con mucha grasa y todavía tienen, todavía pedazos de carne pegada. Y a veces así, medio pues algo, algo que sí te da el olor algo desagradable. Mira funciona, lo que son las exhumaciones, cuando fallece por decir que tienen ya ellos sus propiedades ahí en el cementerio, si la gaveta ya está llena y fallece alguien de la familia pos, ellos piden, o sea sacan sus permisos para desocupar la gaveta otra vez y volver a sepultar ahí mismo. Ey, exhumar cuerpo por cuerpo. Hay veces que se desocupan todos y hay ocasiones que hay personas que le prestan a otras personas, entonces en esa ocasión pos se saca nada más lo que es el cuerpo que ellos van a pedir, o sea el que se va a exhumar nada más, y los otros quedan ahí mismo, los otros no se mueven. Entonces cuando yo entré pues fue mi trabajo. Y sí se me hacía algo, como que no me hacía yo a la idea. Llegaba del trabajo algo nervioso, edá. Y en sueños, soñaba pues cuando el cuerpo que bajaba uno, y ya en el transcurso de unos tres cuatro meses pos empecé a perder eso, de lo que sentía yo, nervios pues, nervioso.

Mi primera acción cuando hice mi primera exhumación, sí me sentía yo como con miedo, para ver pues. Nunca había yo visto pues algo ya de transcurso de cinco años. Por decir, un cuerpo que estuviera ya en nada ya, puros huesitos, desintegrado, edá. Y sí sentí yo algo... pos me esperaba ver yo algo, y la sorpresa pos es esa, que abres la caja y ves algo pues, edá. El puro esqueletito, la pura osamenta, el puro esqueleto. Ese día soñé y bien nervioso. Algo pues

que no conservas el... no reconcilias el sueño porque estás como que se te graba bien grabado lo que viste en ese momento. Ahorita se me hace una cosa normal, pos hago yo mi trabajo y haz de cuenta como si tú tuvieras otro trabajo.

El trabajo es adaptarse uno a lo que es laborable. Ahorita ya tengo, pos son veintiséis años de trabajo ahí en el cementerio. Nunca he visto nada, nada en el transcurso de los años. No he mirado nada. Algo como ruidos si a lo que es anormal sí he escuchado algunos, pero ver, nada. Miré una vez. Sí fue algo que me quede sorprendido, edá. Que era mi guardia, porque la guardia la hacemos de ocho de la mañana a seis de la tarde, entonces hubo una ocasión de que estaba yo en guardia, y se hizo el horario de salida y ya. Y teníamos que dar el recorrido para ver que no hubiera nadie adentro, y ya cerrar el cementerio. Y di yo mi recorrido, y cuando regresé hacía arriba a la puerta, estaba platicando yo con un señor que se llama Antonio Padilla, él fue encargado de cementerios. (Él fue) a ver cómo estaba el día, y estábamos platicando como a unos veinte metros de lo que es el ingreso del cementerio, y en ese momento volteo hacia la entrada y miramos a una señora que entró vestida de negro, pero no alcanzamos a distinguir nada, porque llevaba como un velo negro, o sea, así pasó, pero se nos hizo algo como normal, como cualquier persona que entra a visitar a sus familiares, edá. Le dije a don Toño: ‘no pos ya entró esa señora, deje dejarla un rato unos diez minutos, quince para que llegue, y visite y ya salga para afuera’. Y estuvimos ahí como quince minutos, veinte minutos y no salía la señora. Y ya nos fuimos hacia ‘bajo a dar el recorrido para decirle que ya era la hora de salida, y la sorpresa que tuvimos que a esa señora no la encontramos. O sea, recorrimos todo lo que es el cementerio y anduvimos por todos lados y no salió la señora esa, para nada no salió, entonces eso es lo único que he mirado, algo que si me llamó la atención de ver eso.

El cuerpo se baja, llega a su termino de la gaveta y ya nosotros lo único que hacemos es taparlo. Uno tiene que pisar hacia los lados,

si no pisa uno hacia los lados a veces se quebran (las losas). Y me pasó una vez nada más y me fui de lado, pero no pasó a mayores. Un cuerpo al irlo bajando se clavó y se fue de pura punta, cuando llegó abajo la caja fue la que se quebró, un descuido de asegurar las bandas, y los zopilotes los que bajan el cuerpo, los de la funeraria, no pusieron atención en asegurarle, pero ahí lo que se hizo fue que los mismos familiares les pidieron a los de la funeraria que tenían que recuperar la caja, y tuvieron que sacar la caja toda quebrada con to'y cuerpo, ahí mismo se hizo el cambio, enfrente de todos los familiares, el cuerpo ya estaba a la vista de todos. El cuerpo cuando ya muere, el cuerpo ya no tiene ningún movimiento ya de nada, por decir, que se le reviente algo, tá de a tiro tieso pues completamente. Problemas con nadie. Sí ha habido algunas cositas, pero son muy leves. En ese momento ellos train algo de lo que es su pesar, y no hay que hablarles en un tono que les moleste, al contrario, hay que hablarles con palabras dándoles como aliento de su dolor que traen en ese momento.

Yo para mí, yo me siento algo agusto, pos me siento agusto de ser servidor público y servirle a la gente, me da para arriba de seguir trabajando y como servidor público pues tiene uno que dar lo mejor que se pueda, porque uno es para servir al pueblo, edá. Mira, así de muerte trágica, por decir gente joven, sí me da como algo de tristeza, porque la juventud es algo bonito, y sí da tristeza que tú veas que aquella persona no alcanzó a vivir los años que podría vivir. Y donde sí me siento algo, de a tiro abajo, abajo. Es cuando sepulto a un niño que sea chico de a tiro una criatura, ahí sí me siento yo... me da algo, porque yo a los niños, es todo para mí los niños y cuando ya es una persona ya adulta pos que como que uno ya sabe que la misma edad se lo va a uno comiendo, entonces no es lo mismo la tristeza. Es la diferencia, edá. Pues mira de la muerte yo ya como tengo ya varios años ahí en el cementerio, yo veo cuando llegan con el cuerpo. Uno lo mira, tú miras el cuerpo y en el transcurso de los años ves la diferencia de cuando lo vistes a como lo sepultastes y ves la diferencia

cuando lo sacas, o sea cuando haces la exhumación, y recuerdas a la persona como era cuando la sepultastes y ya cuando la ves desintegrada pos es algo que sí...

Y yo la muerte para mí, no digo que todos, que dice uno que no tiene miedo a la muerte, porque la muerte es algo natural pues, que vinimos al mundo. Nacimos para morir, pero yo la muerte la veo como tengo los años que tengo de trabajar ahí, yo lo veo algo como una cosa normal, el dolor queda, el dolor nunca se olvida del que muere, él ya se va, pero los que quedan, pues dolidos, como yo a mis papás pos ellos ya fallecieron y yo pos sí... resentí algo de cuando ellos se me fueron, uno nunca quisiera que se nos desprendieran. Pues como vamos todos a retirarnos, todos nos vamos a ir y la muerte no tiene edades, no respeta nada, no vamos a saber horarios, no vamos a saber ni qué momento, ni en qué forma, ni nada. Ey, es lo que yo pienso de la muerte. Y es algo que lo vemos, lo vemos como una cosa que hacer uno el ánimo de que se va ir uno de aquí, pero yo por decir, que, que miedo morir, que ganaría uno con decir tengo miedo de morir, o sea no ganaría uno nada, al momento de cuando yo veo que los sepulto y cuando veo que los saco, digo, así como sepulté yo a una persona así voy a quedar yo. Yo veo la realidad, edá. No siento como temor, hay que tener la resignación y hay que estar bien con todo mundo y a la hora de morir pos estar en paz. No pos si ya es el momento pos. Ey, ya te digo". (José de Jesús Palo Rodríguez. 21 de abril de 1961).

Fernando Emmanuel Cortés Montañez



Mario Hernández Rodríguez

“Tengo (trabajando) nueve y feria, nueve cuatro meses. Mis jefes, mi familia somos albañiles, yo desde cuándo quería entrar a Ayuntamiento. Yo soy maistro, nomás que ahí de pión, nomás aquí me pongo a enjarrar, a enterrar, a sacar, yo de todo, lavar los baños. Al mes me mandaron a ayudar (a exhumar) y ni asco ni miedo, nomás cuando me quede de velador decían que veían cosas, pero no, ya después me fui agarrando, agarrando. Ni miedo ni asco, y tan miedoso que era, todavía me dice mi jefa: ‘tú tan miedoso que eras’. Pos el trabajo, la necesidad de uno. De enterrar nomás lo zopilotes, los compañeros de la funeraria bajan difunto y nosotros ponemos tapa nomás, sellamos, ponemos la tapadera de arriba, y las coronas y ya. Ya cuando van a sacar difunto nos avisan que van a sacar difunto, nos traen un permiso y ya empezamos nosotros a escarbar, sacamos al difunto lo echamos en bolsa, y ya el cajón se tira a la basura y ese es el show de todo. De cosas raras que he visto, no, nuca me ha tocado. Bueno, un día. Uno acá se oyó que tronó, como un chiflido. Hasta el compañero de acá me dijo: ‘ira chifló un difunto’, se escamó pues. Yo lo que tenía miedo era quedarme con el difunto solo. Y ora, no. Me meto abajo, es más, me tocó uno un día en la noche y normal.

Trabaja uno normal. Sí se oyen los chiflidos, el movimiento del cuerpo. Allá en las jarrillas, casi todos salen enteros, salen momias, es más, este tenía tenis, zapatos, reloj y sombrero puesto. Muchos salen ya con gusanos secos, pos la mayoría, y puro hueso. Depende también la persona de que murió sale. Uno de Estados Unidos cuando se entierra aquí, ahí sí salen enteros. Aquí nosotros la ropa la tiramos, a este dije: ‘a este sí lo enterraron con to’y tenis’ y pos ja, ja, ja. Era un señor ya mayor. Salió entero el hombre. Aquí nos ha tocado de todo, dicen que los veladores al prender los focos que han visto una niña, según, pero pos yo la neta yo no creo en eso, hasta que no vea y diga: ‘ay, wey, sí’. Allá (el panteón viejo La Paz) es más difícil sacar cuerpos, porque están las gavetas viejas, aquí nos ha tocado sacar dos con dientes de oro, pero pos eso ya se lo entregamos al familiar.

A mí me tocó (que se cayera una caja) le apreté a la faja y el morro de aquel lado le aflojó, se desprendió el herraje, pinches herrajes de los chafitas, como cayó el peso se fue. Cayó la caja y me dicen: ‘a ver compa, asómate cómo quedó’, y no, t’aba despescuezado, todo sangriento ahí el difunto. Yo no quise bajar, dije: ‘no, yo ando ayudándoles a estos weyes’, porque nomás vinieron tres. Una vez también me tocó una señora que la iba a enterrar, iba mal acomodada, y la abrieron para acomodarla y empezó a tener movimiento, así la señora, la cabecita, como gelatina. Yo nomás dije: ‘ah, cabrón’. Fuera otra persona corro, pero es el reflejo del cuerpo del difunto.

Un día sacamos un cajón, t’aba la caja boca abajo, sabe si se les cairía, pero ese ya tiene años, lo sacamos pa’ la exhumación. Haz de cuenta nosotros quitamos las losas, despegamos, y ya vemos si es de madera o de fierro (el cajón) o como esté, entero, lo sacamos pa’fuera, pa’ hacerle la exhumación acá fuera, pero si se desbarata ahí mismo el cajón, ahí mismo lo hacemos, hueso por hueso. Se destapa el cajón y se retira un rato uno, pa’ que salga lo que traiga adentro. Yo empiezo por el cráneo, la cabeza, y de aquí pa’ bajo. La mayoría son en bolsas, pero hay gente que dice: ‘ay, en bolsas se ve feo’. Nomás uno me tocó que síapestaba feo, como animal muerto, con dos cubrebocas y VapoRub. ¡No!apestamos pior que los animales. Un cabrón no quiso desayunar que por que traía asco. Había uno que no se lavaba las manos, ya se murió. Con la misma agua de la gaveta se lavaba las manos. Se perforó un riñón, ya también de que tenía años. Hace mucho al compañero Chava le ayude a sacar uno de la (fosa) común, y (el difunto) traía una cobija, y él andaba abajo y me dijo: ‘estira la cobija’, pero ándale que se atora y todos los gusanos le cayeron en la espalda y ¡no! Me regañó y le dije: ‘no pos no fue adrede we’, no, no, y así como que acá.

Aquí nos ha tocado que la misma raza nos avienta tierra, flores en la cabeza por aventarle al difunto. A mí la muerte no me da miedo, bueno depende como muera, hay formas de las que muere uno y está cabrón. A mí me gustaría una muerte de ¡Saz!, o de estar dur-

miendo, pero miedo no. A mí me da tristeza por mi hijo, y mi familia, mis papás y mis hermanos. Si le gustaría uno aguantar pa' conocer hasta sus nietos, pero eso no. Aquí hacemos de todo, de todo. Hace mucho una muchacha en la noche si me decía t'a sentado un señor allá bajo, y la ruca pos es de las que andan medio juidas, y yo me quedé viendo y dije: 'ay, wey, sí deveras'. Le dije vente amos acompañame y me dijo; 't'ás loco, yo no'. Pero no tenía miedo, si no, que me paniqué ese día. Hay veces que (las personas) son bravas. Uno me dijo que me iba a matar, querían todo a huevo y le dije no, no, le dije: 'te reviento el candado y te parto tu madre'. Sí se pone brava la gente que te avientan (y dicen): 'eh no lo entierres'. Nos ha tocado gente que se desmaya al momento de estar aquí en los servicios". (Mario Hernández Rodríguez, 28 de noviembre 1973).

Salvador Herrera González

“Nací en Capilla de Milpillas, pero toda mi vida aquí, nomás nací y me trajieron. Mis primeros trabajos son albañilería por medio de mi padre, digamos, fueron estudios de primero de primaria, mal terminada la primaria. Lo que es orita kínder antes era parvulito, ahora es kínder. Pues digamos pasé eso, no duré mucho. Primero de primaria lo empecé en la Niño Artillero, esa sí no la termine completamente, le ofrecían la boleta a mi pa’, y no quiso ir por ella porque me golpeaban mucho y él no quería que nos golpearan y así quedó lo de la escuela. Ya lo del trabajo yo desde los once, doce años empecé a trabajar en la obra ayudarle a mi pa’. El primero de julio del noventa y seis mi hermano aquí en este panteón (La Mansión de la Paz), por medio de él y por una secretaria, me dieron chanza de entrar a trabajar aquí. Duré siete meses aquí, y de aquí me dicen que si quiero ganar más dinero para irme a trabajar al panteón nuevo (Jardín de la Esperanza). Mi jefe de piso me decía que si quería pos nomás hiciera losas, sepultara, porque nomás pos a eso iba, y pos no yo me iba a enfadar pos había un muerto cada mes, cada veintidós días, pos me iba a enfadar de no hacer nada, porque hacer lozas no se hacían en cantidad, se hacían las necesarias nomás.

El tiempo más duro en cuestión de sepultar es ahora en tiempo del COVID, que llegó a haber hasta veintidós muertos, siempre ha habido más muertos para sepultar aquí (La Mansión de la Paz), siempre se sepulta más aquí que allá, entonces allá lo que se trabaja es mucho la obra, aquí es más sacar restos y sepultar. En mi primer día de trabajo no quería que hubiera muertos, mi pa’ fue encargado del panteón, yo nunca le ayudé por medio de Ayuntamiento, lo poquito que me arrimaba era más como una especie de visita o de vez en cuando ayudar, pero no formalmente. Como nunca saqué cuerpos, como nunca ayudé a sepultar, el día que me tocó que alguien me dijo: ‘ey, es que tu pa’ se fue a la presidencia, los otros compañeros no están’, por lo que haiga sido. A mí me dijieron ‘sabes que tienes que sepultar viene un cuerpo’ y yo no sabía nada, y yo me bañaba en

sudor de los nervios y esa fue la única vez que me puse nervioso cuando mi pa' tenía el panteón. Cuando entré no faltaba comida, porque vivía aquí cerca de con mi ma' y mi pa' y pos mal que mal la comida, el alimento, no. Pero gustos, no traía ni para un gusto.

Da asco (enterrar y sacar cuerpos), la palabra es literal, asco. Más cuando vas a salir a comer, es un olor que tú cuando sacas un cuerpo, y que te penetra hasta... aparte de que hace daño, supuestamente, está escrito que hace daño, el olor recién destapado, es como cuando te hallas un tesoro. Hay algo que le llaman azogue, ese azogue si tú no tienes precaución y lo aspiras te mueres no en el momento, con el tiempo, pero si tú sabes y vas con prevención de que va a ver algo te cuidas. Ahora, en este trabajo, rara vez dan equipo para protegerte la cara, y muchas veces, muchos de los compañeros dicen: ¿Qué para qué? Y yo considero que es esencial que te den algo y también que no te critiquen los compañeros. Y pos de ver y de saber cosas pos hay muchas cosas que se ven y se escuchan y que es mejor callarse. Yo es de lo que me jacto y me enorgullezco así te lo digo, tú puedes decir, Ah, si el agua suena es que algo lleva, conmigo no rezan esos refranes ni esos dichos. Tendré cara de todo y facha de todo, pero trato de ser lo más honrado que puedo. De toda la cosa hay, en mi propio trabajo me han dicho pendejo por trabajar. A mí me gusta trabajar, desquitar y me emociono cuando trabajo, pero no todos piensan igual. El asco se va perdiendo poco a poco.

Hay días que llevan cuerpos sin avisar, hay pa' todos. Sé lo que es mi trabajo y es el respeto que se le tiene que tener a la gente, el asunto de todo esto es que no te den problemas a ti como trabajador, ni tú se los des a ellos, porque la respuesta de ellos es diferente, ellos train su dolor, o cuando menos de pretexto les va a servir. En la forma del pedir está el dar. Yo no he visto nada, hay compañeros que te pueden platicar historia que hijo de su chi... yo no he visto ni una sola cosa gacha, a no ser los problemas entre compañeros, la falta de material, el actuar de cada encargado, de ahí p'al real, no he visto nada. Aquí hay una tumba que dicen que se le cae la cruz,

para empezar yo nunca lo creí, pos resulta que aquí llegó un señor y me dice: ‘oiga que tan cierto es eso que se cae la cruz y que no se puede quedar’, yo la veo ahí, le digo. Dice: ‘no cierto es mentira’, lo que pasa es que en un tiempo de lluvias una vez de tormenta un rayo le pegó a la cruz, se puso y jamás volvió a pegarle nada de nada, pero la ya la gente empezó que por la maldición del señor, que la hija, que cada vez que se pone... bla, bla, y no, pura mentira. Ya ves cómo la gente saca sus argüendecitos y sus formas, que les encanta el chisme, cada quién inventa sus tarugadas.

Es paradójico porque la gente dice que es tierra santa, y la gente va por tierra para hacer brujería, entonces, quién les entiende. De la puerta pa’ fuera no es la misma tierra o no está hecha por el mismo ser. Yo me imagino y más lo que imagino, que veo. Que no es lo mismo un gordo que un flaco, no es lo mismo uno de siete, que veinte, treinta, cuarenta años. No es lo mismo estar en jarrilla que estar en el piso. Cuando tú destapas, si la persona murió y tenía osteoporosis y tú destapas, a la hora de sacar huesos están hechos polvo, dime tú que apartas ahí. Entonces a la hora que sacas el escombros, avientas escombros y huesos a la calle, a tirar. A que vamos a sacar restos porque vamos a desocupar la tumba fulana, ¿on’tán los restos?, a veces juntábamos una bolsita de un adulto, cuando lo normal es una bolsa grande por el cráneo, por tanta costilla, entonces hace bulto y más cuando te piden que les eches hasta la ropa misma que traen, pero en cambio cuando tiene muchos años de sepultado pos ya el cuerpo está deshecho, lo único pos son pedacitos de cráneo, y la ropa es la que más se conserva. El pelo y no todo el pelo, ya todo lo demás esta pulverizado, es el proceso en tumbas, mientras no les pegue la humedad. En jarrillas salen momificados, muchas veces los sacas completos.

Una vez sacamos un gordo, y digo gordo porque yo no lo vi tan gordo, pero que a final de cuentas tuvo que haber sido gordo. Yo traía guante, pero agarrabas la textura de lo que soltó, y no sé porque lo soltó ni pregunté, queda como mayonesa, una cantidad como de una especie de espuma, pero, ¡ah!, con una sensación tan suave,

que dices: ‘chingue su madre pos qué será esto’, y salen a veces enaguatados. El otro día sacamos uno que venía arreglado, que había sido sepultado con caja gringa, hasta que lo empezamos a sacar, vieras como batallamos, sufrimos la gota gorda, lo sacamos, y haz de cuenta que ves mi mano, nomás un tono más fregado, así el muerto. Y ya la gente no pos que devuélvanlo, y ya le picamos a la pinche caja pa’ que saliera toda el agua, salió un chorro más grueso que mi dedo, negra, que era lo que hacía el peso, de por sí las cajas americanas son pesadísimas. Y aquí (en La Mansión de la Paz) nos tocó sacar una caja de cobre que es la única que he visto. Cuando un cuerpo sale rígido y tú lo quieres aguardar en bolsas o en cajitas tienes que partirlo con barra, y hay veces que los nervios están tensos un poco tiernos, y a partir con barra rodillas y cadera, pos pa’ poder doblarlo y meterlos en bolsas. Es muy lindo mi trabajo. Yo disfruto con todo el debido respeto de los que traigan su dolor, he pasado por dolor, pero no me ha calado al cien por ciento. Todo puede ser un mito, a la gente le gusta inventar, estamos en una tierra de inventores a pesar de que hay pocos inventos en este país, lo que más se inventa es el chisme, el argüende y el mitote. En eso somos especialistas, porque de ahí a la realidad hay mucha, mucha distancia”. (Salvador Herrera González. 14 de noviembre de 1967).



Extracción del cajón del nicho.



Se puede observar el proceso de exhumación o reducción. También el uniforme comúnmente utilizado en los cementerios y todas las medidas de protección requeridas para la manipulación de restos.



El sepulturero Mario Hernández Rodríguez realiza un trabajo de azulejado a una de las tumbas, deja ver también las herramientas adicionales que este trabajo requiere.



Conocida como "cepa" es la base de las tumbas, en este caso es de un tamaño para el almacenamiento de ocho cuerpos.



Esta imagen muestra el avance en las tumbas de las cuales José de Jesús Palo Rodríguez fue encargado de construir.





Tejedora

José de Jesús Huerta Vivanco

ADORNANDO UNA MESA, UNA ALMOHADA, sobre una repisa o hasta en un cuadro en la pared, el tejido es un oficio artesanal que ha pasado de generación en generación y, aunque se niega a morir, actualmente ha bajado considerablemente su elaboración. En nuestra región las nuevas generaciones han perdido interés en elaborar dichas artesanías, en el pasado la madre de familia transmitía el gusto por este oficio y aleccionaba a la futura tejedora. La instrucción era dura, si no se tejía bien, se deshacía las veces que fuera necesario, hasta que dicho trabajo quedara perfecto. En la actualidad hay cursos especializados y con la tecnología en sitios importantes de la web se puede acceder a tutoriales; lecciones paso a paso de como empezar a formarse en la cultura de la artesanía. Ya sea en un aula, en una oficina o en la sala de una casa, hilo con hilo y aguja se van trazando los puntos que llevarán a un trabajo manual. Al mismo tiempo el autor verá plasmado su arte elaborado y el consumidor quedará satisfechos de un producto artesanal de calidad.

Aunque la población indígena de esta región de los Altos de Jalisco ya manejaba el arte textil, fue en la conquista cuando los españoles les enseñaron a hacer las puntadas que conforman el punto de cruz. Esta técnica se popularizó al grado de que los indígenas la incorpora-

ron a su indumentaria. Ya en la Colonia los comerciantes les entregaban materia prima a los agricultores para que en un tiempo determinado se elaborara y entregara a dicho comerciante el producto final, con lo que el agricultor obtenía un ingreso extra.

Según la Real Academia de la Lengua una manualidad es un trabajo llevado a cabo con las manos. Artesanía es arte u obra de los artesanos. Tejido es una cosa formada al entrelazar varios elementos. En Los Altos el oficio de los tejedores, hombres y mujeres, ha proliferado al punto de que es una región conocida por ser elaboradora de tejido. El tejido de punto implica el entrecruzamiento y anudado de uno o más hilos; se puede realizar a mano desnuda o con ayuda de elementos como agujas, dedal, tijeras y otros.

En el libro *El arte del bordado del tejido*, se dice que el punto de cruz es una de las formas más antiguas del bordado en tela a través de figuras, grecas e imágenes por medio de hilos de colores y está presente en todos los pueblos y pequeñas comunidades del mundo. El punto de cruz es una forma popular del bordado de hilo contado en el que se utilizan puntos en forma de X en un patrón en mosaico, en forma de cuadrícula para formar dicha imagen. A veces, la puntada cruzada se realiza en diseños impresos en tela con “puntada cruzada estampada”.

El tejido de crochet: El término proviene del germánico *croc* y del francés antiguo *crochet*, que significan “gancho”. También conocido como tejido de gancho o gancho es una técnica versátil ya que se pueden elaborar diversos artículos. Se trata de un tejido de punto que se forma al entrecruzar una sola hebra con la ayuda de un ganchillo. El término amigurumi es un acrónimo en japonés, compuesto de: ami, “tejido”, y nuigurumi, “muñeco de peluche”. Ésta es una tendencia o moda japonesa que consiste en tejer pequeños muñecos mediante técnicas de crochet o ganchillo, y que actualmente es motivo de una derrama económica importante entre los artesanos locales.

Tejido de dos agujas: La técnica consiste en montar sobre ambas agujas las puntadas, para posteriormente tejerlas pasándolas de una

aguja a otra. Existen varios tipos de puntadas: la más sencilla, de derecho y revés, otras más elaboradas como el punto de arroz, punto de arroz doble, ochos o trenzas, punto fantasía, punto inglés y combinaciones. Es una técnica de tejido delicada, pues se debe tejer con cautela, punto por punto. Existen otros puntos llamados punto liso y punto chino, cuyo nombre deriva de la apariencia de la forma del tejido. Para realizar el tricot, además del hilo solamente se requiere de dos agujas ya sea de metal o madera o plástico, sus longitudes y grosores son variados y determinan el tamaño del punto y el espesor del tejido que resulta, el hilo más utilizado por su versatilidad y amplia gama de colores es el acrilán.

En el caso de la señora María Vivanco, su abuela le transmitió la pasión por el tejido a su mamá y ella a su vez se lo transmitió a sus hijas. En su momento no le dieron mucha importancia puesto que tenían otras labores en casa, pero en la actualidad tres hermanas; Ester, Socorro y María, elaboran el tejido de gancho el cual les da una pequeña ganancia, ya que cada semana venden sus artesanías a una tienda que lleva estas piezas a un tianguis de Tonalá.

La maestra Josefina tiene un puesto en el tianguis textil de Tepatitlán desde hace 30 años y según sus palabras, quienes le surten la mercancía son señoras y muchachas de los ranchos. Ella maneja un tejido que se llama marquiset que es una técnica traída de Puebla. Los hilos que usan son de acrilán para que resalte el color. En la actualidad ya casi no se realiza debido a que no es redituable. Actualmente, de los trabajos que se hacen sólo el 1% es punto de cruz y tejido debido a que esos productos se hacían anteriormente en los ranchos donde no había ingresos adicionales. Hoy por hoy en esos ranchos se han abierto centros de trabajo como granjas, invernaderos, fábricas o tequileras, lo que ha ocasionado que las mujeres entren al sector laboral formal con mejores prestaciones económicas en Tepatitlán y hayan optado por abandonar la elaboración de artesanías.

Rosy de la Torre imparte varios cursos y talleres en el DIF de Tepatitlán. Rosy se enseñó a tejer a los cinco años, perfeccionando la



técnica a lo largo de su vida. Una de las labores sociales que desarrolla en su dependencia es proporcionar actividades a mujeres de la tercera edad. Bajo esta premisa, los jueves inició un grupo que hacen diversas técnicas de tejido. Este grupo lleva alrededor de siete años creando artesanías, excepto durante los dos años que duró la pandemia. Actualmente el taller de “risoterapia” como ella misma lo llama, funciona con alrededor de veinte personas, las cuales se enseñan unas a otras a hacer los diferentes tejidos según la habilidad de cada una. Esta actividad, como dicen quienes la realizan en el DIF, no son redituables económicamente pues el precio de los insumos es cada día menos costeable, aunque la ganancia para ellas es el divertimento y la terapia ocupacional que estas actividades les representan.

María Concepción Gómez González de 73 años, pertenece al grupo del DIF, ella realiza el punto de cruz. Comenzó a hacer el tejido cuando era pequeña como muchas otras mujeres, por la escasez económica, su mamá pedía fiado el material en una tienda, misma que después le compraba sus artesanías, según dice, al precio que querían. La misma tienda hacía sus cuentas y les daba su ganancia que si era justo o no, ella dice que lo deja a su conciencia. María Concepción se casó e hizo su vida en Estados Unidos, pero su amor por el tejido la mantiene hoy en día elaborando dichos productos para regalarlos en aquellas tierras, dice que le lleva alegría a quien se la regala. Dice también, que le gusta hacer el tejido de punto de cruz como terapia, para estar ocupada en vez de ver la televisión

Irene Plascencia, del grupo de DIF, tiene 60 años. Ella empezó a los cinco años tejiendo el vestuario para una muñeca. Bajo la dura tutela de su abuela fue aprendiendo de ella hasta convertirse en una tejedora experta. A su vez, animó a sus hermanas a hacer bufandas y blusas, a realizar los diseños de las revistas de punto de cruz y las cobijas para hacerlos en crochet. Para Irene, que sufre de cuadros depresivos, las actividades grupales en las que el oficio de tejer es utilizado como la mejor terapia, le han dado una notoria mejoría en su salud.



María Guadalupe Navarro sigue la tradición familiar de tejer, la transmitió la abuela a su madre, y esta a su vez a las hermanas; Ángeles, que fue la mayor, enseñó a Lupita a hacer puntos, algo que en su momento no le interesó mucho. Fue hasta el momento en el que encargó una muñeca de la técnica de amigurumi y que nunca se la dieron que se puso a investigar en internet. Primero en fotos y luego en videos de YouTube de cómo hacer esos muñecos, ahora los teje. muñecos grandes y pequeños, los cuales vende para tener un ingreso extra. Trabaja desde el hogar que comparte con dos hijos y su esposo. Actualmente distribuye sus piezas tejidas con conocidos, haciendo uso de las redes sociales para promocionar sus artesanías.



El oficio de las tejedoras tiende a ser más difícil cada día, unas cuantas lo ejercen y sostienen. Arriesgadas y valientes mujeres que pugnan, un día sí y el otro también porque este arte no se extinga. Y que además, son precursoras en buscar los canales para dar a conocer la riqueza cultural que encierran las piezas tejidas como una artesanía que representa a la región de los Altos de Jalisco.

El rescate de un oficio perdido

Telarista

Francisco Partida Hoy

EL DÍA VA CLAREANDO APENAS, como aflojerado tras los nubarrones negros, pero fresco y limpio por el rocío que resplandece en las hierbas. El aire huele a tepames y encinos mojados, y a lo lejos se escuchan gallos reclamando un nuevo día. Armando se levantó de madrugada para recorrer con entusiasmo cerros, potreros y veredas de los Altos de Jalisco, en busca de materiales para su oficio de artesano del telar tradicional. Sus ojos vuelan por todos lados y, de pronto, se posan serenos sobre una penca de nopal plagada de cochinilla; vuelven luego a revolotear y, prestos, se aferran fijo a los molotes de algodón de una ceiba. Mucho de lo que necesita lo encuentra en la naturaleza; solo hay que saber dónde mirar. Fibras gruesas o delgadas, pigmentos vegetales, minerales y animales; algo se puede pepear, eso sí, sabiendo dónde buscar.

¿Oye, Armando, pero no todo lo consigues en el campo?

“No, el añil lo compro en Niltonpec, Oaxaca, es la única parte de México que lo producen actualmente; antes lo producían aquí en Jalisco, en la zona de Tapalpa. También en Michoacán, en la Huacana, Michoacán. Pero últimamente, no. En Oaxaca, la grana... ya



Oscar Armando Vázquez Lomelí en su taller. Foto propia.

viste que ahí están las pencas en mi patio; el palo de Brasil crece en la costa de Jalisco; la gualda crece aquí por la carretera, esa es una hierba que crece silvestre, y yo la voy recolectando. Otra que utilizo es la Santa María, es la planta que está ahí colgada. Esa también es de temporada. Hay una temporada que florea, que es ahorita como de agosto a septiembre. La recolecto de preferencia en Luna Llena, para que esté bien jugosa. La Santa María da el color amarillo y en combinación con el palo de Brasil, los naranjas; en combinación con la cochinilla se producen los rojos, estos rojos, mira, así como granates, bonitos. En combinación con el añil, da los verdes, o sea, esa planta es como que la base de la tintorería, porque la utilizas para muchos colores.

También utilizo las agallas, que son unas bolas que les salen a los robles, ahorita no tengo en existencia para mostrarte. Esas las recolecto aquí en el bosque de El Picacho, voy al bosque y busco los robles que están infectados. Las junto y me sirven para teñir. También

utilizo los hongos ganodermas, esos que descomponen los árboles caídos. De ahí sale un color café clarito”.

Armando me va platicando mientras recorre su taller en busca de las plantas y materiales de los que habla. Me doy cuenta de que, el suyo, en un oficio rico en texturas, colores, aromas e historias. Me voy haciendo a la idea de que un sarape, un gabán, un tapete o una tilma, son productos nacidos de la más variopinta colección de materiales, culturas y regiones de México.

La maquinaria central de su taller es un bromoso telar de pedal; un telar de madera que batalló para conseguir -según afirma Armando-, pues a duras penas, fue ahorrando para comprarlo.

Y este telar, Armando, ¿dónde dices que lo compraste?

“Con un señor de nombre Jesús, de Tlaquepaque; no, bueno, él trabajaba en Tlaquepaque, pero vive en Zapopan. En el Museo de la Cerámica tenían el telar, ahí afuera nomás. Me gustó y le dije al señor: ¿cuánto me sale un telar como ese?, y él contestó: te lo dejo en 5,000 pesos. Ah, sí lo quiero, le dije. Y mira, hice mis ahorritos. Yo trabajaba en Panadería La Alteña, tenía 19 años. Cuando tuve mi ‘feria’, le dije: ya quiero mi telar y ándale que se pone enfermo el señor. Yo ya le había dado la mitad del dinero, y como ya no fue al Museo de la Cerámica, pues le hablé. Él me dijo que tenía otro telar que una alumna le había encargado hacer, pero que no pagó; y me dijo: pues llévate ese y me lo traje. Yo no sabía entonces cómo usarlo, poco a poco me fui enseñando”.

El telar de madera es una antigua técnica de tejido que se ha utilizado en México durante siglos; sobre todo, el telar de cintura. Su historia en el país es rica y diversa. En primer lugar, podemos hablar de una herencia prehispánica, pues el telar ya se utilizaba en México mucho antes de la época de la Colonia. Culturas como los toltecas,



Materiales almacenados a un lado del taller. Foto propia.

aztecas y los mayas tenían sus propias variantes de telares para tejer textiles de algodón y otros materiales.

Con el arribo de los colonizadores españoles en el siglo XVI, se produjo una mezcla de soportes y de técnicas de tejido europeas y prehispánicas. Esto dio lugar a nuevas formas de telares de pedal y a la producción de textiles con influencias culturales tanto europeas como indígenas.

Sobre la calidad de las prendas y telas hechas por los habitantes de Mesoamérica, Hernán Cortés, en sus *Cartas de Relación*, escribe a Carlos V lo siguiente:

“Demás desto, me dio el dicho Muteczuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantas y tan diversas y naturales colores ni labores; en que había ropa de hombres y de mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas, que hemos de seda no se podían comparar; e había otros paños como de tapicería, que podían servir en salas y en iglesias; había colchas y cobertores de camas, así de pluma como de algodón, de diversos colores, asimismo muy maravillosas y otras muchas cosas, que por ser tantas y tales, no las sé significar a vuestra majesta [...]” (Cortés, Hernán, 1970, en Lechuga, Ruth; 2010: p.11).

A través de la historia de México, el telar de pedal ha evolucionado de manera diferente en diversas regiones del país. Cada región ha desarrollado sus propias técnicas, diseños y patrones de tejido, lo que ha dado lugar a una rica variedad de textiles tradicionales.

Además, sin duda, el telar de pedal se ha convertido en una forma importante de expresión artística y cultural en México. Muchos artesanos mexicanos continúan utilizando esta técnica para crear textiles tradicionales, como sarapes, rebozos, huipiles, petates, entre otras prendas y accesorios.



El telar de pedal que Armando compró a los 19 años. Foto Propia.

De vuelta al taller, Armando me va mostrando los hilos y la urdimbre de un rebozo. Me cuenta del origen de las grecas y las figuras como los “cerillos”, las mariposas, las flores... me confiesa que algunas figuras y patrones que él creía haber descubierto de forma autodidacta, luego las ha visto en otras piezas en diferentes regiones del país. Y con ello se dio cuenta que la creatividad anónima de nuestro pueblo histórico, la creatividad sin nombre, sin propiedad intelectual, es vastísima.

Oye, Armando y desde esa primera vez que ya tenías acceso a un telar. ¿Cuánto tiempo te ha tomado alcanzar el nivel de experto, de maestro del oficio?

“Yo no me considero experto aún; no, yo siento que todavía me falta mucho; pero, pues hay gente que sí me dice que ya soy maestro. Claro, porque doy clases; pero, o sea, en mí siento que todavía

falta mucho por aprender, porque hay un montón de técnicas por desarrollar. Ahora hago algunos de mis propios hilos. Empecé a ver que había matas de algodón aquí por el Libramiento y me traje mucho algodón, lo recolecté; y me dijo mi bisabuela: ¿qué vas a hacer con ese algodón? Y le digo, pues no sé. Y me enseñó a hilar en un malacate como le enseñaron a ella... primero le quitaba la semilla, luego los carmenaba, después, con un arco le daba para que se aflojara y luego que ya estaba flojito lo empezaba a hilar”.

Armando, ¿cuáles son las habilidades indispensables para ser artesano textil?

“La paciencia, yo creo, paciencia y amor por esto; porque la verdad, hay ocasiones que te va bien, pero, en general, el sistema de mercado que tenemos te presiona mucho como artesano; porque es un trabajo con muy poquita producción”.

De las obras y trabajos que elaboras, ¿cuáles son los más difíciles para ti?

“Lo más difícil para mí es la técnica de telar de cintura. La técnica más compleja es la de doble tela balanceada, que es con la que he ganado algunos premios. También trabajo la gasa figurada, que se llama Tachihual, que es una técnica de la zona Costa Sur de Jalisco; creo que nomás en Sayula la elaboran”.

¿Cómo es un día normal en tu actividad artesanal? ¿hay épocas de año distintas en tu labor?

“Todo el año estoy haciendo algo: cuando no es tejiendo, es recolectando; cuando no es recolectando es cosechando, así. O sea, todo el tiempo estoy buscando hacer algo. Si por algo, le hago a la flojera y no recolecto Santa María, por ejemplo, me quedo sin ella



Madejas de hilos en el taller de Armando. Foto Propia.

y no tengo color amarillo y lo que hago, pues, es tener mi surtido en los tambitos estos. Entonces, cuando se te va acabando, es que dices: ya debo ir a recolectar. Siempre junto lo suficiente para todo el año, y casi siempre me sobra para el año que viene. Siempre junto poquito de más el añil. Ahorita lo compro, pero la idea es crecerlo aquí, o sea, ya por eso tengo plantas aquí; aunque lo malo de las plantas silvestres es que dan muy poca indigotina, o sea, dan muy poco color, pero lo bueno es que no se mueren, no con el frío de aquí, porque la semilla de esas plantas yo me la encontré en el bosque de El Picacho. Entonces quiero pensar que aquí en la zona sí se utilizó el añil silvestre, ya que todavía hay vestigios”.

¿Qué otras ocupaciones tienes además de tu actividad artesanal?

“Soy Licenciado en Homeopatía. Hago diferentes cosas; por ejemplo, ahorita que ya van a empezar las secas, quiebro magueyes para hacer pulque. Y no tengo magueyera como tal, pero en el rancho de mi tío hay magueyes que plantamos hace como ocho años, y este año ya

se van a poner buenos. Cuando no tengo magueyes con mi tío, consigo en otros lados, me los venden. También ayudo en un mariachi tradicional con la tambora; en un grupo que se llama Los Tecuexes. También hago chocolate. ¿Qué más? No, nomás me falta vender enchiladas los domingos... -se ríe-. También soy el maestro de una danza tradicional que estamos rescatando con la participación de niños, porque aquí en Las Aguilillas [barrio donde se encuentra su taller], había una familia que bailaban una danza tradicional, que es la de La Palma. Unos señores mayores dejaron la danza a una joven, pero ella empezó a meter cosas de otros estilos, empezó a meter los penachos de las danzas aztecas, y en lugar del violín, metió los tambores, cambió el vestuario, se hizo todo una revoltura y ya la danza, la tradicional, se perdió. Yo lo que quiero hacer es regresar a la tradición, y comencé por conseguir documentar los sones que había grabados en discos, entonces se los mostré a un mariachi, ellos los sacaron con el violín y ahora ya los tocamos. Virginia Casillas, una maestra de Acatic, me ayudó con los pasos de la danza, y empezamos otra vez como de ‘jugarrera’, pero ya ahorita son 15 niños los que danzan con nosotros”.

¿Cuál es el vínculo que une estas actividades distintas?

“La tradición cultural. El telar es tradición, el chocolate también; la danza y el mariachi, o sea, todo tiene que ver con lo cultural, me gusta mucho la cultura y me gusta mucho mi raíz, y se me hace feo que se vaya perdiendo y sea desplazada por otra cosa”.

¿Cuáles crees tú que sean tus principales logros en el oficio de artesano textil?

“Pues, el haber dominado muchas de las técnicas. Ahora sí que nomás de ver las telas digo: ¡así, así lo hicieron nuestros antepasados! Eso fue para mí mucho logro, por ejemplo, la de doble tela, yo



Armando explica la elaboración de patrones y figuras en una tela. Foto propia.

vi un telar de cintura en el Valle del Mezquital y estaban tejiendo con esa técnica, entonces vi el telar, lo analicé, y luego le dije a la maestra que si me decía cómo hacía la urdimbre de su técnica, yo le diría cómo hacía mi urdimbre de la técnica que yo sé. O sea, hicimos un trueque, pero la señora le hizo así muy rapidito, pero sí le ‘agarré’ y me aventé ocho días intentándolo. Intenté todo y no me salía, pero un día que estaba soñando que tejía, en el sueño había empezado a sacar dibujos, pero no me quedaban los dibujos como a la maestra. Entonces vi en el sueño que, si quitaba un hilito a la orilla, quedaba bien el tejido.

Entonces, me levanté a las tres de la mañana, y me amarré el telar. Mi mamá se asustó y dijo, ¿qué pasó? Le dije: espérame, tengo que sacar esto, soñé esto y voy a hacerlo”.

¿Qué es lo que te aporta este oficio en tu vida emocional o espiritual?

“Pues tranquilidad, me da mucha tranquilidad y felicidad también porque estoy tranquilo. Estoy aquí en mi casa, si yo quiero tejo y si no, no; pero, al final, pues tengo que tejer porque las cuentas no se pagan solas... Y me hacer sentir bien el hecho de ver el desarrollo de las piezas, como si fueran un bebé creciendo”.

¿Tú te consideras artista o artesano?

“No me considero ni uno ni otro, porque mira, para mí un artesano es una persona que hace las cosas en serie, que hace los mismos diseños y hace muchas piezas de lo mismo, tiene mucha producción y trabaja en la misma técnica todo el tiempo. Como los huaracheros, que hacen 2,000 pares de huaraches. Yo me aburro muy fácilmente, necesito cambiar de actividad. Y, por otro lado, siento que lo artístico está en todo, en jugar con texturas, con diseños, con colores; pero yo me apegó a lo tradicional”.

¿Te consideras emprendedor?

“Eso sí, yo creo que sí; me gusta buscar cosas nuevas de donde pueda sacar algo diferente. Por eso tengo a lo mejor tantas actividades también, porque me gusta. Estoy siempre buscando otro producto diferente. Algo nuevo”.

¿Pertenece a una red de artesanos?

“Pues, está Fomento Artesanal aquí en Jalisco y yo tengo mi credencial de pertenencia. Pero, no soy de un gremio como tal, no, porque, en sí, aquí en Tepa, no hay otro que trabaje lo mismo que yo. Entonces pues no podemos hacer como un gremio, aunque me gusta mucho la idea”.



Entrevistando a Armando. Foto Propia.

¿Se puede vivir bien de tu oficio, económicamente hablando?

“La pieza más cara que he vendido es de 10,000 pesos. Y la más económica en 600 pesos. Bueno, no es cierto, porque también vendo mantelitos y los mantelitos los doy en 45 pesos, que es curioso, porque las piezas que mantienen mi taller son las piezas de 45 pesos. Si, por ejemplo, me llevo a una feria, no sé, 5,000 pesos de mercancía de 45 pesos, todo se vende, y si me llevo 5 piezas de las de 1,000 o más. Tal vez no se venda todo”.

¿Qué tipos de personas compran tus trabajos?

“Pues desde amas de casa, que quieren tener un juego de mantelitos individuales para su casa, hasta coleccionistas que les llama la atención una pieza y la adquieren para su colección privada”.

¿Crees que la artesanía tiene un propósito en la vida de la sociedad?
¿Un propósito social?

“Creo que sí, porque es lo que nos da identidad, ¿no?, como sociedad, como mexicanos. Por ejemplo, el sarape, el gabán, son parte de la indumentaria tradicional que, aunque ya se dejaron de usar de forma cotidiana, todavía nos representan; tú ves a los charros con sus sarapes... muy elegantes. Entonces, estos trabajos, esta indumentaria, son parte de esa identidad que le demuestra al mundo que somos mexicanos”.

¿Finalmente tienes metas, sueños por lograr en tu oficio?, ¿qué te hace falta?

“Mira, ahorita tengo metas a largo plazo y a corto plazo. A corto plazo es crecer el taller, y darle trabajo a muchos chavales que andan aquí ociosos. A lo mejor va a ser como una camada de huevos de tortuga...de 1,000 se logra uno, pero con uno ya es ganancia. Tengo ganas de hacer eso. Hoy vino en la mañana la encargada de Fomento Artesanal, y le platiqué este plan, y dijo que sí, que el año que viene nos van a apoyar para agrandar el taller. Los telares ya están, o sea, tengo este telar aquí; afuera tengo otro; en la cochera tengo otro; en Acatic otro, los telares para trabajar ya están, la lana, ya está, los hoyos para teñir también...”

-¿Un proyecto sociocultural?

“Sí, algo así, más social, más comunitario. Si se arma algo así, pues, sería muy bueno para todos”.

La noche va cubriendo de sombras el barrio de Las Aguilillas, y para cerrar una tarde placentera entre telares, ruecas, malacates, fi-

bras, plantas, hilos, tintes y nuevos amigos, Armando nos invita un trago de mezcal en una jícara de calabaza. Como en un ritual antiguo, todos tomamos de la jícara por turnos y las risas van elevándose, como si fueran remolinos de un humito amarillo. No puedo evitar pensar que Armando, aunque aún muy joven, pertenece a un linaje antiguo de maestros y maestras venerables que, con amor y paciencia, aprenden y enseñan algo valioso a la gente, tal y como su bisabuela le enseñó a hilar algodón en un malacate, y le mostró un viejo pedazo de tela con bordados y figuras que atesora porque en él se encuentra, tal vez, la raíz de su pasión textil.

Bibliografía:

Cortés, Hernán (1970). *Cartas de relación*; nota preliminar de Manuel Alcalá, México, Porrúa, [16ª reimpresión, 1992].

Lechuga, Ruth D (2010) *Las técnicas textiles en México*, Sedesol, Fornart, México.

Karemitsis, Dawn (1973). *La industria textil mexicana en el siglo XIX*, SEP/Setentas, México.



Tela con figuras bordadas que pertenecía a la bisabuela de Armando.
Foto propia.

DE ALTOS OFICIOS I
MUJERES Y HOMBRES QUE CONSTRUYERON
A LOS ALTOS DE JALISCO
se terminó de editar en septiembre de 2025
por Bookend servicios editoriales.
Enrique Ladrón de Guevara 1629-1, Paseos
del Sol, Zapopan Jalisco.

Hecho en México.

LO QUE USTED, amable lector tiene en sus manos o frente a su computadora (libro físico o electrónico), es el producto del trabajo de un grupo de alteños (creo que todos somos nacidos en estas tierras) que tienen amor por su lugar de nacimiento y por sus costumbres. Nos propusimos hace más de un año escribir sobre los diferentes oficios que han practicado nuestros ancestros. El objetivo principal es hacer un rescate de la historia de nuestra patria chica. Esta labor consiste en dar a conocer qué cosas se hacían y quiénes las llevaban a la práctica. Son una especie de historias de vida de las personas trabajadoras de nuestros pueblos. Quienes crecimos en un ambiente rural, sabemos que en una congregación aunque hubiera 30 comerciantes, siempre había uno que era más conocido que los otros por algunas razones; tal vez habría tres o cuatro carpinteros y también, siempre uno de ellos gozaba de mejor fama. La pretensión más importante es honrar la memoria de los pueblos a través del rescate social para cada una de las personas encargadas de los diferentes oficios.



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos

ISBN: 978-607-581-616-6



9 786075 816166